

# La agonía de América, 1989

## PROLOGO

Este libro -como casi todo lo que escribo- está dirigido al improbable destino de «arreglar ciertas cosas». Es una obra, pues, concebida para influir en un continente inexistente, imaginario, guiado por la razón y el sentido común. Un continente en el que las ideas tengan consecuencias. (Debo de ser uno de los últimos utopistas que quedan en el planeta, pero me parece inútil luchar contra ese misterioso instinto.)

Y entre las cosas que andan mal en América, las dos más importantes y, lamentablemente, las dos más desvincijadas, parecen ser la recíproca percepción entre latinoamericanos y estadounidenses, y las curiosas ideas que se sostienen en América Latina con relación a los mecanismos que determinan la prosperidad o la pobreza de las naciones contemporáneas.

De manera que éstos son los dos caballos de batalla de este libro: de una parte, los estadounidenses y nosotros. Qué nos une, qué nos separa, qué funciona mal entre los dos grandes vecinos del Nuevo Mundo y qué consecuencias acarrea esta incompreensión. Y luego, por qué somos pobres, por qué no somos creativos, por qué nuestras sociedades permanecen en el atraso mientras otras, dotadas de menores recursos naturales, consiguen despegar gloriosamente.

La obra reúne nueve conferencias pronunciadas ante diferentes auditorios en distintos pueblos de América Latina y de Estados Unidos, y un epílogo más o menos desesperanzado.

Entre la primera conferencia, pronunciada en San Juan en 1970, y la última, en Lima, a fines de 1987, hay un largo período de acontecimientos y reflexiones, pero los textos mantienen la requerida unidad temática para constituir un libro unitario. Por supuesto, el orden en que aparecen en este volumen no responde a la fecha en que fueron dictadas, sino a la mejor secuencia y comprensión de ellas.

Por último, aunque los destinatarios más urgentes de este libro sean los latinoamericanos, una parte sustancial de lo que aquí se dice en gran medida pudiera serles útil a los españoles. A fin de cuentas, América Latina debe su perfil, su grandeza y su miseria, a la poderosa impronta de España. Y, en consecuencia, una buena porción de las actitudes, creencias y valores de los latinoamericanos es compartida por los españoles. De manera que el sayo le sirve, casi por igual, a la Madre Patria ya las veinte repúblicas paridas al otro lado del Atlántico.

CAM

Madrid, invierno de 1988

## INDAGACIONES SOBRE EL FRACASO HISPANOAMERICANO<sup>1</sup>

### El fenómeno de la americanización

Lo sé: una buena parte, quizá mayoritaria, de los lectores de estos papeles no estará de acuerdo con el contenido. y la razón es obvia: millones de latinoamericanos se autocalifican de nacionalistas y de antiimperialistas y estas reflexiones chocarán con sus creencias. Son personas que gustosamente expulsarían de su país a las multinacionales, esos pulpos planetarios a los que suelen hacer responsables del saqueo económico o de la complicidad con el tirano de turno. Porque cuando se grita, con más pasión que reflexión, «yanqui go home» se está gritando contra ese yanqui ostensible y anunciado que se llama ITT, Chase Manhattan o ESSO Standard Oil. Ese es el yanqui que los radicales quisieran ver lejos de sus fronteras. Sin embargo, una mirada más penetrante al problema quizá les fuese útil a los grupos radicales. Por ejemplo, un rápido análisis de nuestro entorno nos revela una verdad de Perogrullo: nuestras vidas, inexorablemente, se van norteamericanizando a un ritmo creciente e inevitable. Nuestra América, pese a las leyendas indigenistas, es una prolongación de Europa a la que los Estados Unidos, cada vez con mayor fuerza, le imprimen el carácter de su civilización. Yanqui es la forma de instalar una prótesis, de marcar

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada en Panamá, el 13 de enero de 1983, en el Foro Internacional de Comercio.

las señales de tráfico, de celebrar ciertas fiestas, de organizar un manicomio, un cuartel de bomberos, un ejército, una estación de radio, un aeropuerto, una universidad, un almacén de víveres, una biblioteca. Yanqui es, o va siendo, el método de luchar contra las enfermedades, de recluir a los ancianos, de regir el comercio, de contabilizar las pérdidas o las ganancias, de distribuir el agua y la electricidad o de instalar las líneas telefónicas. Yanquis -en suma- no son únicamente los artefactos que pueblan nuestra existencia, sino además la sucesión de actos en los que invertimos nuestro tiempo, es decir, nuestro *quehacer vital* y nuestro *modus operandi*. Y aquí llegamos, exactamente, al meollo de la cuestión. Lo importante, el signo decisivo de nuestra época, no es que las multinacionales, casi todas norteamericanas, dominen el comercio mundial, sino que la sociedad norteamericana, aun sin proponérselo, exporta su quehacer, su modo de vivir, sus formas de realizar los hechos, grandes y pequeños, que conforman nuestras vidas. Obviamente, frente a la importancia capital de este fenómeno incontrovertible, el tema de la existencia de las multinacionales pierde toda urgencia. Y si yo fuera marxista, que no lo soy, opinaría que las multinacionales -esos yanquis a los que nuestros patéticos radicales, enfundados en *bluejeans* y fumando «Winston», mandan constantemente a casa- no son más que una expresión de la superestructura, mientras que el otro fenómeno, el fenómeno de que los pueblos latinoamericanos asuman voluntaria y totalmente

los ademanes y el estilo de vida de los Estados Unidos, pertenece a la estructura primaria, al mecanismo central, al corazón de nuestro modelo social.

### **Los constructores de nuestro destino**

¿Por qué ha ocurrido este conmovedor fenómeno? ¿Por qué una sociedad como la nuestra, esto es, Latinoamérica, abdica de su autonomía espiritual y se acopla parasitariamente a otra sociedad que comienza a moldearla y a dotarla de quehaceres cada vez más constantemente transmitidos? Me parece que una de las varias respuestas razonables es ésta: porque el rasgo esencial de la sociedad norteamericana es la búsqueda del cambio, la construcción de un destino siempre diferente, y porque para esa labor de diseño del futuro los norteamericanos no cuentan con otros puntos de referencia que su propia sociedad, lo que los condena a la originalidad incesante; es decir, a ser un permanente centro de iniciativas novedosas regido por su propia dialéctica interna. No siguen los Estados Unidos las tendencias europeas, sino Europa, y todo el planeta, viven uncidos al carro americano, que unas veces avanza en dirección del espacio sideral y otras se sumerge en el universo micrométrico de la biogenética, arrastrando al resto de las naciones del planeta en la dirección del confort, la aceleración del ritmo vital y la creciente complejidad técnica, aspectos que caracterizan las más vigorosas tendencias de la sociedad norteamericana.

Esto quiere decir algo muy claro: nosotros, los latinoamericanos, con más habitantes que Estados Unidos, con tanta o más riqueza potencial, desovados, como los Estados Unidos, por Europa, con universidades que tienen más de cuatrocientos años y núcleos urbanos formados cuando Chicago sólo era una pradera recorrida por búfalos, inconscientemente hemos renunciado a contribuir al diseño de nuestras propias vidas. Nosotros no tenemos otro destino que el que inevitablemente se nos dic-te. Hoy nos curamos y mañana nos curaremos las enfermedades que algún laboratorio extranjero, probablemente norteamericano, logre combatir eficazmente. Viviremos más años si la geriatría avanza en California o en Texas. Tendremos menos hijos si los anovulatorios se perfeccionan en Nueva York o en Tokio. Nos instruiremos mejor si el *computer* y la pedagogía logran concertarse en algún mecanismo de comercialización, probablemente bajo el control de las multinacionales. Seremos más altos o más bajos, o tendremos menos descendientes anormales, si en Harvard o Stanford se descifran correctamente las cadenas de la trasmisión genética. Nos divertiremos más si el vídeo se perfecciona y abarata en el Silicon Valley. Todo nos viene y nos vendrá hecho. Todo nos es y nos será dado, porque nosotros, sencillamente, no intervenimos en el diseño de nuestras vidas. Nosotros, indiferentes, navegamos al paio, sin ni siquiera plantearnos la esencial inmoralidad que comporta esta parálisis de la creatividad. No recuerdo, en la sangrienta historia de nuestras luchas sociales, ningún grupo que haya alzado, como la primera de sus

reivindicaciones, la muy sagrada de asumir un papel activo en el diseño del destino nacional. Enronquecidos de clamar por nuestros derechos, nos hemos olvidado de nuestros deberes para con nosotros mismos y con la especie a la que fatalmente pertenecemos. Pero estamos tan acostumbrados a depositar en los otros la responsabilidad de nuestras culpas, que no nos percatamos de que los casi cinco siglos de una universidad como la de San Marcos apenas le han servido para lograr un hallazgo científico de importancia, y ni siquiera para impulsar una idea original en el campo de la humanística. Nada ni nadie -salvo nosotros mismos impedía que Edison, Bell, Freud, Kant, Einstein o Heidegger nacieran en Lima, La Habana, Caracas o México. Son nuestras sociedades, refractarias a alentar ideas nuevas, despreocupadas de la tarea de modificar el entorno en que vivimos, las que no dejan espacio a la creatividad propia. Pero también sería falso afirmar que vivimos en sociedades retrógradas que abominan de los cambios, puesto que jubilosamente nos apuntamos a ellos. Lo que realmente ocurre es que nos negamos a iniciar esos cambios y a explorar por nuestra cuenta caminos novedosos. No hemos entendido que es la audacia creativa, la innovación, lo que determina el curso de la historia y no al revés. No hemos entendido que desde hace cinco siglos el objeto de la civilización es el cambio. Por eso hemos resultado marginados.

**¿Rebelarse o sumarse?**

Sin duda alguna la lectura de estos papeles le servirá al radical de turno para hallar otra muestra de los males sin cuento del imperialismo. El vasallaje - pensaré- ya no es sólo la rapiña comercial de los poderosos, sino son además sus temibles influencias intangibles. Nuestros pobres revolucionarios jamás han pasado de la epidermis en el análisis de nuestros males sociales, puesto que para cambiar situaciones injustas convidan a revoluciones sangrientas, sin darse cuenta de que las más profundas revoluciones de los tiempos modernos no se realizan en los cuarteles ni en las montañas, sino en los laboratorios y en los gabinetes de la *intelligentsia* más audaz. La transformación radical, esto es, en la raíz de nuestras sociedades, no la provocan los cambios en las relaciones de propiedad, la sustitución violenta de las elites de poder o las bruscas modificaciones constitucionales, sino el curso de los hallazgos técnicos y científicos, sumados a las nuevas percepciones de los humanistas de avanzada. El perfil de todas las sociedades y la dirección en que se mueven -tanto la Cuba de Castro como el Chile de Pinochet- los dictan los centros creativos del planeta y no los ideólogos de barricada.

Frente a este panorama, tampoco es extraño que se alcen las voces de ciertos nacionalistas empeñados en salvar el patrimonio tradicional de las naciones hispanoamericanas. Curiosamente, estos especímenes gozan de un gran prestigio revolucionario, porque quien predique contra lo extranjero, o los extranjeros, siempre encontrará un auditorio dispuesto a aplaudir hasta el



delirio. Sin embargo, una observación más seria del problema nos lleva inevitablemente a proponer la alternativa contraria: si hay solución a los males de América Latina, ésta no consiste en cerrar las fronteras a las influencias extrañas, sino en abrirlas de par en par, de una manera consciente, tras admitir que el concepto nación, aunque fuertemente instalado en nuestras creencias, prácticamente ha perdido toda vigencia en nuestro momento histórico, en la medida en que nuestras sociedades se uniforman con bastante celeridad tras el modelo que proyectan los Estados Unidos. Esa imitación del quehacer norteamericano a que me refería hace un momento es la evidencia, el síntoma de un fenómeno planetario de muy difícil modificación en un futuro cercano. De nada vale bramar contra los *blue-jeans* o el rock, porque éstos son únicamente los retoques cosméticos de un profundo proceso de transculturización en el que se inscriben los antibióticos, la televisión, el jet y hasta el debate ideológico abstracto, porque también nos llegan del frío la contracultura, la antisiquiatría, las preocupaciones ecológicas y casi todos los puntos de vista que animan nuestros cotarros intelectuales. La realidad es terrible pero no podemos dejar de asumirla: nuestro cerebro, el cerebro de nuestra sociedad, queda fuera de nuestras fronteras, y -por mucho que nos pese- no hay manera de prescindir de este órgano.

Lo razonable, pues, es aceptar, con toda humildad, que la especie humana se desplaza hacia un modelo de sociedad que no es generado por nosotros, y que

ese proceso de creciente uniformidad parece ser irreversible. Tampoco hay forma de darse de baja, porque no se puede encapsular una nación a que se resista al tirón impetuoso de los centros creativos, entre otras razones porque las comunicaciones globales e instantáneas han creado una interdependencia que convierte en una absurda quimera cualquier proyecto de autarquía.

¿Cómo sumarse?

Bien: queda dicho que es imposible nadar contra la corriente. Queda dicho que lo razonable no es intentar romper los vínculos que nos unen a nuestro cerebro, sino intentar formar parte de él, sumándonos a las tareas creativas. Es probable que en este punto pueda tildarse esta propuesta de «entreguista» o de «traidora», pero cualquier persona tentada a calificarla de esa manera debe pensar que la alternativa es aún peor: continuar, a regañadientes, siendo remolcados por los centros creativos, sin que nuestra simbólica rebeldía nos consiga el menor rasgo de autonomía espiritual. Tal vez para escuchar en calma estas reflexiones sea muy importante, previamente, sacudirse las viejas categorías de antaño. Tal vez sea imprescindible comprender que el nacionalismo ya no es posible, y que palabras como «patria» o «nación» han perdido toda connotación real, aunque no su vieja carga emotiva. Si aceptamos -y hasta es posible aceptarlo con júbilo- que Humanidad se dirige hacia un punto de confluencia, de uniformidad, señalado por el país que encabeza el planeta, tal vez podamos encontrar mejor nuestro

papel en esta larga marcha hacia la sociedad planetaria, y tal vez podamos colaborar en el trayecto, por respeto hacia nosotros mismos y porque - paradójicamente- no hay otro camino para contribuir al diseño de nuestro propio destino.

Pero eso requiere un tenso y doloroso ejercicio de humildad colectiva, que acaso comience por definir como somos nosotros, y qué hay que modificar de nosotros para poder insertarnos activamente en las corrientes dominantes del planeta. Es falso, por ejemplo, sostener que nuestra postración intelectual y económica es el resultado de podridas estructuras sociales y políticas. Eso -qué duda cabe- influye, pero el problema esencial radica, primero, en nuestra idiosincrasia, y luego, en menor medida, en nuestra percepción del acontecer histórico. Nuestras sociedades y nuestros líderes no se han percatado de que desde hace siglos la idea del progreso y la voluntad de innovación determinan el curso de la Historia. Nosotros pertenecemos a otra tradición, la hispánica, quizá la hispanoromana, que concibe la sociedad como un cuerpo estático, en lento crecimiento vegetativo, sujeta siempre a un molde inalterable que relega la creatividad al plano ornamental. Es la sociedad que ayer gloriosamente producía a Cervantes, a Goya o a Velázquez, y que hoy produce a Vargas Llosa, a García Márquez, o a Octavio Paz, pero que muy pocas veces se aventura a crear fuera del perímetro artístico.

Y es que nosotros, para vivir en una sociedad estática, contábamos con la mentalidad social adecuada, porque para existir en un mundo de perfiles eternos no era necesario ser disciplinados, ni metódicos, ni curiosos, ni constantes, pero si admitimos que el objetivo de nuestras vidas es transformar, a cada instante, la materia o las ideas, poner en duda el mundo en que vivimos, y negarlo en crecientes actos de rebelión intelectual, entonces no nos queda más remedio que modificar parcialmente nuestra idiosincrasia y transformar nuestra mentalidad social, de manera que los objetivos y los medios de lograrlos encuentren una razonable adecuación.

Es un peligrosísimo disparate continuar repitiendo que el éxito de sociedades como la norteamericana es el producto de la explotación del Tercer Mundo -incluyendo nuestra explotación-, o el resultado de la suerte en la arbitraria distribución de los bienes naturales. Por el contrario, cada día se afianza más entre los expertos la convicción del elemento clave en la formación de la riqueza es lo que llaman el «capital humano». En 1945 Japón era un país destruido y hambriento, y cuarenta años después es uno de los más prósperos centros creativos del planeta, y quizá sea su más poderosa locomotora a mediados del siglo XXI. Japón empleó a fondo su inmenso capital humano. ¿Qué hay detrás del milagro japonés, del alemán, del suizo, del noruego, del coreano, del singapurense, del inglés, del sueco, del norteamericano, del holandés. ¿Qué hay detrás del milagro de cada sociedad que en los últimos siglos ha logrado

despegar espectacularmente? Algo bien sencillo: una idiosincrasia adecuada a los objetivos que persigue, un valioso capital humano. Si nosotros no podemos cambiar los objetivos, porque se definen fuera de nuestras fronteras, entonces estamos condenados a cambiar nuestra idiosincrasia para incrementar sustancialmente nuestro capital humano.

### **Una magna operación pedagógica**

Skinner, el behaviorista norteamericano, en su libro *Más allá de la libertad y de la dignidad*. Propone que los Estados modelen la psicología de sus súbditos con un vasto programa de refuerzos positivos y negativos, de manera que los ciudadanos se comporten adecuadamente a los fines del Estado. La propuesta de Skinner no me escandaliza, porque al fin y al cabo todos los Estados llevan a cabo alguna forma de manipulación psicológica, pero me repugna porque atribuye a la cúspide del poder, esto es, a un puñado de privilegiados, la facultad de establecer lo que es bueno y lo que es malo para las sociedades, ya prescribir entonces los premios o castigos que muevan en la dirección «correcta» a la masa humana. Creo que nadie que ame la libertad puede amar las propuestas de Skinner. Pero creo, también, que es necesario modificar nuestra mentalidad social. ¿Cómo? Quizá la respuesta haya que buscarla en la pedagogía, porque quien enseña racionalmente no intenta guiar ciegamente a los hombres hacia su pretendida felicidad, sino que se limita a darles los instrumentos para que ellos

mismos la busquen por su cuenta. Hay que enseñar desde la infancia el valor de la *disciplina*. Hay que enseñar *método*. Hay que inculcar el amor a la investigación y el *orgullo por el trabajo bien realizado*. Hay que premiar la *originalidad*, nunca combatirla. Hay que potenciar la *búsqueda de la excelencia* y el *culto al trabajo sistemático*. Hay que embarcarse en la tremenda tarea pedagógica de modificar ciertos valores de América Latina, para que los latinoamericanos alguna vez tengan la oportunidad de insertarse entre los pueblos creadores del planeta y además hay que hacerlo con más ciencia empírica que con entusiasmos delirantes, definiendo primero los objetivos, trazando luego los medios de alcanzarlos, y verificando siempre, en el trayecto, la eficacia del esfuerzo. Hay que comenzar por revolucionar la pedagogía, convirtiendo las escuelas de educadores en los centros más respetables y respetados, de manera que las mejores cabezas encuentren en la enseñanza el reto y la recompensa que hoy les ofrecen otras carreras. Esto, a primera vista, podrá parecer un proyecto utópico, pero quien tenga noticia del curso de las corrientes pedagógicas contemporáneas no se sorprenderá de oír que es perfectamente posible. Cuando los maestros tienen el adiestramiento correcto logran enseñar valores o actitudes, como se enseñan matemáticas o geografía, lo cual puede ser vital para los latinoamericanos, porque, aun cuando no exista una sola institución educativa que no proclame entre sus objetivos el de lograr la formación integral de ciudadanos, esto no suele ser más que una bella abstracción retórica. Nuestras

escuelas, a lo largo de los siglos, recurriendo casi siempre a ejercicios memorísticos, han contribuido a transmitir unos conocimientos más o menos suntuarios, olvidando que la función de la escuela no es sólo instruir, sino también construir. Debo advertir, claro, que no estoy proponiendo que nosotros dejemos de ser nosotros -lo cual sería, una perversa estupidez-, sino que procuremos añadir al perfil psicológico de un número grande de nuestros ciudadanos las virtudes sociales que hoy determinan la grandeza de ciertas naciones. Estas virtudes las tienen algunos o muchos individuos de nuestro espacio cultural, pero no los suficientes como para que determinen el signo de nuestras sociedades. Por supuesto, esa metodología pedagógica, capaz de proponerse el reordenamiento de la tabla de valores por la que nos regimos, y ese proyecto de modificación de nuestras actitudes, para tener algunas oportunidades de éxito, no pueden surgir espontánea y desordenadamente, sino que deben convertirse en el *leit-motiv* y en el *ritornello* de aquellos grupos que admitan como válidas dos hipótesis fundamentales: primero, que la causa de nuestro atraso relativo y de nuestros fracasos económicos y sociales radica en nosotros mismos; segundo, que es posible, mediante un proceso intenso y extenso de aprendizaje, añadir a nuestra mentalidad social los rasgos que en alguna medida determinan el éxito en el modelo de civilización en que vivimos. Es probable que el planteamiento no resulte halagador, pero cualquier persona sensata -a la izquierda o a la derecha-, interesada en ejercer el poder

constructivamente, debe darse cuenta de que el recetario ideológico convencional para acabar en América Latina con el atraso, la pobreza y la desigualdad, ha perdido toda capacidad de convocatoria. ¿Quién puede proponer en serio, como fórmula capaz de concitar nuevas adhesiones ciudadanas, otra reforma agraria, otra nacionalización, otra industrialización forzada, otra economía planificada u otra economía descentralizada? Nos hemos quedado sin recetas, sencillamente, porque atribuíamos los males del sujeto a las circunstancias externas, y ahora sabemos -y debemos asumirlo- que los males radican en el sujeto. No hay, pues, un átomo de utopía en mi propuesta, sino el más crudo realismo, la más palmaria coherencia lógica.

En Venezuela, hace unos años, Luis Alberto Machado, el menos soñador de los políticos de aquel país, y acaso el único que en medio de las bromas y burlas generales ha sabido aportar una ilusión, creó el Ministerio de la Inteligencia, con el objeto de elevar el I.Q. de los niños venezolanos mediante ejercicios destinados a ese fin, bajo la premisa de que unos venezolanos más inteligentes construirían una Venezuela más próspera y más justa. Yo creo que la propuesta de Machado es valiosa, pero incompleta. A cualquier país le beneficia que miles de estudiantes adquieran un más alto cociente de inteligencia, pero ello no garantiza ni la justicia ni la prosperidad, porque la razón última de nuestras desdichas sociales no radica en un bajo nivel de comprensión intelectual, puesto que disfrutamos el mismo de cualquier nación de Occidente, sino en la falta de



adecuación entre nuestras actitudes vitales y las tendencias de la sociedad moderna. Vivimos en un mundo donde se premia la innovación, la productividad, el trabajo infatigable, la capacidad de adaptación a los nuevos artefactos o a las nuevas corrientes, el método, el rigor, y para ese mundo no estamos, ciertamente, bien preparados, aunque nuestro índice de inteligencia sea normal.

Esto también explica, por ejemplo, el fracaso de nuestras sociedades cuando aplican las leyes del mercado en un contexto internacional. Por mucho que la competencia incite a nuestros empresarios y obreros a trabajar más y mejor para mantenerse dentro del circuito económico, mientras no modifiquemos nuestras actitudes vitales no podremos competir con pueblos que tienen inscritos en su sistema de valores la pasión por la excelencia y el orgullo por la laboriosidad. Estas son las variables que los modelos económicos olvidan porque no son fácilmente cuantificables, pero son los factores que acaban determinando el fracaso de ciertas teorías en su aplicación práctica. Si hoy la industria de Chile o de Argentina no puede competir con la de los Estados Unidos, Japón, Corea o Taiwán, es -entre otras razones- porque las actitudes de los hombres que en uno y otro lado están enfrascados en los procesos de diseño, producción, distribución y comercialización, son totalmente diferentes, y esas diferencias se traducen en distintos niveles de costo y calidad, y no las salvan las

inocentes leyes del mercado, como con demasiado optimismo prescriben los partidarios de un comercio libérrimo y sin trabas aduaneras.

Visto desde otra perspectiva -porque prefiero ser reiterativo-, pero incidiendo en el asunto, si estamos fatalmente condenados a vivir en un mismo sistema y a perseguir los mismos objetivos, sólo podremos avanzar hacia la vanguardia si emulamos ciertas actitudes de los grupos que lo encabezan. Es indispensable, pues, reformar todo nuestro esfuerzo educativo para diseminar esas virtudes sociales y transformar ciertos aspectos de nuestra idiosincrasia que nos relegan a la supeditación y al atraso. No se trata de un proyecto a corto plazo, sino de una íntima y profunda revolución pedagógica que pueda ir mejorando progresivamente el repertorio de nuestras virtudes sociales a lo largo de varias generaciones, hasta que podamos encajar en el modelo social y económico que el desarrollo histórico nos ha deparado.

Por supuesto, el mismo razonamiento a que me acojo para explicar nuestra postración intelectual y económica, y el mismo método para superarla, los hago extensivos al ámbito de las instituciones democráticas. La idea de que los hombres pueden entregarse a debatir pacíficamente, y luego a contabilizar las persuasiones para determinar a quiénes corresponde el ejercicio del poder, esto es, la democracia, apenas ha prendido en el panorama latinoamericano. Sólo los habitantes de Costa Rica parecen haber incorporado, mayoritaria y

popularmente, esa voluntad de diálogo, de compromiso y de respeto al prójimo, que exige la convivencia democrática, porque me temo que las experiencias todavía felices de Venezuela y Colombia, *prima facie* apuntan más al resultado de compromisos entre las élites que a la expresión de una definida vocación popular fuertemente arraigada.

La democracia, como el progreso y la prosperidad, es también el producto de ciertas actitudes vitales compartidas por grandes zonas de la ciudadanía y esas actitudes vitales *también* pueden o deben ser estimuladas. No se nace demócrata -más –más bien ocurre todo lo contrario-, sino que uno se va haciendo demócrata en la medida en que aprende a respetar la opinión y al opinante diferentes. En nuestro universo latinoamericano, con más frecuencia de lo deseable, se abre paso una actitud de absoluto desprecio por el adversario, que culmina, casi siempre, en la impunidad física y moral para atropellarlo. Hay que educar, pues, para la tolerancia, si realmente algún día queremos ser demócratas. Es probable que yo esté proponiendo la más difícil de las revoluciones, pero es la única que nos queda por ensayar, y si estoy convencido de que nuestros males, como ciertas procesiones, van por dentro, creo que es adentro adonde debemos convocar a la revolución, con la convicción de que nos queda más camino que la modificación de ciertas actitudes vitales.

**La tarea de los Estados Unidos**

Hasta ahora he propuesto un descomunal esfuerzo de humildad y comprensión por parte de América Latina, pero ese esfuerzo, para que no sea estéril, debe tener su contrapartida en un cambio de actitud en los propios Estados Unidos, porque cuando ese país proclama su condición de cabeza de Occidente, me temo que no alcanza realmente a entender sus propias responsabilidades fuera del perímetro de las alianzas militares, la transferencia de tecnología comercializable o el aporte de capital. Los dirigentes políticos de los Estados Unidos, especialmente los instalados en el Congreso, con una actitud rayana en el desdén, suelen ignorar cuanto ocurre en América Latina. José Martí, que vivió gran parte de su vida adulta en los Estados Unidos, alguna vez se refirió a ese país como «el Norte revuelto y brutal que nos desprecia». Y alguna razón tenía este cubano singular, porque la circunstancia de compartir el Nuevo Mundo no genera, *per se*, vínculos afectivos, y ni siquiera curiosidad. Del medio millar de congresistas que hoy hacen las leyes en los Estados Unidos, apenas un puñado sería capaz de explicar quiénes son los adecos venezolanos o los radicales argentinos. Los Estados Unidos, como los devotos de Santa Bárbara, sólo cuando truena -y sólo cuando truena desde la izquierda- se acuerdan de América Latina, lo cual inevitablemente crea entre nosotros una corriente de resentimientos.

Al principio de estas reflexiones me refería al fenómeno real y doloroso de que América Latina de forma creciente adopta los quehaceres norteamericanos, las formas norteamericanas de actuar en la vida, pero junto con la entrega de

nuestra autonomía espiritual, surge una incómoda sensación «ajenidad» que se agrava ante la total indiferencia norteamericana frente a los pueblos y gobiernos América Latina. Nadie puede creer, seriamente, que formamos parte de un perímetro común de civilización sólo porque imitamos a los Estados Unidos. Seguimos a los Estados Unidos, como los ratones al flautista de la fábula, sin conocer la ruta y sin creernos que es «nuestra». Ni se nos consulta, ni se nos invita, y a veces ni siquiera se nos notifica. No me refiero solamente al plano de las relaciones políticas, sino al resto de las actividades que de alguna forma nos son comunes. Los Estados Unidos mantienen la ficción de que encabezan Occidente, pero no hay un cuello real que una esa cabeza a América Latina, no hay, apenas, vasos comunicantes. Los soviéticos, por ejemplo, son muchísimo más hábiles que los Estados Unidos en proyectar la sensación de que el mundo bajo su dirección está relativamente integrado en las tareas colectivas. Es absolutamente obvio que el programa de exploración espacial de los soviéticos no necesitaba al cosmonauta cubano Tamayo, pero el hecho de invitarlo, y prepararlo para una misión en el espacio, le proporciona al remoto satélite antillano una sensación de pertenencia a un mundo en el que los cubanos no son sólo sujetos pasivos de la historia.

Es una vergüenza que mientras la Unión Soviética suministra a Cuba una ayuda anual valorada e casi tres mil millones de dólares, el Congreso de los Estados Unidos debata y regatee durante meses una ayuda para todo el Caribe

que apenas rebasa los trescientos cincuenta millones. La tentación totalitaria de algunos líderes de países como Nicaragua o Granada no sólo se asienta en meras coincidencias ideológicas, sino también en cierto cálculo económico, político e histórico. Aunque es evidente que el sistema que propugnan los soviéticos es cruel e ineficaz, también lo es que los países que se inscriben en esa órbita obtienen, dentro de ciertas limitaciones, protección económica y un rol histórico, a veces desproporcionado, como ocurre con la imperialista Cuba y sus legiones africanas.

Es una vergüenza que los grandes centros creativos de Estados Unidos no tiendan puentes hacia América Latina, de manera que por ellos transite masivamente la *intelligentsia* latinoamericana. Es un gran error que los líderes políticos norteamericanos no dediquen mucho más tiempo a conocer personal y amistosamente a sus colegas del sur del Nuevo Mundo, tal y como parece hacer la jerarquía política del Este con su clientela del Tercer Mundo.

Hace relativamente poco tiempo -23 de febrero de 1981- el propio Departamento de Estado norteamericano publicó un informe acusatorio en el que se descubrían las redes de la complicidad comunista internacional en el suministro de armas a la guerrilla salvadoreña, pero otra lectura del mismo documento también revela que los adversarios de la democracia obtienen de los líderes del Este un grado de complicidad y solidaridad impensable en Occidente.

Un político comunista de Nicaragua o de Cuba, cuando se relaciona con su colega del Kremlin, a pesar de la diferencia de peso específico, siente que está junto a un camarada, mientras que un político venezolano o costarricense, un genuino demócrata al que le presentan a un senador norteamericano, percibe que no les une el menor vínculo y que ni siquiera comparten una causa común.

Hace años, durante el ilusionado periodo de John F. Kennedy, parecía que las dos grandes culturas afincadas en América comenzaban a acercarse, pero todo acabó en una no muy útil Alianza para el Progreso, que evaporó varios miles de millones de dólares, sin que realmente se produjese la deseada aproximación entre ambos mundos. Si hoy los Estados Unidos contemplan con desesperación cómo, con todo su poder, y aun con el peso de ciertos sólidos argumentos, no logran detener unas guerrillas en El Salvador, y ni siquiera son capaces de obtener el apoyo de América Latina para la defensa de la propia América Latina, no deben atribuirlo sino a que, aun cuando esa guerra se libra en suelo latinoamericano, y entre latinoamericanos, el episodio es percibido como una responsabilidad más de los Estados Unidos. Y esa percepción descansa en una natural analogía: si los Estados Unidos son los responsables inconsultos de todo nuestro quehacer vital, también lo son de nuestro destino político. Y si las naciones de América Latina no tienen política exterior, es, entre otras cosas, porque el carácter inerme de esas sociedades dependientes les impide trazar objetivos a largo plazo y construir estrategias para alcanzarlos. Si no son agentes

activos de la historia en casi ningún aspecto, no hay ninguna razón para esperar que lo sean en materia de política exterior.

Los Estados Unidos, en suma, deben entender que la América Latina *necesita* representar un papel en la civilización planetaria que lentamente se construye, y deben contribuir a fomentarlo, invitando gradualmente a los latinoamericanos a las tareas de la acción y de la creación, no sólo por las graves responsabilidades éticas que contrae con su «cuerpo» la «cabeza» de cualquier organismo, sino porque a medio o largo plazo, si continúa el proceso de degradación política y social en América Latina, los Estados Unidos tendrán que enfrentarse a un creciente número de naciones hostiles que odian al poder que no supo convocarlas generosamente para las tareas de la civilización colectiva, y que sistemáticamente ha optado por ignorarlas.

## II

### POR QUE EL MUNDO HISPANO NO ES CREATIVO



## LA HISPANIDAD: UN IMPERIO PROVINCIANO <sup>2</sup>

### Tema e Ideología

La palabra Hispanidad está inevitablemente reflejada de una atmósfera reverencial. Se dice Hispanidad y se piensa en Maeztu, en Menéndez Pelayo, en Donoso Cortés, en Balmes y en embajadores elocuentes. Hispanidad es, desdichadamente, un término conservador, un término que huele a imperio rancio y a los textos de las derechas españolas. Y aunque ofenda nuestro sentido común, debemos reconocer que los temas y las palabras, en la práctica, no están a la libre disposición de todos, sino al servicio de ciertas ideologías.

El mero hecho de seleccionar un tema suele indicar la procedencia ideológica, la estructura mental del que lo ha elegido. La Hispanidad es una preocupación, un tema, casi una manía del pensamiento conservador, y apenas contamos con criterios «liberales» sobre la materia. No era, pues, del todo descabellado, que se levantaran ciertas objeciones a mi presencia hoy y aquí para compartir con ustedes mis reflexiones sobre la Hispanidad, como ha ocurrido

---

<sup>2</sup> Conferencia dictada en Miami, Florida International University, el 12 de octubre de 1978.

con la protesta formal del Cónsul General de España en la Florida y su oposición a que yo fuera invitado a los actos académicos del 12 de octubre. Lo frecuente, lo que por estas fechas se viene haciendo desde siempre, es que algún señor importante cante las virtudes del pasado común, evoque la gloria de Isabel y Fernando, y cumpla, ritualmente, con el objeto de honrar a España.

Aunque al final de esta conferencia ustedes se sientan defraudados, creo que el mero hecho de romper con la rutina y aceptar un análisis crítico de ciertos aspectos de la Hispanidad es ya, por sí mismo, un acierto. Porque una universidad debe ser un hervidero de ideas, una lonja del pensamiento, y no un incensario obsequioso e inofensivo. ¿De qué serviría entonar hoy el mismo canto de siempre? ¿Qué sentido tiene, más allá de la liturgia, conmemorar el Descubrimiento de América con fatigados elogios?

La primera proposición, pues, que les hago, es ésta: rescatemos la Hispanidad del análisis sectario del pensamiento tradicionalista y conservador. Recordemos, sin temor, que la Hispanidad no es sólo un pasado o un presente glorioso, sino también un pasado y un presente conflictivos. Mejor se honra el común origen --eso que llaman la Hispanidad- con una actitud libre, independiente y objetiva, que con la repetición de viejos papeles.

## La Hispanidad como sustancia

Vamos al asedio. Hispanidad es, ante todo, un idioma común. Las Filipinas no forman parte de la Hispanidad. No creo que un español o un argentino se sientan tan próximos a un filipino como, digamos, a un venezolano. Ni tampoco es Hispanidad Marruecos, el Sahara español o la remota Camboya, la Camboya de Góngora, territorio al que también doblegaron los españoles. La Hispanidad es un negocio que sólo concierne a España y a las partes de América en que triunfó su aventura imperial. Las partes en que logró subyugar a los pueblos aborígenes y borrar o subordinar las lenguas nativas, porque en estas empresas no se triunfa hasta que el vencido no adopta la lengua del vencedor. La latinización de Iberia, su conversión en Hispania, no fue real y efectiva hasta que las lenguas prerrománicas no fueron liquidadas. En América, con relación a España, ocurrió otro tanto. Pero hay, además del idioma, otros factores que determinan la Hispanidad. Son casi verdades de Perogrullo, pero a veces conviene citar a Perogrullo. Hispanoamérica, como buen producto de España, reproduce muchas de las características de la sociedad española, repite muchos de sus ademanes y alberga una mentalidad social muy parecida. El militarismo, el saqueo de la hacienda pública, la desconfianza del ciudadano ante la ley, la actitud altanera de los gobernantes y de todo el aparato estatal, la intolerancia del homo hispanicus, son rasgos de la sociedad española transmitidos a Hispanoamérica, y aquí desdichadamente magnificados. Uno de esos rasgos comunes -en el que luego

entraremos con mayor rigor- es la falta de urgencia innovadora. La ausencia de ese secreto impulso que ha puesto a las otras culturas europeas al frente de Occidente. El mundo hispánico no innova. A veces, casi siempre con reparos, adopta o acepta, pero no innova. Y tal vez -ése es el meollo de estas reflexiones- eso esté dado en la propia naturaleza histórica del ser hispánico. Vamos a explorar esta afirmación.

### **Hispanidad, provincianismo y conservadurismo**

A mí me parece evidente que la más gruesa raíz de lo hispánico se afinca en Roma y en la latinidad. No sólo nuestra lengua, sino nuestro derecho, nuestras instituciones, nuestra religión, son esencialmente romanos. Los godos y los árabes se limitaron a hacer aportaciones adjetivas a las sustancias, al sustantivo latino. Roma latinizó las tribus ibéricas y homogeneizó los diversos componentes culturales de la Península. Sólo, y a medias, escapó a la cocción de su *melting-pot* el abrupto rincón de los vascos. Pero todo lo que devino España es obra romana. Más aún, España, como concepto nacional, como entidad, es el producto de la mentalidad imperial romana. Antes de España había celtas y ligures, tartesos misteriosos, tribus de origen bereber, ciudades fenicias o griegas, y a todos ese mapa balcanizado étnica, lingüística o culturalmente, es Roma quien le da un perfil homogéneo. La legendaria Iberia pasó a ser una provincia, la más importante, pero una provincia del vasto mundo dominado por Roma. El

sustantivo dice poco: provincia. El adjetivo es más elocuente: provinciano. Las provincias padecen siempre de una extraña anatomía: el corazón lo llevan dentro, cálido y propio, pero el cerebro yace fuera, ejerciendo sus remotas funciones en la metrópoli. El cerebro está en la capital, palabra en cuya raíz puede leerse el vocablo cabeza. No es serio citar a Séneca como cordobés o a Quintiliano como calagurritano. Es una tontería rastrear en ellos rasgos ibéricos. Los grandes escritores latinos nacidos en lo que hoy es España procedían de familias itálicas vecindadas en la provincia, y muy jóvenes, casi siempre en la niñez, marchaban a Roma. La «hispanidad» era siempre un accidente fortuito. Si Séneca o Quintiliano llegaron a ser unas figuras descollantes en la literatura latina, se debió a que muy pronto se instalaron en Roma, en medio, precisamente, del torbellino político e intelectual de la época. Lo mismo puede decirse de Lucano, o hasta del epigramista Marcial, desconocido en su tierra provinciana durante sus primeros veinticinco años, y sólo reverenciado a su regreso, ya viejo, y cuando la fama y de sus burlescos poemas se había expandido por todo el imperio. Y lo que quiero decir con esto es que la *intelligentsia* de las provincias o pasa por la capital o no se consagra como *intelligentsia*. Era así hace hace dos mil años y es así hoy, aunque nos pese. No hay Séneca viejo o joven, no hay Lucano, ni Marcial, ni, por supuesto, Adriano sin la intervención sacralizadora de la Roma capitalina.

A los efectos de estas reflexiones eso tiene su importancia: en la simiente de la Hispanidad --esa Hispanidad que surge de la obra civilizadora Roma- hay un inocultable factor de provincianismo. Me temo que la Hispanidad nunca, ni en sus más esplendorosos momentos, ha escapado del provincianismo de sus orígenes. Más aún: la historia posrománica de España es la historia de un pueblo desesperadamente aferrado al pasado y a la búsqueda obsesiva de una reconciliación con sus orígenes latinos. El sentido hispánico de la Reconquista, esos ocho siglos de lucha, pactos y convivencias con los árabes, no son sólo siglos de lucha por la reconquista de un territorio, sino son ocho siglos de lucha por la reconquista de un pasado mítico. (No olvido que entre la irrupción de los árabes y el fin del dominio de Roma, España pasa por un período dominación visigoda, sino que pienso, como Pirenne o como Maravall, que la cultura hispano-visigoda es sólo la continuación de la inmediata tradición de latino-cristianismo primitivo.) Es decir, los godos por su breve número -no más de 200.000, frente a una población de varios millones de hispanorromanos-, y por la debilidad de su cultura, apenas formaron un débil barniz sobre la estructura esencialmente latina de la Península Ibérica.

Vale la pena que nos detengamos en el hecho pavoroso de la Reconquista. Durante ocho siglos, los hispanorromanos -convertidos en españoles en el largo trayecto- persiguieron el objetivo político militar y religioso de terminar con la dominación árabe. No creo que en la historia conocida del hombre exista otro

ejemplo de parecida tenacidad. Esta inacabable empresa acaparó los mejores esfuerzos españoles. Esta lucha por la reinstauración del pasado fue el objetivo vital de varias decenas de generaciones de españoles, y me temo que ello contribuyó a las irreprimibles fuerzas conservadoras que han gobernado en el ser español. Durante ocho siglos los españoles lucharon por conservar ciertas formas de vida. Durante ocho siglos tuvieron, como referencia, como norte de la común aventura ciudadana, el pasado cristianorromano. Y no debemos confundir el episodio europeo de las Cruzadas con el episodio español de la Reconquista. Las Cruzadas, a fin de cuentas, eran una aventura hacia el futuro, un viaje de inequívoca ida. La Reconquista era un viaje al pasado. Un trayecto de regreso.

Hace poco mencionaba el hecho geográfico del provincianismo hispanorromano. Ahora he llamado la atención sobre un factor histórico: el probable origen de su conservadurismo. Ambos aspectos pueden estar relacionados con la escasa urgencia innovadora del mundo hispánico. Porque el provincianismo, de una parte, importa sus ideas de la capital. La provincia no se cree capaz de pensar por cuenta propia y cuando algún provinciano ignora este axioma es automáticamente tachado de insolente. Es la provincia misma la que se encarga de preservar la supremacía de la metrópoli. Es la provincia la que frena la creatividad de los provincianos.

Y la verdad es que la Hispania romana primero, y luego los españoles, y más tarde la Hispanidad completa, han sido siempre provincia de otra capital intelectual. Hispania fue provincia intelectual de Roma. Más tarde, España, la España medieval, pobre y despoblada de los reinos cristianos, fue, al Norte, provincia intelectual de los franceses y, al Sur, provincia intelectual de los árabes y los judíos, dueños entonces del saber de la época. El modelo cultural era traído por monjes cistercienses, o por rabinos de Toledo, o por médicos y matemáticos árabes de Córdoba. El saber, invariablemente, se importaba del extranjero. Siglos más tarde, en el XVI espléndido de España, viviendo Europa bajo los tercios españoles, Erasmo se extrañaba de su tremenda influencia en España. ¿Por qué el provinciano Erasmo -Holanda, en alguna medida iba a ser provincia de España- reinaba sobre los intelectuales españoles de la época? Porque España estuvo a la cabeza de Europa, pero nunca fue la cabeza de Europa. España se impuso por la fuerza de las armas y por los avatares de las alianzas, pero jamás extendió a la cultura su papel rector. Cuando reinaba Carlos V cuando no se ponía el Sol en el imperio español, Vives era erasmista; Erasmo no era vivista. Cuando reinaba Felipe IV, Velázquez -el gigante Velázquez- vivía deslumbrado por Caravaggio primero, por Tiziano después; por Miguel Ángel siempre. «Vaya a Italia», le aconsejó Rubens a Velázquez en una memorable entrevista. y Velázquez fue a Italia con la encomienda de comprar buenos cuadros para la Villa y Corte, porque Madrid podía ser un indiscutible poder político, pero Italia era la pintura



y el arte. Italia era la fuerza creativa. No sintió el propio Velázquez tanta alegría cuando se convirtió en pintor real de España, como cuando fue elegido miembro de la «Academia di San Luca», corporación de la pintura romana. Italia era la fuerza innovadora. España podía doblegar Nápoles con los tercios del Gran Capitán, o Carlos V podía entrar a saco en Roma, o Felipe II gobernar sobre medio planeta, pero el debate estético, la tensa actividad intelectual que polarizaba la pintura española, no se producía entre españoles, sino entre los italianos Rafael y Caravaggio, como la innovación literaria habían sido los sonetos hechos al itálico modo, y los poetas, de la mano antigua de Petrarca, desarrollarían un nuevo e italiano modo de ordenar sus rimas ¿Se debe este fenómeno al secular provincianismo de España? ¿Se debe a su conservadurismo arraigado? La interpretación de la historia no puede hacerse como se hacen los teoremas pitagóricos. Ninguna de mis afirmaciones es demostrable, pero me resulta evidente que el mundo hispánico no ha encabezado jamás una aventura estética, una corriente literaria o una escuela de pensamiento. ¿Por qué? A responder esa pregunta van orientados estos papeles. Creo que el provincianismo ha sido un factor importante. Creo que el conservadurismo ha sido otro, quizá más importante aún. Veamos la relación entre conservadurismo, religión y la propia historia de España.

## Religión y Contrarreforma

No creo que nadie se sorprenda si yo repito que la religión ha sido el más relevante elemento de la historia de España. Más, mucho más, que en el resto de Europa. Los españoles nunca han sido capaces de precisar cuánto y qué pertenece a César y cuánto y qué pertenece a Dios. Pero ese dato, constatable con un mero repaso de la Historia española, esconde ciertos importantísimos matices: la savia de las religiones, la sangre de que se nutren, es la tradición. La religión es tiempo congelado. Ademanos sacados del entorno en que fueron realizados y convertidos en ritual. La religión, por su propia naturaleza, tiene que ser rabiosamente conservadora. Todo cambio, de alguna manera sutil, atenta contra sus cimientos. Toda nueva interpretación es una forma de herejía. Es cierto que las religiones cambian y se modifican, pero también es cierto que el cambio es lento e imperceptible o resulta doloroso y cismático. Las religiones cambian, porque toda obra humana está sujeta a la mutabilidad consustancial al hombre, pero nada cambia tan pausadamente como las religiones, y cuando cambian bruscamente tienden a deshacerse. (La tradición es una armazón dura y frágil, como de cristal.) Un rápido examen de la Historia de España revela una pasión religiosa por impedir los cambios, por congelar las situaciones por evitar alteraciones. La Contrarreforma no es un episodio aislado de España, sino la

expresión más cabal de su ser nacional. Contrarreforma es odio al cambio, miedo a las modificaciones, reserva ante cualquier innovación, despecho ante la nueva lectura de los textos viejos, rencor ante las Nuevas Escrituras. Contrarreforma no es sólo la anécdota de Trento: Contrarreforma era la expulsión de los judíos y de los moriscos. Contrarreforma era Torquemada. Contrarreforma es Fernando VII, Pavía, Martínez Campos, Cánovas, Primo de Rivera, el falangismo y el grito de «¡muera la inteligencia!» y «¡viva la muerte!» y, por supuesto, Francisco Franco, el contrarreformista más evidente, obvio, exitoso y tenaz; de toda la Historia de España. De ese contrarreformismo surgió España y en ese contrarreformismo ha vivido siempre, exceptuando los tremolantes paréntesis de Cádiz y de la Primera y Segunda Repúblicas. Es posible que esa formidable fuerza conservadora y retrógrada, fuerza implacable de sístole, de contracción perenne, esté llegando a su fin, pero hasta ahora, hasta el minuto de hoy, ha trazado inexorablemente el signo de la sociedad española.

### **Jerarquía, autoridad, regulación**

Pero la actitud contrarreformista, a fin de cuentas, es una actitud irrazonable. Y la irracionalidad consiste en negarse a la evidencia cuando la evidencia contradice los textos sagrados. Toda la escolástica está montada sobre ese mecanismo irracional. Los criterios no son ciertos o falsos, sino próximos o lejanos a la creencia instituida como dogma de fe. Si la Tierra se mueve,

Aristóteles y santo Tomás están equivocados, luego las opiniones de Copérnico y Galileo deben ser prohibidas porque niegan a las autoridades. Es revelador que en nuestra lengua la voz *autoridad* sirva lo mismo para designar al ideólogo importante que a los poderes coactivos. Autoridad, se le llama a santo Tomás, y autoridad se le llama al policía, al militar, al que puede obligarnos a obedecer por la violencia. Autoridad, o cuidadores de ella, eran los tribunales inquisitoriales, aquellos sensuales cardenales, obispos y frailes lo suficientemente cultos como para no dudar del movimiento de la Tierra, instruidos como para saber, in pectore, que sus subversivos colegas tenían razón, pero incapaces de admitir esa razón porque atentaba contra creencias básicas de la religión y negaba la indispensable jerarquía del pensamiento de las autoridades. No andaban errados los tribunales eclesiásticos: el combate no era sólo entre racionalidad científica e irracionalidad religiosa, sino entre el acatamiento a unas jerarquías o su desautorización.

*Jerarquía* es otra de las palabras clave. Nuestro mundo hispánico, nuestra Hispanidad, padece una dolorosa estratificación jerárquica. No es cierto que el carácter español sea anárquico. Todo contrario: la forma de relación usual entre los hombres de nuestra cultura es la rígida sujeción al superior jerárquico. Ya Américo Castro había hecho notar la paradoja que entrañaba la proliferación de las órdenes religiosas de estricta obediencia en España frente al tópico del carácter anarquista del español. No hay carácter anarquista. Hay miedo a la

libertad. El «¡vivan las cadenas!» no es un grito histeria popular, sino la síntesis más expresiva de la lamentable forma de relacionarse que hemos tenido los hombres de este mundo. La rigidez y dureza de la cadena jerárquica son indispensables en la medida de la irracionalidad de la cultura. En la nuestra se obedece al padre porque sí, al maestro porque sí, al militar porque sí; al jefe, al conde, al ministro por que sí. La jerarquía es sagrada y desconocerla es violar el misterioso principio de autoridad. En nuestro universo hispánico el temor al relajamiento del principio de autoridad degenera en pánico incontrolable, lo que al cabo se convierte en mayor rigor, más despotismo y un mayor distanciamiento jerárquico.

Esta estructura de violencia vertical es el peor terreno para que germine la voluntad de progreso y el amor a la innovación, porque, de alguna forma progreso e innovación constituyen un reto a la autoridad. ¿Cómo iba a prosperar el culto al cambio en una cultura de firme obediencia? ¿Cómo iban a surgir estudiantes creativos en universidades donde los profesores, los decanos y los rectores se comportan, aún en nuestros días, como pequeños tiranos dispuestos siempre a premiar al que repite y a reprimir al que cuestiona? ¿Cómo concebir ciudadanos autónomos en familias autoritarias? ¿Cómo esperar «vanguardias» en un medio socio-histórico que no las propicia, que las anula y que las persigue cuando es necesario?

Todo lo que atente contra la jerarquía, contra la inmutabilidad del orden establecido, es peligroso. Ortega recordaba el hieratismo del emperador japonés, y cómo de su rígida inmovilidad dependía la estabilidad de su imperio. Se trataba de una metáfora, pero, como en todas las metáforas, la relación entre el sujeto y su evocación perifrástica resulta ser perfectamente comprensible. La jerarquía es inmovilidad. Y si el jerarca es máximo, su inmovilidad es máxima y pasa a ser una especie de estatua viviente. ¿No corresponden a la alta jerarquía unos movimientos pausados, como de cámara lenta? La velocidad, la movilidad, son actitudes ajenas a la jerarquía, porque la jerarquía es precisamente la estructura de la inmovilidad. La osamenta al servicio de la congelación de las formas y normas sociales.

¿Cómo extrañarnos, pues, de que la Hispanidad no sienta amor alguno por el progreso? ¿Cómo extrañarnos de que no haya ciencia, si la ciencia es el resultado de la pasión por la investigación de lo desconocido, y lo desconocido es tabú para las mentalidades contrarreformistas? En toda Europa existió la mentalidad contrarreformista, es cierto, pero los galileos y los copérnicos dejaban escritos sus papeles antes de doblar la cerviz. En España ni siquiera podían surgir los galileos o los copérnicos, porque el peso específico de los reformistas siempre fue mínimo. La España eterna y contrarreformadora, nunca le dejó espacio a la aventura del cambio. No es una casualidad que una parte sustancial de la ciencia y del humanismo español del XVI cuajara en cenáculos heterodoxos

o judaizantes. Juan de Valdés, los humanistas de Alcalá, Miguel Servet, eran innovadores a fuerza de heterodoxos, o viceversa, y la relación con la otra España resultaba simétrica: porque la España de siempre era retrógrada a fuer de ortodoxa.

Todos nos hemos preguntado alguna vez por el origen de la pasión hispánica por reglamentarlo todo, por regimenter los más pequeños detalles de cualquier actividad; pues bien, posiblemente se trata de un esfuerzo consciente o inconsciente por matar la espontaneidad. La espontaneidad es enemiga de la jerarquía, del dogma, del autoritarismo; de todos los rasgos que conforman nuestra peculiar sociedad hispana. Esa espontaneidad se combate con regulaciones casuísticas, con órdenes, con decretos, con reglamentos, con todos los instrumentos ortopédicos con que el Estado y la sociedad cuentan para impedir la libre expresión de la imaginación. ¿Cómo -y vuelvo al *ritornelo*-, cómo iba a ser creativa una sociedad en la que la espontaneidad ha sido metódicamente cercenada?

### **Artistas y hombres de acción**

Bien, el origen de estas reflexiones puede rastrearse en una afirmación clara: parto del hecho evidente de nuestro papel subalterno en el mundo de las ideas. Esto no quiere decir que la Hispanidad no es o no ha sido importante en los últimos mil años de historia. Nadie en sus cabales puede ignorar el intenso papel

protagónico de la Hispanidad, especialmente el de la parcela española. Pero ese protagonismo ha sido hecho a base de hazañas musculares. No han sido nuestros pensadores o nuestros artistas los que han dado a la Hispanidad su peso histórico. A nuestros intelectuales rara vez les ha sido concedido ver el triunfo y la implantación de sus ideas. El reconocimiento ha llegado, generalmente, *post mortem*, y difícilmente puede hablarse de peso histórico cuando no se influye en los contemporáneos. Han sido los hombres de acción: el Cid, Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria, Ignacio de Loyola, Cortés, Pizarro, Ponce de León, Bolívar, San Martín, Martí, los que, de una forma u otra, han situado a la Hispanidad en el mundo. Los artistas vinieron después, mucho después, a apuntalar con sus obras la casa en ruinas de los hombres de acción. No ha sido el nuestro un genio sereno de gabinete, sino un genio en desbordada tropelía. Un genio heroico de cabezazos, sangre, sudor y lágrimas. Al otro extremo de Europa, Turquía, también hazañosa, también rica en el género épico, tampoco ha contribuido a la dirección cultural de Occidente. ¿Cómo puede decirse -pensarán muchos de ustedes- que la patria de Cervantes, Lope, Velázquez, Murillo o Goya es una tierra subalterna en el mundo de la cultura occidental? Nótese dos aspectos fundamentales en nuestra nómina de gigantes: primero, invariablemente se trata de artistas. No hay -hasta Ortega- pensamiento científico o filosófico de relieve significativo. Segundo, esos artistas nuestros, en vida, apenas trascendieron el cotarro local. La fama que justamente hoy gozan se



debe a la posterior devoción de los eruditos. No hubo -en el sentido de magisterios reconocidos y universalmente acatados- erasmos en nuestro XVI, leibnizes en nuestro XVII, goethes en nuestro XVIII o hugos en nuestro XIX. No partían de España ideas seminales. Nuestros genios, muy a pesar de todo, siempre han sido caseros, y no es extraño, como ocurrió con Calderón, que sólo hayan podido ser rescatados de la mano del arqueólogo extranjero.

Es decir, el aporte hispánico a ciertos aspectos de la cultura occidental, concretamente, el aporte hispánico a la literatura o a la pintura, ha sido aceptado, admitido en toda su grandeza, mucho tiempo después de que se agotara el misterioso perímetro de su propio tiempo. Poco significaron Cervantes, Velázquez o Goya para sus contemporáneos allende los Pirineos. Este fenómeno no se debe a esa fantasmal conspiración antihispánica que suelen imaginar algunos españoles, sino, probablemente, a nuestra propia actitud provinciana, mencionada al inicio de estos papeles. ¿Por qué en París iban a descubrir la estatura universal de Cervantes si nadie en Madrid era capaz de percibirla? Hay cierta melancólica ironía en haber hecho del Quijote el símbolo de España. Nunca he creído que ese loco delirante y entrañable represente a España, porque la Hispanidad nada tiene de quijotesca, pero sí es aleccionador que de todo un siglo de tercios, Flandes y armadas invencibles sólo sobreviva un personaje de carne imaginaria. A la postre -pero eso no se sabría hasta siglos después-, no fue

Lepanto «la aventura más alta que vieron los siglos» españoles, sino la callada y dolorosa redacción del Quijote.

### La voluntad del progreso

Dejemos a un lado a los artistas. ¿Por qué no nace Newton en nuestros predios? A fin de cuentas, aquí también las manzanas se caen de los árboles. Hemos aventurado diversas hipótesis: por nuestro secular provincianismo, por el signo conservador y retrógrado de nuestra historia -un perfil nacional surgido en la reconquista de un pasado mítico-, por el peso del factor religioso en nuestro ser nacional, por la rigidez de nuestra estructura jerárquica, por todas esas razones, juntas o aisladas, los Newton se resisten a hablar en castellano. No es serio achacar la ausencia de un pensamiento científico a la pobreza secular de España. Ni Mendel, ni Lavoisier, ni Faraday, ni Galileo, ni Newton contaron con recursos económicos excepcionales. La Ciencia como resultado de complejos laboratorios es un fenómeno bastante reciente, y esos laboratorios, por otra parte, no son tan costosos como para que países como España, Argentina, México, Venezuela o Colombia no puedan poseerlos. Cualquier duda en este sentido puede disiparse en los pequeños estados de Holanda o Israel, naciones perfectamente integradas en el entorno científico del primer mundo.

Por las razones apuntadas, o por lo que fuere, lo cierto es que entre nosotros la voluntad de innovar es mínima. No poseemos urgencia alguna de

cambio. Eso no sería grave si no gustáramos de incorporarnos a la innovación una vez concebida fuera de nuestras fronteras. Cuando importábamos sonetos italianos, tragedias francesas o pelucas inglesas, las consecuencias no eran tan graves, pero cuando lo que se importa -como hoy- es un modelo completo de civilización, resulta gravísimo carecer de espíritu innovador.

Lo que caracteriza a la sociedad norteamericana, norteamericana y japonesa de nuestro tiempo es esa frenética voluntad de innovación técnica y artística. Esa carrera irrefrenable por modificar el entorno, desplazarse a mayor velocidad y cambiar la vida aunque no en el sentido ético a que se refería André Bretón. Nosotros, los seres incursos en eso que llamamos la Hispanidad, estamos atrapados en una horrenda contradicción: aceptamos como sociedad ejemplar un modelo cultural cuyo objetivo es el cambio, adoptamos como arquetipo un modelo que se conforma, reforma y modifica a una velocidad mayor que la nuestra. Es decir, participamos de un juego, pero no acatamos sus reglas. Suscribimos un estilo de sociedad y renunciamos de antemano a su dialéctica interna. Es obvio que ese camino sólo conduce a la frustración y al desánimo. Es evidente que la trampa de hoy puede ser mortal.

**España sale de su marasmo**

Pero las sociedades no tienen rasgos permanentes. El signo del hombre es el cambio. No hay razón para creer en Españas eternas. Todo perece, incluyendo las

Españas eternas. Es probable, además de tremendamente deseable, que en España, corazón y cabeza de la Hispanidad, estén liquidándose los viejos fantasmas del autoritarismo, la religión represiva, las jerarquías estratificadas y el odioso espíritu contrarreformista. El virus liberal, inoculado a principios del XIX, virus benéfico y medicamentoso, hasta hoy no se ha hecho incontenible. Sus anteriores incursiones fueron aplastadas por la España tradicional en Cádiz, en la Primera y en la Segunda República. La España de Joaquín Costa, de Blasco Ibáñez, de Cajal, de Machado, de Ortega, Zubiri y Gaos era una España que comenzaba a florecer a fuer de liberal, pero un manotazo contrarreformista, el de Franco, la durmió durante cuarenta años. Al cabo, el contrarreformismo español se agotó. Su músculo antiguo y poderoso yace exangüe. Creo que Franco fue la última expresión de esa España primitiva. No en balde en el vocabulario de los vencedores de la guerra civil resurgieron las palabras *cruzada*, *Pelayo*, y el espíritu guerrero del ¡Santiago y cierra España! El decorado fascistoide escondía una concepción del mundo, una cosmovisión mucho más remota: era el último disfraz, la última coartada de la España tradicional y tradicionalista.

Es posible que estemos a las puertas de una explosión española de creatividad y espíritu innovador, una explosión que empalme con la España vibrante de las primeras décadas de este siglo. La secular ortopedia social de jerarquías y escalafones parece haberse relajado. La religión no es ya un factor de peso extraordinario en la vida cotidiana del españolito demócrata de hoy.

Aumenta el peso, el volumen y la densidad de lo que se lee y se escribe. Voces nuevas se apoderan del teatro, del cine o de los libros. Un lenguaje desmañado y audaz recorre la prensa casi unánimemente. La solemnidad se ha convertido en un delito perseguible de oficio. Los estudiantes ya no protestan porque el Gobierno sea dictatorial, sino porque los catedráticos no enseñan y porque consideran inútil continuar memorizando teorías abstrusas y librescas. Hay en España un aire de modernidad, una jovial atmósfera de vanguardia que vaticina un período de copiosa cosecha cultural. Algo similar, es verdad, ocurría en la España de 1936 y todos sabemos cómo concluyó la historia, pero es difícil que se repitan los trágicos hechos del 36. En esa fecha todavía vivía, anciana vigorosa, la España contrarreformista. Por fin, con Franco -su último coletazo--, se liquidó. Desapareció. Hoy no es posible -creo- revivirla.

Pero España, con ser Madre y Padre de la Hispanidad, es sólo una pequeña porción del Universo de habla hispana. ¿Qué podemos aventurar sobre la América española? No hace mucho, estupefacto, leí las conclusiones de Carlos Rama sobre el futuro luminoso de América Latina, en el casi inminente siglo XXI. Desgraciadamente, no comparto el insólito optimismo del ensayista uruguayo. América Latina vive sus peores momentos. El más extendido desaliento se ha enseñoreado en el continente y apenas deja espacio para el espíritu creativo. Las universidades se debaten entre el caos y la inutilidad. Importamos ideas, técnicas, modelos de comportamiento, modas y apenas creamos por nuestra

propia cuenta. Por ese camino sólo hallaremos subordinación, extrañamiento y malestar. Mientras no entendamos que la cultura es rebeldía intelectual, creatividad e imaginación propias, no podremos hacer aportes significativos a la gran aventura cultural de la especie humana. Mientras no contribuyamos a diseñar el futuro, estaremos habitando parasitariamente un mundo que no es nuestro.

Para terminar, sólo me queda referirme a una ausencia lamentable. Hoy y aquí me hubiera gustado compartir estas reflexiones con quienes tienen otras opiniones distintas. Me hubiera gustado parlamentar -parlamentar viene de parlare, de hablar-, y tal vez todos nos hubiéramos enriquecido. La oposición a que yo pronunciara esta conferencia me parece una elocuente muestra del espíritu contrarreformista que hoy agoniza en España. Es del diálogo, de la confrontación de pareceres, del intercambio de ideas, de donde surgen las culturas poderosas. La censura y el silencio impuestos sólo sirven para degradar el muy respetable sacramento cultural. Tal vez mi exposición no haya satisfecho a muchos de los asistentes. No importa: por lo menos este 12 de octubre, por lo menos en esta conmemoración, hemos escapado de la andanada retórica y hemos examinado críticamente nuestro conflictivo pasado. Para mí este aspecto justifica la convocatoria y la noble y valiente invitación de las autoridades académicas y comunitarias.

### III

#### LAS CAUSAS DE LA POBREZA LATINOAMERICANA

#### INDAGACIONES SOBRE LA LIBERTAD Y LA PROSPERIDAD <sup>3</sup>

El Presidente de Costa Rica, en un vibrante discurso pronunciado ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, comenzó por afirmar que venía de la más vieja y consolidada democracia latinoamericana. Una democracia -dijo- en la que los niños ni siquiera han visto un tanque de guerra, o en la que hay que explicar la sorprendente arquitectura de ciertas escuelas, simplemente porque esos edificios alguna vez fueron cuarteles. Costa Rica no sólo es una democracia, sino es algo mucho más impresionante: es una democracia desarmada. Una de las pocas que hay en el mundo y la única de América Latina.

Don Óscar Arias hablaba con explicable orgullo, con legitimidad, porque en medio de un planeta repleto de tiranos, él representaba a un pueblo pacífico y sosegado que ha aprendido a transmitir la autoridad ordenadamente y sin violencia. Y hablaba con orgullo, porque su pueblo también se había puesto de

---

<sup>3</sup> Conferencia pronunciada en San José de Costa Rica el 22 de octubre de 1986, Apertura de la Cátedra Enrique Benavides sobre la libertad.

acuerdo en el destino final de las gestiones de gobiernos: educación, prestaciones sociales, salud pública, retiros. Costa Rica -nadie puede dudarlo no sólo es democrática y pacífica, sino además tiene vocación de justicia. ¿Quién con buena fe es capaz de negar esta evidente verdad?

Pero ahí no terminaba el discurso del Presidente. Había más. Con franqueza, y con gran elegancia don Óscar Arias admitió que en Costa Rica había atraso, pobreza, severos problemas económicos e irritantes desigualdades. Don Óscar Arias no había ido a la ONU a hacer solamente el elogio de su país. También fue a hacer el melancólico reconocimiento de que esta ejemplar democracia, pacífica y con vocación de justicia, era -al mismo tiempo- relativamente pobre.

Bien. Estos papeles, estas reflexiones, son un intento por entender estos dos factores que convergen en la realidad costarricense, y una propuesta para que algún día los habitantes de esa tierra, además de exhibir con orgullo la libertad de que disfrutan, puedan ser también prósperos y económicamente dichosos. A fin de cuentas, los costarricenses ya han realizado la mitad más difícil del milagro. Sólo falta la otra mitad.

### **La libertad de los costarricenses**

Yo he leído varias explicaciones sobre la democracia costarricense y todas me parecen válidas e inteligentes. Es posible que el aislamiento geográfico, la



existencia de numerosos propietarios de pequeñas haciendas agrícolas, la ausencia de una fuerte presencia indígena, la educación universal y obligatoria decretada en el siglo pasado, el peso de ciertas migraciones españolas o la pobreza de la colonia -que desalentaba la codicia de la metrópoli- acabaran por moldear el talante democrático de los costarricenses, pueblo que poco a poco fue acostumbrándose al autogobierno y a la consulta electoral. Es posible, pero no lo sabremos nunca con certeza. Lo único comprobable es que esta sociedad tiene un comportamiento diferente al de sus vecinos. Y el fenómeno es raro, pero no excepcional. No podemos olvidar que desde las primeras crónicas de que tenemos noticia los vecinos se caracterizan por ser radicalmente diferentes. Al fin y al cabo, Atenas y Esparta eran dos ciudades griegas. Al fin y al cabo, israelitas e ismaelitas -los árabes- eran tribus muy próximas. Es revelador que la palabra rival tenga su origen en los habitantes de las orillas opuestas de un mismo río. La rivalidad -por lo menos etimológicamente- entraña vecindad y parentesco.

En todo caso, el hecho es que los costarricenses tienen un comportamiento diferente. Y es probable que nunca sepamos exactamente las razones, pero tal vez no debamos rechazar la lógica simple de Perogrullo: los costarricenses son diferentes porque quieren ser diferentes. Ese orgullo que manifestaba el presidente Arias ante la ONU es una emoción popularmente compartida por los costarricenses. Los costarricenses se creen demócratas, tolerantes y pacifistas, y actúan como tales, porque acaece algo tan espectacularmente sencillo como que

el comportamiento es una consecuencia de las creencias, de las convicciones y de los valores.

Cuando un número grande, abrumador, de ciudadanos cree ciertas cosas, esas creencias suelen convertirse en normas de comportamiento general. Y un número grande, abrumador, de costarricenses desde hace muchas décadas les parece insoportable que un hombre o un grupo de hombres imponga por la fuerza su voluntad. Afortunadamente, a los costarricenses no se les ocurre otra forma de organizar la convivencia que el consenso, la persuasión y el sometimiento a la mayoría. Y esas creencias se transmiten de padres a hijos con la misma naturalidad con que casi todos en la infancia quedamos convencidos de que no se debe robar o hacer daño al prójimo. Son las reglas de la tribu. Compartirlas es uno de los factores que confieren identidad y sentido de pertenencia al grupo. Por eso -también- los costarricenses son demócratas. La tribu ha desarrollado su código secreto más allá de los elementos geográficos, étnicos o económicos. En Europa, a mucho miles de kilómetros, los anárquicos italianos, los autoritarios alemanes o los individualistas franceses -para recurrir a sospechosos tópicos- han resurgido en una nueva tribu, los suizos, habitantes del modelo de sociedad más solidario y quizá menos imperfecto de cuantos existen en el planeta. Los suizos constituyen otra tribu que ha hecho de la democracia, la tolerancia y el pacifismo, las señas de identidad del grupo y una forma y una norma de vida.

## Las falsas creencias

Hasta aquí nada de lo dicho parece muy descaminado. Esencialmente sostengo que las creencias los valores de la mayoría acaban por expresarse en formas de comportamiento. No creo que esa premisa sea disputable. Sin embargo, vamos a utilizar el mismo esquema para analizar el fenómeno de la relativa pobreza costarricense. Vamos a partir de la base de que los costarricenses son más pobres que otros pueblos del planeta, sencillamente porque las creencias y los valores que sostienen se traducen en modos de comportamiento que no contribuyen a generar riquezas en la misma medida que las generan los pueblos más desarrollados del planeta.

Por lo pronto, esta propuesta que hago me parece justa. Si la democracia, la libertad o el pacifismo de los costarricenses no son la ciega consecuencia de factores geográficos, históricos o étnicos, sino el resultado de creencias, convicciones y valores responsablemente asumidos y transmitidos por varias generaciones de ciudadanos, por la misma regla podemos sostener que la relativa pobreza de este hermoso país es la consecuencia de creencias, convicciones y valores compartidos por los costarricenses. Ya sé que la segunda parte del razonamiento no es popular ni agradable, pero siempre es preferible ser intelectualmente honesto antes que simpático.

Hubiera sido más grato -por ejemplo- atribuir la pobreza de los costarricenses a la escasa población del país, pero tendríamos entonces que buscar una coartada para justificar la prosperidad de los noruegos, de los daneses, de los neozelandeses, los singaporenses, del enclave chino de Hong Kong o hasta de la mencionada Suiza. Evidentemente, proporciones del mercado interno son uno de factores del desarrollo, pero ese elemento no puede ser determinante cuando comprobamos que algunas de las naciones más pobladas de la Tierra están precisamente, entre las más pobres: la India, Bangladesh, Pakistán o China.

Tampoco el tamaño del territorio es decisivo, puesto que Bélgica, Suiza, Austria, Holanda, Singapur, Hong Kong o Taiwán han alcanzado envidiables grados de prosperidad sin que sus minúsculas dimensiones pudieran impedirlo. (Deliberadamente ignoro los pequeños enclaves petroleros del Golfo Pérsico porque esa riqueza es el resultado del azar más que de la obra consciente del hombre.)

Por otra parte, la evidencia nos lleva a descartar las riquezas naturales como origen fundamental de la prosperidad. Ni Inglaterra, ni Japón, ni Alemania son países mejor dotados de la naturaleza que Bolivia, Perú o Paraguay. Es difícil que haya sobre la Tierra una nación como Venezuela, en la que coincidan con

mayor abundancia los minerales, los recursos energéticos, el agua y la tierra fértil. Y Venezuela, lamentablemente, no es un modelo de prosperidad.

Tampoco parece cierto que la raza o el origen étnico constituyan la clave del desarrollo. Hay quienes atribuyen la espantosa pobreza de Haití a la raza negra o al origen africano de sus habitantes, olvidando que no muy lejos de ese miserable país, los ciudadanos de Trinidad-Tobago, también negros y descendientes de esclavos africanos, han construido la más rica, educada y presentable sociedad del Caribe.

En otro orden de cosas, incluso debemos desechar la educación de la población como componente básico del desarrollo. Qué duda cabe de que es un factor muy importante, pero, como demuestra el caso argentino, una población culta e instruida no garantiza la acumulación y distribución de las riquezas. Y ni siquiera es cierto que las sociedades agrícolas, o dedicadas a la cría de animales, están condenadas a la pobreza que les imponen los países que producen y venden artefactos industriales. Nueva Zelanda, en el extremo sur del planeta, con apenas 3 millones de habitantes, ha constituido su fortuna --ocho mil dólares per cápita- criando setenta millones de ovejas, plantando manzanos y exportando flores y kiwis, una fruta que se ha puesto de moda en Europa y en los Estados Unidos, mientras España consiguió despegar económicamente con

una humilde mezcla de aceitunas, turismo, zapatos y remesas que enviaban los emigrantes.

Por último -y ésta es la pieza de resistencia de nuestras coartadas históricas- hay que enterrar de una vez el mito de que nuestra pobreza se debe al expolio de los países ricos, y concretamente, de los Estados Unidos.

Desde hace siglos los países no se apoderan de las riquezas de los otros, sino las generan mediante el incremento del comercio. Toda esa pertinaz campaña contra las inversiones extranjeras de las multinacionales, o contra los injustos términos del intercambio comercial no son otra cosa que ejercicios retóricos totalmente de espaldas a la realidad y a la evidencia. Los países más pobres del mundo son los que menos comercian y los que menos lazos tienen con el circuito económico y financiero de las naciones líderes del planeta. En Haití, en Bolivia, en Bangladesh o en Etiopía apenas hay capital, extranjero que «explote» a los ciudadanos de esos países. En el mundo desarrollado, en cambio, todos países pugnan con energía por conseguir ser «explotados» por los inversionistas extranjeros. Francia y España, por ejemplo, batallaron con todas las armas de las relaciones públicas para lograr que las empresas Disney eligieran a uno u otro país como destino de un «imperialista» parque de atracciones. Ganó Francia, pero pocos años antes, España le había arrebatado a Irlanda el sitio en el que la «Ford» decidiera instalar su fábrica de coches compactos.

¿Cómo una persona sensata puede creer que la prosperidad norteamericana o alemana se debe a la explotación de Marruecos, Bolivia, Pakistán o Costa Rica? Si ese absurdo disparate fuera cierto, si Estados Unidos fueran ricos porque les roban sus riquezas a los demás países, ¿no tendría más sentido que los norteamericanos, en lugar de estirar sus codiciosos brazos hacia el Sur para desvalijar a pobres mexicanos y guatemaltecos, los estiraran hacia el Norte para saquear a los prósperos canadienses? A fin de cuentas Canadá es un país con inmensas riquezas naturales, un envidiable grado de desarrollo y una gran fortuna acumulada. ¿Por qué los Estados Unidos se iban a ensañar con los dominicanos o puertorriqueños si sólo los separa una raya invisible de la enorme riqueza canadiense?

Pero, además, ¿cómo ese país explotador y pérfido ha permitido que otra potencia se enriquezca en su presencia? ¿Por qué no se han robado los Estados Unidos el botín que los canadienses deben haberle quitado a los países pobres? Pero, ¿a quién han robado los canadienses? ¿Dónde están las feroces multinacionales canadienses explotando a los países bananeros o sometiéndolos a injustas fórmulas de intercambio comercial?

Más aún, si las desigualdades entre los países se deben al expolio y al robo de los más ricos, ¿a quién ha robado Costa Rica su relativa prosperidad centroamericana? Los ticos son más prósperos que los nicaragüenses o los

hondureños, ¿se debe esta diferencia a que los costarricenses les roban sus riquezas a los hondureños y a los nicaragüenses?

Es tan obvia la falsedad de esta premisa que da vergüenza tener que comentarla ante un auditorio serio y respetable, pero sucede, lamentablemente, que la mayor parte de los latinoamericanos suscriben esa maligna creencia. Pregúntesele a la izquierda marxista latinoamericana, desde México hasta Artina, cuáles son las causas de nuestra pobreza y atrasos relativos, y nos dirá, sin una sombra de duda, que «el imperialismo yanqui» es el primer responsable de esta penosa situación. Repítasele la pregunta a políticos populistas, o hasta a simples y apáticos ciudadanos, y se obtendrán respuestas parecidas. Desgraciadamente, ésa es una creencia poderosamente instalada en la conciencia política del hombre latinoamericano y ya sabemos que las creencias tienen sus consecuencias. Acaban expresándose en normas de comportamiento.

**Lo que básicamente hay que creer**

Evidentemente, esto nos precipita a una inevitable conclusión: para dejar de ser pobres hay que saber, de una vez por todas, que los países ricos generalmente han llegado a serlo mediante el trabajo sostenido de sus sociedades, la acumulación y reinversión de los ahorros y el creciente incremento de las actividades comerciales. Algunos han tomado el camino de la investigación tecnológica compleja como los Estados Unidos o Alemania, y otros, como



Dinamarca, Nueva Zelanda o Australia han permanecido vinculados a actividades agropecuarias, pero todos han partido de la transparente premisa de que no hay más fuente de riqueza que el trabajo duro y el comercio intenso.

Y de esa creencia, asumida de forma natural, han derivado algunos de los rasgos más notables de su comportamiento. Por ejemplo, el lugar que asignan en esas sociedades a los comerciantes e industriales más notorios y la percepción general de las actividades que realizan.

Es con orgullo y no con odio como se mira en esas sociedades al exitoso capitán de industria o que consigue formar parte de los legendarios -que anualmente compila la revista *Fortune*. El mismo instinto que en esas sociedades revela que riqueza nacional no es producto del robo internacional, también les indica que la prosperidad personal no es la consecuencia de la pobreza de menos afortunados, sino la consecuencia de la expansión de la economía. En esos países cada vez más ricos, y, simultáneamente, cada vez hay menos pobres, porque el entusiasmo, la capacidad de trabajo, la imaginación, y hasta la suerte de los que consiguen enriquecerse, constituyen las locomotoras de los más débiles. En esas sociedades no hay esconder con vergüenza el éxito económico bienhabido, porque la actitud general hacia los triunfadores no es de reproche, sino de admiración. He ahí una transparente confirmación de que las creencias se transforman en comportamientos.

En los pueblos más prósperos, saben, intuyen, se forma la riqueza, y en función de esos conocimientos surge una norma de comportamiento, la del aprecio por los que generan riqueza. Nosotros en América Latina, tenemos una creencia errónea y esa creencia nos lleva a menospreciar y aun a despreciar a quienes crean fuentes de riqueza, con lo cual contribuimos ciegamente a nuestro empobrecimiento relativo.

Es cierto que el espectáculo de la riqueza ostentosa de unos pocos se vuelve repugnante cuando se contrasta con la miseria de las grandes masas, pero la pobreza no se erradica persiguiendo u odiando a quienes poseen bienes y fortunas, sino estimulando inversiones y propiciando un clima de expansión comercial. La torpeza de los revolucionarios consiste en sostener la superstición de que la pobreza termina cuando se pone fin a las diferencias económicas entre las diversas personas que componen una sociedad. Y eso es falso. Hasta ahora lo que ha ocurrido es que el fin abrupto de las desigualdades ha aumentado la pobreza, no la ha aliviado. En 1959 Cuba era el tercer país en grado de desarrollo dentro del contexto latinoamericano, y en él se daban, aunque moderadamente, esos contrastes entre ricos pobres que hieren la sensibilidad de mucha gente honrada. Hoy la clase dominante es infinitamente escasa, las diferencias entre la *nomenklatura* y población son menores que las que antes había entre la llamada burguesía y el pueblo, pero el país ha empobrecido severamente y ha pasado a ocupar el duodécimo puesto en la escala latinoamericana de desarrollo. Una

creencia errónea ha traído una catastrófica consecuencia. La superchería de que acabar con los ricos es acabar con la pobreza, ha hecho más pobres a todos los cubanos. Mucho más sensato hubiera sido estimular la inversión de esas riquezas para incrementar el comercio mediante aumento del consumo.

Nosotros, en América Latina, no podemos darnos el lujo de continuar insistiendo en el intimidante lenguaje revolucionario que culpa a comerciantes, industriales o financieros de la pobreza del país. Eso es al revés: si nuestros países no son más ricos es porque no hay suficientes comerciantes, industriales agricultores o financieros. Lo que debe estimularse no es el reproche a quien sea capaz de acumular riquezas, sino el aplauso, porque sin ahorros que puedan convertirse en inversiones el desarrollo es imposible.

Es censurable, por ejemplo, que nuestros capitalistas saquen sus dineros de nuestros países y los inviertan en el exterior, pero, ¿cómo culparlos si liderazgo político en América Latina suele forjarse sobre un lenguaje de barricada sin otro mensaje cifrado que la lucha entre clases? ¿Por qué los empresarios van a sentirse patriotas si las patrias en las que actúan se avergüenzan y repudian el sistema económico imperante?

Y éste es un elemento clave en la explicación nuestro relativo fracaso. Nosotros tenemos que conciliarnos con el sistema económico en el que vivimos y llegar, además, a la conclusión de que es mejor que la alternativa que nos

proponen los partidarios de la economía estatal y centralizada. De la misma manera que los costarricenses han llegado a creer que la democracia es la menos imperfecta de las fórmulas de organizar la convivencia política, deben llegar a creer, porque es verdad, que la libre empresa, la iniciativa privada y el mercado regulado por la oferta y la demanda, en una palabra el denostado capitalismo, es el menos imperfecto de los sistemas de desarrollo económico creados por el hombre. O por lo menos, eso es lo que la experiencia parece demostrar. Ahí están las dos Alemanias, las dos Coreas o las dos Chinas para probarlo. Es mil veces preferible que haya cincuenta ciudadanos en «Rolls Royce» y el resto de la población en vehículos modestos, antes que el espectáculo igualitario de una muchedumbre obligada a desplazarse a pie en nombre de la justicia revolucionaria. Admito que esta afirmación parece un canto al capitalismo dictado en el *Wall Street Journal*, pero es más el resumen del sabio pensamiento de Deng Xiaoping después de treinta y cinco años de experiencia comunista. Como instrumento para la creación de riquezas no hay sustituto para el impulso el entusiasmo de un hombre o de un grupo de hombres libremente decididos a emprender aventuras empresariales con fines de lucro. Es verdad que ese modelo económico provoca desigualdades, pero la miseria general es peor que las diferencias sociales individuales.

## Otras creencias menores

Por supuesto, la reivindicación del capitalismo no es la única creencia que puede hacernos prósperos. Hay otros saberes que contribuyen a forjar la prosperidad. Es muy importante, por ejemplo, que los pueblos sepan que las empresas estatales, precisamente porque no están regidas por el objetivo de ganar dinero y expandirse, sino por el ánimo de pagar favores políticos, suelen ser unos insaciables desastres económicos que drenan penosamente recursos del país. Es imprescindible que los latinoamericanos comprendan que si un país consume más de lo que produce, cada vez se endeuda con mayor riesgo, hasta que sobrevienen la crisis, el empobrecimiento súbito y la inflación.

No es cierto lo que nos dicen muchos políticos en los textos constitucionales. No hay ningún *derecho* a la educación, a la vivienda, a la atención médica o al retiro. Ésas son prestaciones sociales a las que podemos acceder si generamos la suficiente riqueza. Son *objetivos*, no *derechos*. Son metas decentes y razonables, pero que tienen un precio. Hay trabajar para obtenerlas. Hay que comprar esos objetivos con trabajo sistemático y organizado. Y de nada vale que un gobernante voluntarioso decrete esos derechos y comience a sufragar la puesta marcha de la justicia social, porque si no hay en caja unas riquezas que sustenten el esfuerzo, a medio plazo habremos caído en el caos económico y una pobreza aún más abyecta que la que tratábamos de desterrar. Y todas estas

verdades, simples y brutales como puños, hay que aprenderlas, porque de ellas va depender nuestra forma de comportamiento, nuestras lealtades políticas y hasta nuestro destino. Una sociedad no puede ignorar impunemente los rudimentos del sistema económico en que se desenvuelve. Una sociedad que no sabe cómo se crea la riqueza, cómo se gasta, o -más grave aún- cómo se malgasta, no tiene otro destino que el fracaso y convulsión social. Si en nuestros pueblos los demagogos tienen cabida, no es sólo por el talento histriónico que despliegan, sino por nuestra ignorancia. Si en Inglaterra, en los Estados Unidos o Alemania es muy difícil que hoy un demagogo de feria se alce con el poder prometiendo villas y castillos, no es porque no los haya en abundancia, sino que esos pueblos, felizmente escépticos, han aprendido esa irrefutable verdad de que no existe almuerzo gratis, ese *free lunch* que suelen prometer los demagogos. Alguien tiene siempre que pagar y si nadie paga, nos endeudamos. Y si nos endeudamos más allá de los límites razonables, sobreviene la quiebra. ¿Es realmente tan difícil entender esto?

### **Las actitudes que hay que tener**

Bien. Hasta este punto me he referido a creencias y conocimientos, a esos mínimos saberes que explican el nivel de desarrollo de las sociedades, pero he dejado para el final otro ingrediente básico de la fórmula para alcanzar la prosperidad: las actitudes. No sólo de saberes vive la riqueza, también hay que

dotarla de ciertas actitudes. ¿Piensa alguien que es coincidencia que alemanes, japoneses o norteamericanos -tres de los pueblos más ricos del planeta- compartan actitudes parecidas hacia las actividades laborales o académicas? ¿No será que la laboriosidad, la disciplina, la búsqueda de la excelencia, el rigor, la seriedad en el cumplimiento de compromisos, la tenacidad en la persecución las metas o la capacidad para trabajar en equipo acaban por reflejarse en acumulación de riquezas? ¿No son esas virtudes sociales una parte sustancial patrimonio cultural de ciertos pueblos? ¿Cómo Alemania o Japón resurgieron de la Segunda Guerra dial? ¿Por el Plan Marshall, como sugieren algunos ingenuos, o por el esfuerzo indesmayable de unas sociedades en las cuales el *quehacer*, cualquiera que sea, cuenta con el formidable respaldo de las actitudes adecuadas? ¿Qué ocurrió con la Alianza para el Progreso, nuestro Plan Marshall? Pues ocurrió que América Latina se tragó cerca de treinta mil millones de dólares sin dar muestras de cambio sustanciales. La Unión Soviética ha subsidiado el desastre cubano con una cifra que los expertos sitúan en torno a los cuarenta mil millones de dólares, sólo para obtener una sociedad incapaz de abastecer de agua a su capital y en la que la improvisación, el desorden y la irracionalidad han conseguido derrotar a la intimidación de los policías o a la del Júpiter Tonante local, dictador que ni siquiera se da cuenta de que él mismo es el resumen y la concreción de las peores actitudes nacionales.

¿Adónde llegamos por esta vía de razonamiento? Pues a una hiriente disyuntiva que a casi nadie le gustará escuchar: o renunciamos a perseguir la prosperidad de los países más desarrollados, y admitamos, humildemente, que nuestras creencias, valores y actitudes nos condenan a la pobreza relativa o modificamos nuestras creencias, valores y actitudes, en la dirección señalada por los países prósperos desarrollados. Lo que no podemos pretender es ser ricos y trabajar desorganizadamente y sin un claro sentido de las metas. Los televisores en color, las vacaciones, los buenos sistemas hospitalarios, los automóviles, la buena vida, son producto del trabajo y del comercio. En Europa suele decirse que los países latinos trabajan para vivir. Como todas las generalizaciones, esa aseveración no es fácilmente demostrable, pero probablemente tiene un gran componente de verdad. Más aún, no es erróneo sacar ese *dictum* del contexto europeo y elevarlo a categoría universal: la prosperidad se alcanza en función directa de la cantidad y calidad del trabajo realizado. Si el objeto del trabajo es sólo vivir, menos riqueza se acumula.

Nosotros tenemos el derecho a rechazar los síntomas de la prosperidad y a elegir una vida modesta, la que podamos comprar con nuestro mediocre trabajo, pero no es justo ni razonable pretender unas cotas de prosperidad que no se compadecen con nuestro esfuerzo.



## Cambiar las actitudes y los saberes

También, por supuesto, podemos optar por la otra posibilidad; modificar nuestros saberes y cambiar nuestras actitudes. Eso es difícil, pero no imposible. En cuanto a los saberes, no hay que convertirse en un experto en materia económica, sino hay que entender las reglas básicas de cualquier sistema de producción y asignación de bienes, y hay que entender las premisas esenciales sobre las que descansa la economía de mercado. En cierta forma ese fenómeno de divulgación masiva de las virtudes del capitalismo ya está ocurriendo y no es impensable que pueda convertirse en una parte importante de los saberes compartidos y sustentados por la mayoría de nuestra gente.

Pero en cuanto a las actitudes, el asunto se torna más complicado. Es perfectamente posible educar a un pueblo para que sea más solidario en el trabajo colectivo, más tenaz y organizado, pero todo eso requiere poner en marcha una verdadera revolución pedagógica que durante varias generaciones eduque a nuestros pueblos en el ejercicio de esas actitudes, hasta que ese modo de hacer comience a transmitirse naturalmente en el seno de las familias, tal y como ocurre hoy entre los costarricenses con la defensa a ultranza de la sociedad democrática, pacífica y –en cierto modo- ejemplar en la que viven.

En realidad ésa sería la más profunda de las revoluciones en América Latina. Mucho más que esas sangrientas matanzas a las que suelen convocar

nuestros patéticos revolucionarios, pero puede predecirse que no habrá mucha gente dispuesta a ser llamada a filas para una revolución que consiste en cambiar algunos aspectos de nuestra conducta. Sin embargo, sería magnífico que alguna vez ocurriera, porque nada nos llenaría de orgullo con más intensidad que el que algún día un presidente de Costa Rica se dirigiera a todos los pueblos del mundo desde el podio de las Naciones Unidas para proclamar que no sólo viene de un pueblo democrático y pacífico, sino que también representa a una sociedad que ha sabido construirse un lugar preferente entre los pueblos más prósperos y desarrollados del planeta.

#### **La mentira de la deuda**

No obstante, sería ingenuo terminar estas palabras sin referirme a dos de las más frecuentes coartadas con que hoy se suelen justificar nuestros fracasos económicos: la deuda externa y la supuesta injusticia en lo que se llaman términos del intercambio.

De esos trescientos cincuenta mil millones de dólares irresponsablemente prestados por los Bancos extranjeros, no es aventurado afirmar que dos terceras partes fueron dilapidadas por burocracias estatales absolutamente incapaces. ¿Qué excusa puede presentar México de su nivel de endeudamiento, si se produjo, precisamente, en el momento en el que el país descubría y comenzaba a explotar un inmenso océano de petróleo? ¿Qué pueden alegar los venezolanos,

habitantes del país tal vez más rico del planeta, y cuyo anterior presidente, Herrera Campins, en su discurso de toma de posesión hizo un perfecto diagnóstico de los males del Estado... sólo para insistir en ellos y multiplicar insensiblemente la deuda y el gasto público? ¿Qué porcentaje de la deuda argentina se debe a la aventura de las Malvinas? ¿Cuál debe atribuirse a la rapiña de sus militares, a la ceguera de sus sindicatos o la insolidaridad de sus empresarios?

La monstruosa deuda cubana con los soviéticos, calculada en veinte mil millones de dólares, y la que tiene con Occidente, de tres mil quinientos --enorme si se tiene en cuenta que la isla sólo realiza un quince por ciento de su comercio fuera del área socialista-, ¿no es el producto de la tremenda incapacidad de la dirigencia cubana? Castro ha tenido veintisiete años para mejorar la economía de su país y no lo ha logrado. Esta es una marca sin paralelo en la historia de América porque todas las largas tiranías del continente, si bien pisotearon los derechos ciudadanos, al menos el prolongado período de continuado ejercicio del poder sirvió para impulsar un cierto desarrollo económico. Esto es verdad hasta en los casos extremos del venezolano Gómez, el dominicano Trujillo, la dinastía de Somoza o el inacabable señor Stroessner.

La deuda, no nos engañemos, no es el problema. La deuda es la consecuencia coyuntural, episódica de que las sociedades latinoamericanas están

torpemente administradas por los gestores de unos gigantescos sectores públicos corruptos e ineficaces. Pero también es falso que el pueblo sea la víctima inocente de los malos manejos de sus gobernantes. Ese pueblo, cómplice cuando puede de todas las corrupciones, comparsa alegre de cualquier demagogo que en cualquier sitio promete insensateces; ese pueblo, nosotros somos los culpables, unas veces por ignorancia, otras por omisión, y casi siempre por comisión. Siempre es más grato culpar a la Banca internacional, a los ingleses o a los yanquis –que tampoco son mancos-, pero la responsabilidad final del desastre, la culpa, ésa la tenemos todos.

#### **La mentira de los términos de intercambio**

Y para ocultar nuestro fracaso, nada mejor que una buena e ilusionada coartada; esa que dice que las razones de nuestra pobreza relativa y de nuestro endeudamiento hay que buscarlas en el creciente deterioro de los términos de intercambio, es decir en el carácter injusto de los precios de los productos agrícolas o de las materias primas, frente a los que alcanzan los objetos industriales o los bienes de equipo, desequilibrio que puede corregirse mediante la creación de un Nuevo Orden Económico.

Es increíble que a estas alturas del siglo unos señores adultos y aparentemente razonables recurran al vocabulario de la ética –justo e injusto- para referirse a los precios, cuando todos sabemos que la demanda y la

disponibilidad son los elementos claves en la fijación del valor de las mercancías. Eso podrá gustarnos o parecernos abominable, pero es así. ¿Qué quieren los latinoamericanos? ¿Un mundo de arcángeles bondadosos? ¿Lo somos nosotros con los demás pueblos? Es verdad que hoy Costa Rica y República Dominicana tienen que pagar más sacos de café y azúcar por los automóviles que compran, pero también pueden pagar menos, como ocurrió en la década de los setenta, cuando se dispararon los precios de ambos productos agrícolas.

¿Cuál era, en 1974, el precio justo del azúcar? En ese año la libra, que hoy vale menos de cuatro centavos y que cuesta trece producirla, casi alcanzó los setenta. ¿Denunció entonces ese precio por alto e injusto algún país azucarero? Si todos los países del Tercer Mundo comienzan a producir azúcar mientras las naciones menos desarrolladas limitan su consumo, ¿cómo extrañarse de la baja en el precio? ¿Cuánto valdrá el oro dominicano o el nicaragüense si la guerra civil paraliza las minas de Sudáfrica, Managua y Santo Domingo? ¿se aprovecharán de las circunstancias o buscarán un precio justo?

Es una idiotez pedir un Nuevo Orden Económico para que nos paguen más por nuestro café, nuestros bananos, nuestro estaño, nuestro azúcar o nuestro cobre, a fin de que podamos obtener los objetos que caracterizan a las naciones desarrolladas o los alimentos que no nos da la gana de producir. Los países que han logrado salir del subdesarrollo –Corea del Sur, Taiwán, Singapur, España-

no se han dedicado a protestar contra las leyes del mercado, sino que con todo realismo se han sometido a sus reglas y se han puesto a trabajar con dedicación y sentido.

No hay contribuyente del mundo desarrollado que encuentre justificable subsidiar a los latinoamericanos para que insistamos y persistamos en nuestros errores, nuestros vicios y nuestra débil productividad. Si el azúcar vale poco, hay que invertir en queso o en turismo. Si el arroz no tiene mercado hay que fabricar motocicletas. Lo que es absurdo es ponerse a exigir que nos paguen un precio justo por el cacao, para poder comprar lavadoras, mientras amenazamos con una revolución socialista si no se nos obedece. Eso no es serio y además es inútil, porque el comercio internacional del campo socialista también está regulado por la oferta y la demanda. El mercado es la justicia del comercio. Lo demás son pamplinas.

## IV

### COMO SER ALIADO DE LOS ESTADOS UNIDOS Y SOBREVIVIR A LA AVENTURA<sup>4</sup>

#### Primera lección: Hay que medirle el cráneo a los americanos

Mientras usted se abandona a la frivolidad de leer estos papeles, un caballero en Silicon Valley, en Wall Street, en el State Department o en Hollywood, está haciendo algo que probablemente afectará su apacible vida de español, dominicano, costarricense o venezolano.

Por ejemplo, los granjeros de Iowa, con su asombrosa capacidad para cosechar maíz, combinada con el dominio de la química y con las técnicas del marketing, en varios años pueden liquidar la industria de la caña azucarera y «calcutizar» a media docena de naciones caribeñas.

Tampoco es imposible que el hallazgo de unos nuevos fármacos -¿John Hopkins, Harvard, Hermanos Mayo?- prolongue la vida otros cinco años con lo cual aumentaría sustancialmente el peso de la población improductiva, y con él la

---

<sup>4</sup> Distribuido a la Prensa española y latinoamericana en setiembre de 1984, por la agencia de prensa Firmas.

presión fiscal, la crisis de la vivienda, la ineficiencia de la sanidad pública y la insolvencia de las cajas de retiro. Estos dramáticos ejemplos pueden multiplicarse sin limitaciones. Desde la aspirina, que nos quitó dolor de cabeza, hasta las computadoras, que nos lo devolvieron con pantalla, «diskettes» y lenguaje binario, los americanos han jugado y juegan un papel decisivo en nuestras vidas. En cierta forma, estos tipos -por su inmensa creatividad, por el vigor de su economía y por el carácter imitativo de nuestras sociedades- deciden casi todos los rasgos externos de nuestra existencia y no pocos de los más íntimos valores espirituales.

Aquel muchacho peludo que en los años setenta se lanzó a las carreteras con una guitarra en la mano y un remedo de Bob Dylan instalado en la garganta hoy está de regreso, afeitado, con un maletín de ejecutivo y entonando en «Basic» o en «Pascal» las melodías de algún solemne informe sobre ventas. Aquel muchacho peludo y este señor de reluciente cogote no son más que proyecciones, ectoplasmas del modelo americano. Además de su carne, una buena parte de su espíritu lleva el indeleble sello «Made in USA». Esto es así, aunque se retuerza de dolor nuestro corazoncito nacionalista de amar a la patria el día del grito. (En América la patria, curiosamente, siempre empieza con un grito, lo que ya dice bastante de nuestros modales.)



Es difícil que ningún lector razonable ponga en duda lo que hasta aquí se ha dicho. Todo esto es bastante obvio. Sin embargo, es increíble que ante esta realidad España y América Latina ni siquiera tomen la precaución de intentar entender cómo son los Estados Unidos, cómo toman las decisiones que luego nos afectarán y cuáles son las medidas que pueden adoptarse para encauzar, en cierta medida, el enorme peso de la civilización americana. Sería absurdo intentar luchar contra la creatividad de los Estados Unidos, entre otras cosas porque nadie puede ni debe evitar que una ambiciosa -y casi siempre joven y pequeña compañía- descifre un importante secreto científico o desarrolle un artefacto o una «técnica» que luego incida en nuestras vidas, pero existe una zona de la actividad americana, tremendamente importante, en la que sí es posible ejercer alguna influencia y de la que también depende una buena parte de nuestra estabilidad: la política.

En cierto grado todas las naciones de Occidente, en mayor medida toda América Latina, y de una forma casi dramática Centroamérica y el Caribe, penden y dependen de la política y de la economía estadounidenses, hecho que convierte en una peligrosa irresponsabilidad no conocer cómo funcionan los Estados Unidos, y en una negligencia casi criminal sostener ideas absurdas sobre ese funcionamiento. Si el destino de Honduras, de El Salvador, de Nicaragua o de cualquiera de las excrecencias geológicas del Caribe, se configura en

Washington, ignorar los códigos por los que Washington se rige es una perversa imbecilidad.

Sin embargo, son «los americanos» los que nos estudian a nosotros. Nunca faltan por ahí unos periodistas de National Geographic midiéndonos el cráneo o retratándonos en traje folclórico, y no nos damos cuenta de que hay que invertir urgentemente esa tendencia. A toda prisa hay que medirles el cráneo a ellos, contarles los dientes, ver cómo se alimentan, cómo establecen sus reglas, cómo distribuyen sus bienes, qué tendencias afloran en esa sociedad, por dónde -en suma- van los tiros. Si uno está condenado a convivir en una habitación con un gigante de seis metros de estatura y cuatrocientos kilos de peso, lo más prudente que uno puede hacer es conocer a fondo sus costumbres y movimientos. De lo contrario, un día, sin querer, quizás en medio de un bostezo, o con una caricia desmesurada, nos aplaste. Estos papeles están destinados a impedir precisamente esa espantosa catástrofe. Más que cavilaciones ensayísticas no son otra cosa que un manual de supervivencia, una de esas cajas de cristal que deben romperse en caso de incendio.

### **Segunda lección: Los americanos no existen**

Pese a todo lo anteriormente dicho, es necesario comenzar por una revelación asombrosa: los americanos no existen. Así como me leen: no existen. O por lo

menos no existen de la manera en que el noventa y nueve por ciento de los seres humanos cree que existen.

Cuando un atribulado padre de familia, en Andalucía o en Tegucigalpa, supone que «los americanos» conspiran para bajar el precio de la aceituna o de la banana, o cuando un presidente argentino -siguiendo de cerca a otro mexicano de infausta memoria- afirma que «los americanos» prestaron grandes sumas de dinero para subyugar financieramente a América Latina, está incurriendo en delirantes fantasías sin ninguna base real. Porque es posible que una o diez compañías bananeras, o uno o diez Bancos, movidos por intereses económicos, se presten a cualquier clase de maniobra financiera, pero eso nada tiene que ver con «los americanos». En Estados Unidos, sencillamente, en lo que llamamos «la Administración», no existen centros de poder dedicados a esta clase de maquinaciones.

Como tampoco existen centros de poder para elucubrar maquinaciones «positivas». Esos cándidos mexicanos, convencidos de que «los americanos» les sacarán las castañas del fuego si la crisis económica se hace inmanejable, tampoco conocen la naturaleza de la organización social norteamericana. «Los americanos» no existen ni para lo bueno ni para lo malo.

Y no es extraña la confusión: en el mundo hispano estamos acostumbrados a suponer que la Historia se mueve por la voluntad y la acción de

pequeñas y secretas camarillas. Por eso hemos perseguido y triturado a judíos, heterodoxos y masones. Por eso estamos siempre dispuestos a creer que cuanto acaece en nuestro patio es obra de la CIA o de la KGB. Por eso Fidel Castro alguna vez ha llegado a acusar a «los americanos» de enviar contra la Isla ciclones asesinos. Sentimos una irresistible atracción por las teorías conspiradoras, y tal vez seamos incapaces de entender la Historia sin el apoyo de semejantes falacias.

Ni siquiera los puertorriqueños, que llevan casi un siglo viviendo en el vecindario institucional norteamericano, escapan a estas supersticiones. En este momento, en algún rincón de San Juan de Puerto Rico, hay un sujeto que asegura, sin la menor sombra de duda, que «los americanos» reparten alimentos gratis para mantener a los puertorriqueños corrompidos y ociosos, y así asegurar su dominio en la Isla. Ese astuto caballero ni siquiera se ha detenido a verificar que en todo el gobierno norteamericano no existe una miserable oficina en la que se piense o discuta el destino final de la Isla.

No hay un proyecto norteamericano para Guatemala, España o Francia. No hay un plan maestro para apoderarse de los recursos financieros de los demás países. (Tampoco, lamentablemente, lo hay para poner los recursos financieros al servicio de otros.) No hay más que un enorme, gigantesco conglomerado de seres humanos, cuya principal actividad es el comercio,

fundamentalmente orientados hacia el disfrute de los bienes materiales y espirituales, generalmente expresados en la búsqueda del confort y la obtención de símbolos de *status*, que a lo largo de los siglos ha segregado una administración capaz de recaudar impuestos, formular reglas, mantener el orden y hacer guerras, pero que en modo alguno dirige a la sociedad hacia un destino fulgurante, entre otras cosas porque su función no es la de dirigir a la sociedad, sino la de servirla, distribuyendo el botín fiscal de la manera menos irritante posible.

Es verdad que Kennedy hablaba de una «nueva frontera» y Johnson de una «nueva sociedad», pero esas frases no son otra cosa que *wishful thinking* o lemas publicitarios para pegarlos en el parachoques de los automóviles. La Administración norteamericana -que es, en definitiva, el mayor centro de poder del país, aunque mucho más débil de lo que cualquiera pueda imaginarse- también vive a remolque de la sociedad norteamericana. Una sociedad que insensiblemente puede desplazar su centro de gravedad del Este al Oeste o del Norte al Sur, y que en dos generaciones ha pasado de ser industrial a ser postindustrial ante la azorada perplejidad de sus líderes políticos. Una sociedad que ha dejado de vender máquinas para vender servicios, que de un coletazo tecnológico -las computadoras- ha trastocado todo el conocimiento humano, sin que sus administradores hayan tenido la más mínima responsabilidad en el asunto. Porque lo más asombroso de esta civilización multiforme, proteica y

esquiva es que «los americanos» tampoco existen para ella misma. No hay ideólogos buscándole un rumbo a la nación, y cuando los hay, como Ronald Reagan, es un antiideólogo, que lo primero que hace es proclamar que el *problema de la sociedad es el gobierno*, el excesivo gobierno que se inmiscuye demasiado en la vida de los ciudadanos, con lo cual está diciendo que el destino del país debe construirse espontáneamente y a partir de los libres e imprevistos movimientos de la ciudadanía; esto es, «haciendo camino el andar», como Antonio Machado le advertía a su imaginario caminante.

### **Tercera lección: El Séptimo de Caballería nunca llega a tiempo**

Suele decirse -y creerse- que los Estado Unidos son un poder imperial dispuesto a defender a sangre y fuego intereses y aliados en cualquier rincón del planeta. Y ésa es otra falsa y peligrosa presunción. Más bien ocurre al revés: la más constante tendencia de la sociedad norteamericana es el aislacionismo.

Los Estados Unidos surgieron con el propósito, claramente expresado en los papeles de Thomas Paine, de vivir al margen de las guerras europeas guerras que Francia, Inglaterra y España invariablemente trasladaban a territorios americanos. No es extraño, pues, que Washington, en su discurso despedida, recomendara que Estados Unidos mantuviera con las demás naciones las menores relaciones políticas y las mayores relaciones económicas posibles.

A través de los dos siglos transcurridos nunca han faltado voces poderosas que clamen por la marginación norteamericana de los conflictos internacionales. Los Estados Unidos no entraron en las dos Guerras Mundiales: los metieron a cañonazos. En la Primera, Wilson hizo cuanto pudo por impedir la ruptura de hostilidades con Alemania hasta que los continuos hundimientos de sus barcos mercantes le cerraron todas las puertas al pacifismo. Y en la Segunda, sólo la astucia de Churchill -revelada en su amarga correspondencia con Roosevelt- y el suicida ataque japonés a Pearl Harbor -provocado por embargo económico y por la necesidad de combustible- acabaron desatando las furias de MacArthur y de Patton bajo la sedentaria dirección de Eisenhower.

Sólo ha habido un período realmente belicista en la historia de las relaciones exteriores norteamericanas, y es el transcurrido entre la tercera década (siglo XIX y el comienzo de la Guerra Civil Norteamericana de 1861). Y el punto culminante de esa explosión expansionista fue el gobierno del tenesiano James Polk, elegido -entre otras razones- por suscribir sin ambages a la doctrina del Destino Manifiesto, o lo que es lo mismo, el rol mesiánico que por la-propia-naturaleza-de-las-cosas debía corresponder a los Estados Unidos. México --claro- fue la víctima principal de ese espasmo imperial y la mitad de su territorio acabó tras la frontera norteamericana.

Luego, a fines de siglo, con mucho menor vigor, hubo otro período de furor guerrerista, pero se calmó con la humillante derrota española de 1898. El mismo Teddy Roosevelt -quizás el más interesante de los gobernantes norteamericanos de este siglo que en el 98, desde la subsecretaría de Marina, consiguió provocar la guerra con España, pese a la voluntad conciliadora del presidente MacKinley, pocos años más tarde ganaba el Premio Nóbel de la Paz y se mostraba como un estadista prudente y enemigo de las acciones violentas. La folclórica batalla de San Juan, la franja canalera de Panamá y la vergonzosa guerra de Filipinas, habían saciado su apetito imperial.

A partir de entonces se va desvaneciendo de la política exterior norteamericana cualquier vestigio de Destino Manifiesto, y va quedando solamente en el horizonte cierto ambivalente instinto defensivo que confina la estrategia diplomática y militar de los Estados Unidos a operar sobre hechos consumados por el enemigo, renunciando de antemano a tomar la iniciativa. Se crea la OTAN para impedir que la URSS continúe engulléndose a Europa. Se combate en Corea para repeler la invasión chincoreana. El mismo esquema, años más tarde, pero en una guerra de estrategia distinta, los conduce al infierno de Vietnam.

No hay una política norteamericana de prevención de incendios, sino un cuerpo no muy eficaz de bomberos. Esto es muy grave, porque los estadistas de



Occidente tienen la estafalaria costumbre de creer que los Estados Unidos no van a permitir que sus países caigan en una órbita contraria a Washington o se deshagan en el caos interno. Y en realidad eso es una patética ingenuidad. Los Estados Unidos sólo están realmente dispuestos a defender muy limitados puntos del planeta, y cada vez es más claro que esa voluntad de resistencia tiende a mermar bajo el influjo tenaz, presente siempre, de la tentación aislacionista.

No existe, pues, juego más peligroso que dormirse sobre los laureles del Potomac. Hizo muy bien De Gaulle -aunque luego lo desarrollara mezquinamente mal- en plantearse mecanismos autónomos de defensa. Hace muy bien cualquier gobernante que no confía la vigilancia de su frontera o la salvaguarda del orden interior a los pactos o las relaciones con los Estados Unidos. Si el Estado de Israel no hubiera sabido de memoria esa lección, hace muchos años que habría sido barrido de la Historia. Si los pueblos centroamericanos la hubieran aprendido a tiempo, ahora no estarían con el corazón en la boca, pendientes de las asignaciones de un Congreso al que mayoritariamente le importa un cuerno la suerte de los vecinos del traspatio. Y es que, para sus aliados, el más grave problema del imperialismo norteamericano consiste, precisamente, en que apenas existe. A fin de cuentas le hicieron caso a George Washington: relaciones políticas, pocas; económicas, todas.

#### Cuarta lección: la toma de Capitol Hill

Llevo dicho que los americanos ni existen ni actúan como popularmente se cree, pero eso no impide que nuestro destino se juegue en Washington, como descubrieron los argentinos en las Malvinas o como descubren los centroamericanos todos los días. Esto quiere decir que sólo un gobernante ignaro o irresponsable es capaz de descuidar ese frente. Pero esto, en vez de saberlo y practicarlo los aliados de Washington, sólo lo han entendido cabalmente los enemigos. Cuba tiene en la capital norteamericana dos oficinas de relaciones públicas y un ejército de empleados y funcionarios, persuadiendo, sobornando o neutralizando políticos, periodistas, académicos y «policy makers». Las guerrillas salvadoreñas también libran allí sus más importantes combates. Los camaradas de Farabundo Martí saben que la única loma que hay que tomar es Capitol Hill, porque el resto de las batallas son sólo escaramuzas, y allá se lanzan en oleadas, reclutando para el asalto a cuanto cura bobo o liberal confundido acierta a pasar por la línea de fuego.

El gobierno de El Salvador, en cambio, no sabe defenderse en el frente de Washington. Como no sabe el de Costa Rica, ni el de Honduras y ni siquiera México, que lleva un siglo lamentándose de estar tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos, pero sin haber sentido la mínima curiosidad de asomarse al patio del vecino. Y lo asombroso es que es relativamente fácil influir sobre la

política exterior de los Estados Unidos. De esa facilidad ha vivido Israel desde 1948, y de esa facilidad se valió Taiwán para sostener durante veinte años la prodigiosa falacia de que la China de Mao no existía. Veinte millones de dólares costaba anualmente el lobby de China nacionalista en Washington, pero producía doscientos y mantenía a Chiang Kai-chek como miembro con derecho a veto en las Naciones Unidas.

Es obvio, pues, que en los tiempos que corren no saber cabildear en Washington es no saber gobernar, porque una porción considerable del poder que se ejerce en cualquier nación de Occidente está relacionada con los sucesos políticos norteamericanos. Pero, afortunadamente, la fatalidad de esa dependencia se atenúa con las facilidades de actuación que el sistema político norteamericano les brinda a los intereses extranjeros.

El Congreso, que es la pieza básica -porque niega o asigna fondos, porque crea o rechaza leyes- y está compuesto por legisladores que no tienen la obligación de votar como recomienda su partido, y que en cuestiones de política exterior suelen doblegarse a cualquier presión inteligentemente ejercida, entre otras cosas porque a sus electores locales les importan un comino los asuntos exteriores. Un congresista de Idaho no podrá votar en contra de los intereses de los sembradores de papas, pero difícilmente su liderazgo se verá afectado por el voto que emita en la cuestión salvadoreña.

¿Cómo manipularlo? Hay varias maneras. Una es la intimidación electoral. Veamos: la oficina de lobby -desde Washington-, consigue que una docena de ciudadanos de ese Estado den sus nombres para un comité «de lucha en contra de los crímenes de la Policía salvadoreña» y ese comité le escribe o visita al congresista y le pide su voto para bloquear los fondos e Reagan ha solicitado para el gobierno de Duarte. Esa petición puede ir acompañada -por ejemplo- de una generosa invitación a pronunciar una charla sobre los Derechos Humanos o sobre la importancia metafísica de la papa, Con unos emolumentos perfectamente legales de dos o tres mil dólares. Es razonable, entonces, ante tantos argumentos de peso, que el hipotético diputado de Idaho, aunque tenga corazoncito tiernamente conservador, acabe votando como les interesa a los aliados de Moscú.

También, por supuesto, hay mil ejemplos en la otra dirección. Gary Hart, que proponía, como candidato a la presidencia, una línea conciliadora con Fidel Castro, pocos meses antes había votado a favor de *Radio Martí*, una emisora destinada a hacerle la vida imposible al dictador cubano, más o menos en la tradición anticomunista de *Radio Free Europe* y *Radio Liberty*. ¿Por qué la contradicción? Porque en Washington, un poderoso lobby de exiliados cubanos, dirigido por un habilísimo líder político de la emigración, le había arrancado el voto con unas cuantas carantoñas.

Estas son las reglas del juego. La política exterior norteamericana -la militar, la arancelaria, la financiera- está voluntariamente abierta a las presiones extranjeras. Mientras Moscú es «un enigma encerrado dentro de un misterio», Washington, en cambio, es una ciudad abierta, porosa, rendida a los grupos dispuestos a comprar influencia. Hay lobbystas profesionales que por un precio razonable defienden casi cualquier causa. Y los políticos suelen oírlos, porque es probable que ellos, mañana, también se conviertan en lobbystas cuanto les sea adversa la ruleta electoral. Es lo que allí llaman el «sistema de supervivencia», y acá el «ayúdame que yo te ayudaré». La ideología, el patriotismo el compromiso con las ideas políticas, pesan menos que los pragmáticos argumentos del lobby.

Probablemente es una locura que la nación que constituye la piedra angular del sistema político, militar y económico de Occidente, sea tan vulnerable a las influencias extrañas; pero en medio de la batalla, aunque no nos guste, lo mejor es saber exactamente por dónde van los tiros. Antes de que nos caigan en la cabeza.

V

## LA UNICA REVOLUCION POSIBLE<sup>5</sup>

Hace ya tres décadas, cuando apenas tenía trece años y era un inquieto estudiante de bachillerato, víctima de la acné y de las matemáticas, comencé a sentir algo que con cierta bondad pudiera llamarse conciencia social. Mandaba en Cuba el general Batista, un dictador sin otras virtudes que cierta astucia cazurra, y sin otro objetivo que el enriquecimiento ilícito. Obviamente, a la mayor parte de mi generación Batista le parecía una criatura indeseable. Fue entonces cuando descubrimos la aventura de las manifestaciones estudiantiles, las pedradas, los chorros de agua y las carreras.

En realidad, nuestra actitud era más intuitiva que racional -puesto que sólo éramos unos chiquillos- pero nos parecía (ya mí me sigue pareciendo) que teníamos toda la razón del mundo. Como dicen en inglés, estábamos en el lado correcto de la Historia. También es cierto que todo aquello -por lo menos a nuestro nivel adolescente- era más divertido que heroico, pero era grato descubrir la emoción de luchar por causas justas, especialmente cuando la idea, la abstracción, la motivación ideológica, se convertía en un trallazo de

---

<sup>5</sup> Conferencia pronunciada el 4 de febrero de 1987 en Guatemala, en la Universidad Rafael Landívar.

adrenalina, sumando a las débiles consideraciones teóricas de entonces unas fuertes sensaciones de carácter físico. «Hacer revolución» no sólo era éticamente encomiable, sino -además- era fisiológicamente agradable. Y eso me figuro que también contaba.

Bien: este preámbulo biográfico no tiene ningún componente narcisista. Sólo quiero dejar en claro que me parece perfectamente razonable, plausible, que los jóvenes estudiantes luchan contra la injusticia, se manifiesten contra la opresión e intenten erradicar las lacras que entorpecen o dificultan la felicidad colectiva. Es cierto que hoy, tras la libre elección en Guatemala de un gobierno legítimo, no tendría sentido ni justificación arrojar piedras contra la Policía o incendiar autobuses, pero sí es saludable que exista y se cultive entre los jóvenes la pasión por la justicia y la determinación de luchar por un mundo más equitativo. En Guatemala -como en media América Latina- hay problemas de salud, educación, pobreza extrema, vivienda, desempleo, inflación, desnutrición, violencia social y marginación que requieren la más pronta solución posible. Y cuando se es joven, como es el caso de ustedes, y cuando se tienen los instrumentos intelectuales necesarios, como también es el caso de ustedes, no hay paliativos para la indiferencia. Hay que salir a luchar. Hay que salir a hacer la revolución social.

**¿Cuál revolución social?**

Por supuesto, el problema que se nos plantea de inmediato es qué revolución es la que hay que llevar a cabo para terminar con el cuadro de miserias y desigualdades sucintamente descrito. Y la respuesta franca y dolorosa, es que la única revolución que se nos propone de una manera clara y aparentemente racional es la marxista-leninista. Son los comunistas los únicos que han conseguido aportar un análisis global de la sociedad y sugerir un método para corregir los problemas.

Según ellos, es la posesión de los medios de producción lo que determina las características de la sociedad, la clase a la que se pertenece y la mentalidad que se posee. Y según ellos, un brusco cambio del sistema de propiedad, capaz de transferir los bienes de producción de manos de unos pocos a toda la colectividad, debe traer una era de dicha para toda la especie humana. La era idílica de la sociedad comunista, sin clases, sin estado, sin guerras, sin bastardas ambiciones personales, incluso sin leyes y sin jueces, porque los rasgos represivos son también una vil consecuencia del régimen de propiedad privada que la Humanidad arrastra, como una cadena, desde hace siglos. Obviamente no voy a fatigarlos con una descripción teórica del comunismo, porque esos temas ya ustedes los conocen hasta la saciedad, e incluso es posible que alguno de ustedes se sienta seducidos por el marxismo. Es natural: el marxismo es muy atrayente.



Pero lo que quiero subrayar es que Marx cree haber hallado las leyes que supuestamente regulan la evolución social y prescribió una fórmula para que los seres humanos alcanzaran la felicidad y equidad. Y quien cree en lo que Marx predicó, quien busca la modificación de la sociedad de acuerdo con sus recomendaciones y recetas, debe ser llamado un «revolucionario marxista».

Ya sé que en el cuerpo teórico del marxismo hay numerosos ingredientes además de los aportes fundamentales de Marx, pero, en general, más que grandes modificaciones de las ideas básicas, las de pensadores, de Lenin a Gramsci, se han limitado proponer fórmulas para conseguir que las profecías del pensador alemán se cumplan de la manera más económica posible. Es decir: cómo tomar el poder, cómo conservarlo, cómo administrarlo, cómo expandirlo, etc. Sin embargo, los dogmas fundamentales de la secta se mantienen totalmente vigentes: primero, la suposición de que será justa, feliz y definitiva, una sociedad en la que la propiedad sea colectiva; y segundo, la curiosa superstición de que segmento de la población, los obreros, son los llamados a realizar el cambio por los procedimientos que sean necesarios, pero, fundamentalmente, mediante la huelga general y la desobediencia civil.

### **El problema y la propuesta**

Bien: ya tenemos los tres elementos del drama. De una parte, la penosa situación de amplias capas sociales en nuestros países. De la otra, nuestros legítimos

deseos de cambiar esa situación. Por último una propuesta coherente, un plan para lograr esa modificación. Un plan que tiene los dos factores que se pueden exigir a los proyectos racionales: una hipótesis y una mecánica de trabajo.

¿Por qué, entonces, no ser marxista? Hay varias razones para no ser marxista, pero yo me voy a limitar a una que me parece fundamental: porque, desgraciadamente, los presupuestos teóricos marxistas no se cumplen en la práctica. Esa sociedad más próspera y más justa que debe derivarse de la colectivización de la propiedad, no se produce. Cuando se ponen en práctica, cuando se tratan de probar las hipótesis de Marx. Los resultados que se obtienen son contrarios a los esperados.

Voy a pasar por alto los Gulags, los sufrimientos, la erección de Estados policíacos patrullados por perros y rodeados por alambradas. Voy a admitir -sin creerlo- que esos odiosos rasgos de totalitarismo son pasajeros, y voy a concretarme en la razón de ser del marxismo: su pretendida eficacia como mejor sistema de producción y distribución de recursos. ¿Hay alguien que dude de la demostrada inferioridad del modelo económico comunista cuando se compara con países de economía de mercado? No me refiero a la fácil comparación entre suecos y búlgaros. Sino a la más justa comparación entre las dos Alemanias, las dos Chinas, las dos Coreas. ¿Por qué Alemania Occidental es mucho más próspera que Alemania Oriental? ¿Por qué Taiwán y Corea del Sur han logrado

sus milagros económicos?. Mientras Corea del Norte y China continúan con un lamentable estado de atraso.

Más aún. ¿Cómo suelen afrontar sus crisis económicas los países de economía comunista? Pues recurriendo a medidas capitalistas: permitiendo como en Hungría, o en la Unión Soviética de Gorbachev, la existencia de pequeños empresarios que alivian la crónica escasez que padecen los países de economía colectivista centralizada. Si el comunismo fuera capaz de crear riquezas con más eficiencia que el capitalismo, ¿no sería razonable curar los males del comunismo con más comunismo, con más propiedad colectiva, en lugar de con menos? Pero, además, hay otra forma lógica de verificar las ventajas de uno u otro sistema: investigar qué ha ocurrido con las hipótesis marxistas cuando se han puesto en práctica en el Tercer Mundo. Hay numerosos ejemplos, y Africa negra ha sido un buen banco de pruebas para el comunismo. Tanzania, Congo, Mozambique, Angola o Etiopía han ensayado diferentes estrategias socialistas con invariables resultados negativos. En todos los casos la producción ha caído en picado, la escasez se ha convertido en norma y el aparato burocrático ha acabado por crear un caos administrativo, corrupto e ineficaz, que ha empobrecido a los pueblos sustancialmente. En todos los casos la revolución ha sido, en rigor, una involución. Un estrepitoso fracaso como fórmula para sacar a estos países de la postración, el subdesarrollo y la dependencia.

## El caso cubano

En este sentido el caso cubano es tristemente ejemplar. En 1959, cuando se produce el triunfo revolucionario, Cuba tenía el tercer puesto en nivel de desarrollo en América Latina. Sólo Argentina y Uruguay sobrepasaban a Cuba en los indicadores más fiables para medir el grado de prosperidad: ingresos per cápita, electricidad, consumo de cemento, papel periódico, teléfono, aparatos de radio, automóviles, alfabetización, salubridad, etc.

Hoy Cuba ocupa el puesto decimosegundo o decimotercero, según el analista que haga la evaluación. Casi treinta años de revolución sólo han servido para que la Isla involucre con relación a sus vecinos del Continente.

Por supuesto, puede alegarse que en 1959 Cuba era una pobre isla dedicada a la agricultura, con enorme enemigo continental situado a pocas millas y empeñado en hacerle la vida imposible, pero ese es también el caso de Taiwán con relación a China comunista, y la revolución económica de las dos islas ha sido muy diferente. En 1959 Taiwán sólo tenía una tercera parte del per cápita de Cuba. Hoy esa isla tiene más del doble del per cápita cubano. En 1959 un veinte por ciento de la población cubana era analfabeta. Taiwán tenía casi un sesenta por ciento de analfabetismo. En 1987 Cuba tiene un noventa y cinco por ciento de alfabetizados y Taiwán noventa y dos por ciento. ¿Cuál de los dos países realizó la revolución? En 1959 Cuba quiso escapar del monocultivo y de la dependencia

azucarera utilizando fórmulas marxistas. No pudo. En 1959 Taiwán era un pobre y atrasado país agrícola que apenas exportaba arroz. En 1987 las exportaciones taiwanesas son esencialmente industriales y de alto desarrollo tecnológico. ¿Cuál de los dos países, hizo, realmente, una revolución? Y no se busque, por favor, para excusar a Cuba, la coartada de la agresión imperialista, porque en estos treinta años Taiwán ha tenido que vivir en estado de alerta invirtiendo enormes cantidades de recursos en sus Fuerzas Armadas.

¿Por qué fracasa el marxismo?

Ante estas evidencias es razonable preguntarse por qué fracasa el marxismo como sistema de producción. Y aún algo más intrigante: ¿por qué fracasa aún más escandalosamente cuando se aplica en las naciones del llamado Tercer Mundo?

Tal vez cuatro sean las razones básicas para explicar este fenómeno: la primera, es que la colectivización concentra en muy pocas manos los mecanismos de toma de decisiones y de iniciativas económicas, con lo cual la sociedad pierde casi toda su fuerza creativa. La segunda, es que la tarea de planificar y centralizar la mayor parte de las decisiones, suele crear una burocracia parásita que tiende a expandirse sin tregua ni fin, consumiendo improductivamente cuantiosos recursos. La tercera, es que la fórmula marxista de elegir los bienes o servicios que se deben brindar y los precios que se les asignen, no suele tener nada que ver

con las necesidades del mercado, con lo cual se desperdician y acumulan recursos en sectores de la economía que la persona rechaza, mientras en otros de gran importancia se padece una crónica escasez. y cuarta, mientras el marxismo pone todo su énfasis en los bienes colectivos, las personas, curiosamente, desarrollan una mentalidad de completo divorcio de la noción del bien común. Robar y engañar al Estado se convierte en la norma general de comportamiento de casi toda la sociedad, provocando un creciente distanciamiento entre el país oficial, falseado por estadísticas triunfalistas, y el país real, mucho más sórdido, resentido e insolidario.

Como regla general, estos cuatro males de la economía socialista están presentes en todos los Estados regidos por modelos marxistas, pero conducen a diferentes grados de ineficiencia. En principio, puede asegurarse que mientras más educada, tecnificada y compleja sea la sociedad donde se aplica el colectivismo centralizado, menos caótica e ineficiente resulta la economía. En Alemania Oriental, por ejemplo - pese a su total inferioridad con respecto a Alemania Occidental-, el grado de desarrollo y eficiencia es mucho más notorio que en Bulgaria, Rumania y la propia URSS. Sin embargo, en Cuba, Yemen del Sur, Angola, Etiopía o Vietnam, la organización económica del Estado ha empobrecido aún más a sus sociedades, añadiéndoles el componente del alto grado de militarización, puesto que en los Estados regidos por el marxismo en el

Tercer Mundo, hay dos veces más fuerzas militares que en aquellos en los que existe economía de mercado y libre empresa.

### **La revolución que hay que hacer**

Bien. Si admitimos cuanto llevo dicho, nos enfrentamos a una situación desesperada. Aceptamos que la situación económica y social en nuestros países es intolerable, pero nos damos cuenta, porque es evidente, que la revolución que nos proponen los marxistas, al margen del baño de sangre que provoca, de los Gulags y de los manicomios, no sólo no funciona adecuadamente, sino que acaba por agravar los problemas económicos que pretendía resolver.

¿Qué podemos, entonces, hacer? Porque con diagnósticos realistas y lúcidos -presumiendo que éste lo sea- no es posible alimentar a las masas, ni educarlas, ni resolver los graves problemas de salubridad que aquejan a nuestros países. ¿Qué debe hacer un universitario ante este dilema? Pues obviamente, si ese universitario ha sido adiestrado para tomar decisiones racionales basadas en la observación y en el sentido común, deberá buscar ejemplos de países que han conseguido abandonar el subdesarrollo y superar momentos difíciles, y deberá intentar seguir de cerca esos ejemplos.

En 1959, mientras Castro iniciaba su revolución comunista, en el extremo opuesto del planeta, otro gobernante estrenaba también una nueva etapa para su país. Se trataba de Lee, un enérgico chino seleccionado por su pueblo para

enfrentarse a la casi imposible tarea de gobernar y desarrollar Singapur, una empobrecida ciudad-Estado del Tercer Mundo, con dos millones de habitantes, cifra suficientemente alta como para convertirse en una pesadilla, y suficientemente escasa como para no poder constituir un mercado autónomo. Pero Lee no era un fanático soñador sino un hombre práctico y con sentido de responsabilidad. Es decir, en lugar de acogerse a fórmulas teóricas que ya habían demostrado su ineficacia, colgó en su oficina un significativo cartel: «Imitemos a Japón.»

Y así, bajo ese lema humilde y sin atractivos sensacionalistas, comenzó una de las más profundas revoluciones que ha conocido la historia contemporánea del hombre. En los veintiocho años transcurridos, esa isla pobre e insalubre, sin recursos y sin capital acumulado, se ha convertido, a escala, en un emporio industrial y financiero, en el que el noventa por ciento del país pudiera hoy calificarse de clase media acomodada de acuerdo con los parámetros más exigentes.

¿Qué hizo Lee? Ya lo he dicho: imitó a Japón. ¿Y qué hizo Japón? Pues trabajar disciplinadamente, investigar, estudiar y coordinar todos los estamentos de la sociedad en la dirección del progreso. Japón -y luego Singapur- estudió los mecanismos económicos, la formación de capital, la rentabilidad de las inversiones, las estrategias de mercado, las técnicas de gerencia, producción,



venta y distribución. Y todo ello lo hizo con un espíritu en el que primaba la búsqueda de la excelencia.

En 1945, cuando estallaron las bombas de Hiroshima y Nagasaki, Japón era un país devastado, una humeante ruina radiactiva, con el noventa por ciento de su producción industrial y agrícola destruida. Y ya en 1959, cuando Lee toma el poder en Singapur, Japón había vuelto a ser la primera potencia asiática y se adivinaba su fulgurante porvenir. ¿Qué había ocurrido? Pues que Japón, a su vez, había imitado el modelo de organización económica de la potencia que lo había derrotado en la guerra, adaptándolo a su indiosincrasia y tradiciones. Japón había hecho su revolución capitalista, como luego han llevado acabo Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Malasia, Taiwán y otros exitosos pero escasos rincones del planeta.

### **El secreto del éxito**

En realidad esa revolución está al alcance de cualquier pueblo que se lo proponga y que tenga las aptitudes y los valores adecuados. No hay prácticamente ningún obstáculo insalvable. No hay excusa material para el fracaso. Noruega es un país bajo la nieve con la mitad de población de Guatemala. Nueva Zelanda está en los confines del planeta y apenas cuenta, en sus dos islas, con tres millones de habitantes, lo que no le ha impedido alcanzar los ocho mil dólares per cápita. Hong Kong es casi la idea platónica de una

sociedad ingobernable. Suiza es un minúsculo país, sin salida al mar, extraordinariamente montañoso y poblado por tres etnias que se detestan en tres idiomas irreconciliables y todas esas sociedades han conseguido prosperar pese a las adversidades y pese a los adversarios.

Lo que cuenta es el capital humano y la determinación de las personas que componen la sociedad. La información, los valores y los propósitos que se mantienen. El camino para abandonar la pobreza existe y ha sido probado y comprobado una docena de veces. La revolución es la economía de mercado, y es la seguridad jurídica y es el acceso a la propiedad privada, y es el capitalismo moderno, organizado y laborioso.

El error de los revolucionarios guatemaltecos -y de todos los revolucionarios de América Latina- consiste en suponer que los males del país se deben al capitalismo. Es al revés: los males del país se deben a que el capitalismo que hay no es suficiente, ya que la sociedad, en su conjunto, no entiende los mecanismos mediante los cuales se crea y se dilapida la riqueza.

Ya sé que puede resultar comprometedor suscribir esta tesis y renunciar al bello y encendido lenguaje revolucionario, pero si de lo que se trata, realmente, es de darles de comer a los pobres, abrigar a los ancianos y comenzar a ascender hacia los puestos de avanzada, no queda otro remedio que seguir muy cerca al pelotón de naciones que han conseguido triunfar.

Todo ello -por supuesto- requiere también convocar al pueblo para un profundo examen de conciencia. Las naciones que han tenido éxito en la batalla contra la pobreza, han actuado disciplinadamente, han trabajado con rigor y no han perdido el tiempo buscando atajos o caminos secretos hacia la prosperidad. No hay caminos cortos ni fáciles. No hay fórmulas súbitas de enriquecerse. Es un lento proceso de acumulación de capital y experiencia que se sedimentan y van mejorando a paso queo a toda la sociedad. Es -repito- un largo proceso, pero mientras más demoremos en comenzar, más nos demoraremos en alcanzar los frutos.

Ustedes, los jóvenes, no deben renunciar a la búsqueda de la justicia y la equidad. No deben desmayar. Ustedes tienen que hacer la revolución, pero no la que proponen los marxistas, porque ésa conduce al fracaso y la frustración, sino la que transforme al país en la dirección del progreso y de la prosperidad. Esa revolución que, parafraseando a Milan Kundera, como la vida, está en otra parte.

## VI

### LA CRISIS DEL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

#### EN AMERICA LATINA <sup>6</sup>

Hace algún tiempo el presidente de Perú, el señor Alan García, dictó una medida de carácter económico -la nacionalización de la Banca privada peruana-, y un porcentaje significativo de la sociedad de este país, acaudillado por el escritor Mario Vargas Llosa, salió a las calles a impugnar la voluntad del Primer Mandatario. Independientemente del carácter local de la anécdota, no hay duda de que se trata de un magnífico ejemplo de esa frecuentemente olvidada verdad de que las ideas tienen consecuencias». Porque tanto el presidente García como el novelista Vargas Llosa han actuado de acuerdo con unos criterios previamente establecidos por pensadores e ideólogos perfectamente acreditados. Las reflexiones que siguen constituyen un intento por encontrar la pista que motivó el decreto de nacionalización de la Banca y la respuesta de esa «cruzada cívica» congregada en torno al autor de *La guerra del fin del mundo*.

---

<sup>6</sup> Conferencia pronunciada el 17 de setiembre de 1987 en la Universidad del Pacífico en Lima, bajo los auspicios del Instituto del Sur.

## Las ideas del presidente García

Para poder mantener el hilo de esta conferencia dentro de un plano de absoluta objetividad, de antemano renuncio a los juicios de valor sobre las íntimas motivaciones de carácter político que pudiera haber tenido el presidente García en el momento de tomar su polémica decisión. Doy por sentado que sólo lo movía el deseo de ver prosperar a la gran mayoría del pueblo peruano, esa enorme masa de personas que malviven en prácticamente todos los rincones del país. De manera, pues, que presumo la buena voluntad del joven gobernante y su vocación por la justicia. Eso ni siquiera vale la pena dudarlo. Más aún: el presidente García pertenece a un partido que durante sesenta años ha luchado denodadamente por rescatar a Perú de la miseria y de la desigualdad. Un partido que, como otras agrupaciones en América, se ha propuesto redimir la patria y situarla entre las naciones punteras del planeta, porque -al fin y al cabo-- este país tiene las dimensiones, la riqueza natural y la población suficientes para alcanzar un grado de desarrollo semejante al de cualquier segmento de ese «Primer Mundo» que inevitablemente nos sirve como punto de referencia para precisar nuestros más caros objetivos.

Bien. Ya tenemos en línea los cuatro factores básicos de la ecuación que intentamos despejar: un problema inmenso -la pavorosa pobreza de una gran parte del pueblo peruano-; el ejemplo de unos países prósperos y remotos donde

se ha eliminado casi totalmente la miseria -ese envidiado «Primer Mundo»-; un político empeñado en sacar a su patria de la triste categoría del subdesarrollo; y - por último- una de las recetas para conseguir el fin anhelado: la nacionalización de la Banca.

No creo que nadie -por ahora- deba disputar que es en ese marco donde se inscribe el decreto de nacionalización de la Banca privada peruana. El presidente García quería hacer justicia, y en América Latina, desde hace muchas décadas, es así como se «hace justicia». Nacionalizando. Estatalizando. Aumentando los límites del sector público y arrebatando al sector privado sus bienes con la legítima compensación o sin ella.

Porque el presidente García no inventó una medida extraordinaria, sino se limitó a calcar fórmulas extraídas de la revolución mexicana, de la boliviana, de la cubana, y aun de la costarricense, pues los muy democráticos, tras la revolución de 1948, nacionalizaron la Banca y los Seguros, más o menos con los mismos argumentos que hoy esgrime el presidente García. Y es que ésta, precisamente, ha sido la tradición revolucionaria latinoamericana a lo largo del siglo xx, o por lo menos a partir de la década de los treinta.

¿Y por qué se nacionaliza en América Latina? En América Latina se estataliza porque nuestros políticos -los encuadrados en las formaciones populares- tienen unas ideas muy peculiares sobre la formación de la riqueza (o

de la pobreza) y, como sabemos, las ideas tienen consecuencias. Si se piensa que los empresarios suelen ser seres codiciosos, sin ninguna sensibilidad social, es natural que los políticos revolucionarios les nacionalicen sus bienes. Si se cree que el mercado, lejos de ser un mecanismo autónomo para la asignación racional de los precios, no es otra cosa que un instrumento para el enriquecimiento de la oligarquía, ¿cómo asombrarnos de que los políticos intenten controlarlo? Si durante décadas muchos hombres de Estado en América Latina han afirmado que la culpa de nuestra miseria, de nuestros campesinos analfabetos y hambrientos, la tienen las compañías transnacionales que saquean nuestros países, o los helados centros financieros de Nueva York y Londres que prestan y cobran sin compasión, ¿cómo puede sorprendernos que los Estados latinoamericanos, en sus momentos de afirmación nacionalista, intervengan las compañías extranjeras, convencidos de que esa medida será una especie de llave o pasaporte a la prosperidad colectiva?

Porque ésas son las ideas que subyacen en nuestro patrimonio ideológico. En América Latina se cree -o se ha creído por mucho tiempo- que nuestros cuantiosos bienes de riquísimo continente sólo sirven para alimentar el derroche de las naciones depredadoras del mundo capitalista. Y se cree -o se ha creído-- que el problema de nuestros campesinos, o de nuestras cosechas raquílicas, es el resultado de una injusta distribución de la tierra. y se piensa -.0 se ha pensado-- que si carecemos de industrias, es sólo porque los industriales de afuera, los

extranjeros, nos inundan Con sus productos para perpetuar la dependencia de un territorio condenado a vender materia prima a un bajísimo precio, sólo para comprar productos elaborados, cada vez más caros. ¿Duda alguien que ése era el diagnóstico esencial de la mayor parte de los más populares partidos políticos de América Latina?

Y si ésas eran las ideas, ¿cómo sorprendernos de las consecuencias? Incluso podemos ir más allá: si el inmenso prestigio de la revolución mexicana se hizo repartiendo tierras, o el de Cárdenas nacionalizando el petróleo, el de Paz Estensoro el estaño, el de Allende el cobre, o el de Castro expulsando de Cuba a los norteamericanos y confiscándoles sus bienes, ¿cómo puede sorprendernos que nuestros políticos de izquierda -sean o no marxistas- vivan con la perenne tentación de asumir para el Estado parcelas cada vez mayores de las actividades económicas? Esas medidas no sólo pertenecen -o pertenecían- a la tradición revolucionaria más acreditada: hasta hace muy poco, eran la garantía de la inmortalidad política y de la estatua ecuestre en el parque de la patria.

Pero, además, la tentación estatalizadora y dirigista tenía en su favor otro factor que tendía a fortalecerla: era muy fácil. Es tan sencillo decretar el fin de la pobreza del campesinado y de la fragilidad de las cosechas mediante un simple cambio en el Registro de la Propiedad, que parecía un crimen no hacer reformas agrarias. Era tan sencillo fortalecer la economía de nuestros mineros (y de



nuestros países) cercenando las garras de las multinacionales, que sólo los traidores o los locos podían oponerse. Era tan elemental terminar con décadas, con siglos de atraso relativo, que ningún hombre bien nacido podía resistirse. Y era esa historia, era esa tradición revolucionaria, lo que probablemente estaba en la cabeza del presidente García el día que decidió nacionalizar la Banca privada peruana. Estaba eso, y estaba también, como telón de fondo, la curiosa creencia latinoamericana de que la razón última de nuestros problemas económicos y sociales radica en una injusta relación entre los que tienen y los que no tienen, injusticia que sólo puede eliminar el acto revolucionario, ejecutado éste dentro de un modelo democrático, como es el caso peruano, o dentro de otro tipo de escenario, como puede ser el caso cubano.

Pero -de cualquier manera- la presunción consiste en suponer que el camino a la prosperidad se transita mediante correcciones de carácter jurídico -- ciertas leyes mágicamente justicieras-, acompañadas de manipulaciones técnicas de los asuntos económicos: control del crédito y del cambio, limitaciones de los precios, estímulo de la demanda, etcétera. Es decir, para los revolucionarios latinoamericanos, sean éstos democráticos, autoritarios o totalitarios, los cambios son de carácter externo, institucionales, y toman poco en cuenta el borroso terreno de los valores y las actitudes de los hombres que realizan las transacciones económicas y que han construido las sociedades latinoamericanas tales como las conocemos.

## Las ideas de Vargas Llosa

Y quizás ésta sea una de las fundamentales diferencias entre las ideas del novelista Vargas Llosa y las del presidente de su país. Pero antes de entrar en la ideología de Vargas Llosa -presumiendo que sostenga las más acreditadas ideas en boga-, hay que comenzar --como en el caso del presidente por descartar cualquier oscura o inconfesable intencionalidad en el novelista. Vamos a presumir su inocencia, entre otras razones, porque su postura no puede traerle la menor ventaja personal. Salir a manifestarse contra la nacionalización de la Banca en América Latina es-o era hasta hace muy poco una postura insólita para un escritor latinoamericano.

Además, Vargas Llosa ha puesto sobre la mesa, con toda claridad, los razonamientos que lo llevaron a encabezar la protesta contra la nacionalización: se trata -ha dicho- de un peligro totalitario, porque si el Gobierno controla el crédito totalmente, bien puede utilizar este mecanismo para silenciar o mediatizar unos medios de comunicación que no podrían mantener su independencia política si carecen de independencia económica.

El argumento es razonable, pero quizás es más importante de lo que parece a primera vista. Porque Vargas Llosa, más allá de defender la autonomía de la prensa, está proclamando esa indiscutible verdad de que el gran peligro para la supervivencia de la libertad no viene de los individuos o de los grupos de

individuos que tienen o controlan la prensa, sino de esos Estados prepotentes empeñados en convertir a los medios de comunicación en un coro de aduladores tan solícitos como uniformes. Pero yendo a los estratos más profundos de este conflicto entre los límites del sector público y del sector privado, llegamos a lo que parece ser una de las más radicales e importantes ideas de nuestro tiempo: la creencia -aparentemente suscrita por Vargas Llosa- de que los Estados que han conseguido escapar de la pobreza han llegado a su actual grado de desarrollo *precisamente* por el deslinde más o menos exacto entre los límites del Estado y los de la actividad económica privada. Porque contrario a lo que suponen nuestros enardecidos revolucionarios, los más serenos pensadores de hoy ya no atribuyen la riqueza de los Estados Unidos, de Inglaterra o de Suecia a la explotación del Tercer Mundo, a la esclavitud de negros o asiáticos, y ni siquiera a la revolución industrial, puesto que el factor de mayor peso en el enriquecimiento de ciertos pueblos de Occidente parece haber sido de otra naturaleza: durante dos siglos, lentamente, los Estados mercantilistas europeos (tan centralistas, tan dirigistas como algunas naciones latinoamericanas de hoy), fueron segregando una esfera privada de actividades económicas, libre de la voluntad del monarca o de la Iglesia, con sus sólidas instituciones de derecho garantizadas por Estados responsables y ecuánimes, y fue en ese peculiar marco jurídico donde se hizo posible el milagro de la prosperidad de grandes masas de seres humanos secularmente aquejadas por la miseria. No fue la Revolución francesa -ese

cataclismo que los latinoamericanos aprendemos a amar desde la cuna- lo que le trajo a Francia la prosperidad, si no fueron los períodos de sosiego, de acumulación del ahorro y de crecimiento sostenido al modesto ritmo del dos por ciento anual, lo que acabó por consolidar tanto la riqueza de la nación francesa como la de los otros países de la Europa a la que hoy, justamente consideramos ricas.

De manera que la primera y más arraigada conclusión de nuestro tiempo, esa idea de ahora, de hoy, que acaso movió a Vargas Llosa a la acción, es que el camino de la prosperidad para las masas oprimidas no pasa por una revolución súbita y estremecedora, sino por un largo período de orden y de ley en el que sea posible soñar, planear y actuar a largo plazo, sin el temor a que una regulación arbitraria o un estallido social den al traste con la paciente labor de crear riquezas.

Sin embargo, eso tampoco es todo lo que se requiere para echar la base del desarrollo. Hoy se sabe, también, que el marco jurídico sólido y confiable, aunque es el requisito *sine qua non* para que una sociedad pueda prosperar, no basta para que se logre ese objetivo. Hoy se conoce una verdad terrible que el ensayista norteamericano Lawrence Harrison, citando precisamente al escritor peruano Salazar Bondy, resumió en el título de su único libro: *El subdesarrollo está en la mente*. Hoy se sabe, con toda certidumbre, con toda melancólica certeza, que

lo que hace prósperos a los alemanes ya los japoneses, o lo que nos hace mucho más pobres a nosotros, es la diferencia en valores y actitudes.

Es la ética del trabajo, es la pasión por la excelencia, es la disciplina, es el respeto a las normas y a la jerarquía, lo que marca la diferencia entre el desarrollo y la prosperidad de las naciones líderes del planeta y otros pueblos menos afortunados. Y no se trata de una teoría basada en la supremacía de ciertas razas, sino en la supremacía de ciertas culturas si lo que se mide es el progreso material de la sociedad tal y como se define en Occidente.

Singapur, Hong Kong y Taiwán -por ejemplo han demostrado la fantástica habilidad de los chinos para prosperar dentro de los parámetros occidentales. Trinidad y Tobago, en el Caribe, ha probado cómo una nación negra, cuyos ciudadanos descienden de esclavos africanos, pudo alcanzar el primer puesto en nivel de desarrollo y calidad de vida entre todos los pueblos de América Latina, acercándose al grado de prosperidad de países como Irlanda o España. Pero mientras ese pueblo negro encabeza el pelotón latinoamericano, en el furgón de cola, en una situación que pudiéramos calificar de terrible, otro pueblo negro se debate entre el hambre y la desesperanza: *Haití*. De manera que la raza, en el aspecto biológico, tiene poco que ver con la prosperidad o la pobreza. Son los valores y las actitudes, son los saberes que se tienen lo que determina el grado de desarrollo de una sociedad moderna incardinada en Occidente. Y parece que a

nosotros no nos acompañan los valores, las actitudes y los saberes que mejor cuadran a la felicidad de nuestras masas, y mucho menos esa atmósfera de protección jurídica en la que las virtudes sociales pueden dar sus mejores frutos.

Por supuesto, no sólo es ésta la cara ideológica de nuestro tiempo. De la misma manera que en el sector revolucionario tradicional -valga la paradoja- hay técnicos que prescriben el crecimiento del sector público y el aumento de la planificación como palancas del desarrollo nacional, en el sector que ha perdido la fe en los espasmos revolucionarios también hay técnicos, como Fisher o como Milton Friedman, que le asignan un importantísimo papel al volumen de la masa monetaria en los resultados finales de la gestión económica de casi todas las sociedades complejas, o que sospechan, con gran temor, de la capacidad gerencial de un Estado regido por burócratas que suelen buscar su propia gratificación física o emocional cuando dicen defender esa abstracta entidad conocida como el *bien común*.

### ¿García Vs. Vargas Llosa?

Hasta aquí, deliberadamente, tal vez por el efecto dramático que tiene, he personalizado en el presidente García y en el novelista Vargas Llosa lo que es, en realidad, un choque entre dos formas de asomarse a los problemas económicos y sociales del Tercer Mundo. De una parte las viejas ideas «revolucionarias» de las agrupaciones populares más acreditadas, ideas casi todas conducentes a la

ampliación del sector público y al intervencionismo; y de la otra, la nueva percepción del Estado y de la sociedad, mucho más cerca del individuo y más confiada en el éxito de la gestión del sector privado, quizá porque el análisis de las naciones triunfadoras del planeta indican que ese modelo de desarrollo es el que mejor ha demostrado su viabilidad a lo largo de las últimas décadas. Y me parece que este episodio de la vida política peruana ya es mucho más que una anécdota local o que una controversia entre un gran escritor y un presidente abrumado por la tenaz miseria de su pueblo. Es la partida de bautismo de lo que será el debate ideológico latinoamericano en los próximos años, y es -también- una prueba para los partidos políticos «revolucionarios» de América Latina como el APRA, Acción Democrática, Liberación o lo que hoy sea el inextinguible peronismo argentino. Porque esos partidos, si quieren seguir siendo una fuerza política seria en el futuro, no tendrán otro remedio que renovar su arsenal ideológico, y eso, hoy, quiere decir, precisamente, abandonar la tradición centralizadora, renunciar a la política de nacionalizaciones, y devolverle al sector privado la iniciativa en materia económica.

Es posible que acogerse a esa forma de razonar se le llame simplemente «derecha», pero siempre será más digno admitir humildemente esa infamante etiqueta --como han hecho los muy prudentes socialistas españoles- que continuar la trágica cadencia de los espasmos revolucionarios que fracasan, y

luego vuelven a levantar esperanzas, sólo para - volver a fracasar y dejar a nuestros pueblos cada vez más cínicos y doloridos.

En todo caso, de lo que trata este conflicto al que nos asomamos, es demasiado serio para despacharlo con la mezquina y equívoca calificación de izquierda o derecha. Realmente, no creo que el presidente García sea la *Izquierda* y el novelista Vargas Llosa sea la *Derecha*. Se trata, simplemente, de dos diagnósticos y de dos recetarios diferentes para enfrentarse al profundo mal social que aqueja a la América Latina. y parece obvio que, tras un largo período de fracasos dentro del modelo de eso a lo que llaman la tradición revolucionaria latinoamericana, ya es hora de intentar otros métodos, especialmente cuando ciertas naciones distantes y distintas han comprobado su eficacia.

En Perú, pues, y quizás en toda América Latina, ha comenzado una nueva era. Ha nacido, oficialmente, una nueva manera de percibir nuestros problemas y de enfrentarlos. Y también oficialmente ha llegado a su fin la vieja fórmula de encarar nuestro desarrollo. Ojalá que el tránsito entre las viejas y las nuevas ideas pueda hacerse de una forma ordenada, pacífica y democrática. Porque, de lo contrario, la América que todos soñamos continuará aplazando la llegada de un destino más digno y decoroso.



## VII

### EL TRISTE PAPEL DEL EMPRESARIO

#### EN AMÉRICA LATINA<sup>7</sup>

Pero los pobres sin éxito en la vida que enseñan el puño a los pobres que tuvieron éxito, los trabajadores con fortuna, son locos que quieren negar a la naturaleza humana el legítimo uso

---

<sup>7</sup> Conferencia pronunciada en República Dominicana el 30 de agosto de 1984, con los auspicios del «Consejo Nacional de Hombres de Empresas» de República Dominicana.

de las facultades que vienen con ellas.

José Martí

Hace cierto tiempo, cuando los políticos demócratas norteamericanos buscaban un candidato para enfrentarlo a los republicanos, se mencionó insistentemente el nombre de Lee Iacoca, actual presidente de la compañía «Chrysler», como el mejor competidor para el sillón de Lincoln. Ya se sabe que al señor Iacoca no le interesaba el cargo, y que ni siquiera fue seriamente considerado, pero en realidad eso importa poco para los propósitos de estas reflexiones. Lo verdaderamente significativo es que se pensara en un empresario exitoso para dirigir los destinos de la nación más poderosa del mundo. Iacoca no tenía una base electoral, no tenía experiencia política, pero en los Estados Unidos, no resultaba irracional ni absurdo pensar que quien había sacado a la «Chrysler» de su peor crisis económica, también podía ser útil en la era de la economía postindustrial y en el momento en que la supremacía absoluta de la nación americana daba paso a un liderazgo menos definitivo, amenazado a medio plazo por la creatividad y la disciplina de los japoneses. En medio de una fuerte competencia, nadie mejor que un capitán de industrias para dirigir el equipo nacional. A fin de cuentas, no sólo es bueno para los Estados Unidos lo que es

bueno para la «General Motors», también a la «Chrysler» -por lo visto- se le puede aplicar el mismo principio.

### El ejemplo norteamericano

Y es que en Estados Unidos los límites entre la empresa, el Estado y el Gobierno son voluntariamente imprecisos. Más aún, a veces parece que el Estado y el Gobierno de la nación americana han sido segregados, *generados* por la actividad comercial a que el país se entrega con devoción. Es como si intuitivamente se pensara que la empresa -esa institución en la que se hace posible la vida moderna- es realmente la célula básica del tejido social, puesto que de ella depende el resto de las estructuras, incluida, en gran medida, hasta la propia y tan reverenciada familia.

Dentro de esas coordenadas, no es un hecho sorprendente que el periódico de mayor circulación en los Estados Unidos, y quizás el de mayor influencia, sea el Wall Street Journal, o que las noticias de carácter empresarial acaparen los cintillos y se apoderen de la atención de los lectores. Tampoco es extraño que en esa sociedad de empresarios y comerciantes, el triunfo o el fracaso, el *winner* y el *loser*, se identifiquen por la capacidad o la incapacidad de hacer dinero, respetando las reglas del juego, rasero obviamente extraído del código ético de los empresarios.

Es razonable, en fin, que esa sociedad, construida en tomo al comercio, suponga que quien ha dirigido con éxito la compleja estructura de una gigantesca fábrica de automóviles, pueda también manejar con habilidad los asuntos políticos del país, deducción que frecuentemente es inexacta, que a veces fracasa, pero los cientos de excepciones que pudieran oponerse a la regla no la invalidan del todo. Como principio, sigue siendo válido que la experiencia empresarial es la más estimable cualidad que debe tener un servidor público.

#### El Estado como un *holding*» de servicio

Y es que el gobierno, cualquier gobierno, el de Suiza o el de Albania, el de Alto Volta o el de Francia, por una punta es una lonja, una bolsa en la que los intereses contrapuestos se acomodan o entran en conflicto, y por la otra no es más que un gigantesco *holding* en el que predominan las empresas de servicio. Y tal vez si los servicios y los servidores entendieran la naturaleza comercial de la transacción que ambos realizan, serían más sensibles a los derechos y deberes del otro. Porque, ¿qué es un Ministerio de Sanidad sino una empresa dedicada a vender atención médica a los enfermos? He dicho vender, con toda claridad, porque esos servicios se cobran directamente al usuario, o indirectamente a través de los impuestos, pero son servicios que tienen un costo y alguien tiene que pagarlo. ¿Qué es el Ministerio de Educación sino una empresa dedicada a fabricar o acumular conocimientos que luego transmite a los estudiantes por un

precio? El precio que directamente se paga por el servicio o el que indirectamente se abona a través de la carga fiscal.

Y este análisis puede aplicarse a todas las actividades del gobierno. ¿Qué son los ejércitos y los cuerpos de seguridad, sino empresas de servicio dedicadas a mantener el orden a defender al país de enemigos potenciales? ¿Qué es un Parlamento o un Congreso sino una empresa cuyos trabajadores han sido elegidos por los usuarios para que formulen las normas que regulan las actividades de la sociedad, o para que seleccionen a los trabajadores más capaces y los pongan en la jefatura del holding de servicios? Un régimen parlamentario, cuando escoge al Ejecutivo, ¿no funciona, en última instancia, como el consejo de dirección de una empresa? Y el jefe de Estado en un sistema presidencialista, ¿es algo más que el abrumado superempresario que dirige un inmenso, variadísimo y muchas veces contradictorio *holding* de servicios?

Pero ocurre una singularísima paradoja que, en alguna medida, explica los fracasos sociales y económicos de estos holdings de servicios a los que suele llamarse gobiernos: para ocupar los cargos directivos de estas macroinstituciones no se busca a hombres con experiencia en la administración, en la ingeniería industrial, en la psicología laboral, en las finanzas, en las ventas o en la estrategia empresarial, sino que, en el mejor de los casos, se recurre a hombres que poseen la borrosa cualidad de ser «populares». Tal vez no sean capaces de formular un

presupuesto, de leer un balance de pérdidas y ganancias o de establecer mecanismos de comprobación de calidad de los servicios y productos que asignan, distribuyen o venden, pero son elegidos directa o indirectamente para posiciones en las que esos y otros muchos conocimientos y experiencias del mundo laboral resultan indispensables o -por lo menos- extraordinariamente útiles.

Pero aún: con frecuencia los políticos elegidos para trabajar en alguna «empresa» del *holding* de servicios, lejos de tener una formación intelectual adecuada, padecen alguna forma de dogmatismo ideológico que les impide percatarse de que la gestión empresarial debe adecuarse a la objetiva realidad económica. ¿Qué hace un empresario en época de bonanza? Crece y, por ejemplo, guía su actividad económica mediante una política de dirección por objetivos, porque sabe que no hay mejor sistema de management durante la época de las vacas gordas. Pero ese mismo empresario, ante una contracción de la economía, no sólo reduce gastos y decrece, sino además abandona la *dirección por objetivos* y se acoge a una política de *management* global mucho más flexible y a tenor con el temido período de vacas flacas. En cambio, ¿qué suelen hacer los políticos convencionales? Pues algo suicida: reafirmarse en sus creencias vaporosas, insistir en los lemas de partido y continuar ignorando la realidad social hasta que la catástrofe los destroza. Entonces, desorientados, explicarán sus fracasos por cualquiera de las teorías conspirativas: «la CIA, la Banca, los

sabios de Sión o el imperialismo yanqui» y este penoso espectáculo de las lamentaciones y los chivos expiatorios no es producto de la perversidad, y ni siquiera de la contumacia, sino, sencillamente, de la ignorancia. Muchos políticos y funcionarios ignoran la macro y la microeconomía. Ignoran -lo que es más grave- hasta el papel que ellos representan en el cuadro general de la sociedad. No saben que son empleados de un *holding* de servicios. No saben cómo se financia ese *holding*. No saben por qué la crisis se aproxima a ellos o los arrastra. Han sido situados para realizar tareas para las que no estaban adiestrados.

Por supuesto, la responsabilidad de esta incongruencia no es sólo suya. Toda la sociedad es culpable de este desatino, en la medida en que un segmento inmensamente mayoritario desconoce hasta los rudimentos de los mecanismos socioeconómicos. No me refiero a complicadas abstracciones teóricas -en las que ni los expertos se ponen de acuerdo-, sino a los más elementales principios de la actividad económica. ¿Cuántos ciudadanos saben lo que es un presupuesto equilibrado o deficitario? ¿Cuántos entienden los entresijos del crecimiento de la masa monetaria y los peligros de pecar por exceso o por defecto? ¿Cuántos ciudadanos, a la hora de depositar su voto, saben cómo se crea la riqueza, cómo se malgasta o cómo se destruye irremediablemente? Todavía más dramático: ¿cuántos electores logran definir lo que sus elegidos *tienen que saber* para realizar una labor aceptable? El más rudimentario empresario que existe, esto es, el ciudadano que contrata a un sirviente, lo selecciona mediante una previa

comprobación de su experiencia y sus aptitudes. A nadie se le ocurriría contratar a un cocinero por su talento para el canto, pero no es extraño que se elija a un alcalde por su *habilidad para hacer discursos*, pese a que su trabajo consiste en recoger la basura, organizar el tráfico, ordenar el comercio, distribuir agua y electricidad y un sinfín de otras actividades que nada tienen que ver con la elocuencia retórica. Acaece, lamentablemente, que -con pocas excepciones- los procesos políticos, tal y como los conocemos en la mayor parte del mundo, no se conciben como un medio de selección de las cabezas más idóneas para gobernar, sino como una ceremonia en la que los electores se guían por emociones primarias, inducidas por ciertas personalidades descollantes empeñadas en llegar a la cumbre sin una clara idea del para qué de ese esfuerzo. Los inductores son esos políticos -inteligentes, educados, magníficos declamadores- pero que no saben gobernar, y han sido seleccionados por unos electores -ilusionados, bien intencionados, buenos ciudadanos-, pero que no saben elegir.

### **La insustituible democracia**

Pudiera parecer, por cuanto llevo dicho, que estoy proponiendo alguna fórmula alterna al sistema político tradicional de partidos y elecciones, pero, antes de continuar, quiero afirmar rotundamente que la democracia representativa -esa tan denostada democracia de voto universal y secreto, de prensa y asociación libres- me parece, como a Churchill, el menos malo de todos los sistemas, y el



único capaz de asentarse sobre un principio irrefutable: debe gobernar la mayoría. Esa asepsia ideológica de las matemáticas, esa ausencia de juicios de valor es lo que legitima a la democracia, porque nunca seremos capaces de admitir sin reservas que hay hombres que tienen más derechos que otros hombres, tal y como planteaban los monárquicos hasta la Revolución francesa, o como suscriben hoy los marxistas con respecto al proletariado.

La democracia, en cambio, se limita a estipular que cinco son más que cuatro y por lo tanto cinco deben gobernar, pero además bien, porque de lo contrario mañana pueden pasar a ser cuatro. Y ésta no es la única virtud de la democracia, pero sí la más importante. Después de más de dos siglos de práctica sabemos que la democracia es un sistema lleno de imperfecciones, pero continúa siendo el más valioso, porque cualquier comunidad que se acoja a su sencilla regla de juego y la asuma como un valor compartido, siempre será capaz de encontrar la manera de resolver pacíficamente sus conflictos. La democracia no garantiza ni la prosperidad, ni la eficiencia, ni el gobierno de los mejores, pero sí constituye un método razonable para ejercer y transmitir la autoridad legítimamente, con lo cual se resuelve el problema más difícil y potencialmente sangriento que se plantea a toda sociedad compleja.

Bien. Si somos demócratas, pero a la vez creemos que la democracia ha servido con demasiada frecuencia para aupar a políticos ignorantes, o ha sido

ejercida por electores más ignorantes aún que los elegidos, el único camino que debemos transitar para perfeccionar el proceso democrático y limitar -hasta donde sea posible- la selección de personas inadecuadas para el servicio público, es el de instituir, formar e informar al pueblo de una manera sistemática, masiva, constante y persuasiva, para que los demagogos no sean escuchados, los mentirosos se vean desmentidos y los equivocados puedan corregir sus errores o paguen el precio del fracaso electoral. Hay que enseñar a elegir.

#### **El deber de los empresarios para con la democracia**

Y esa labor les corresponde, en primer lugar a los empresarios. Son los empresarios y comerciantes, por la propia naturaleza de la formación y la experiencia que poseen, quienes mejor entienden la naturaleza de las intrincadas relaciones entre gobiernos y gobernantes, entre servidores públicos y usuarios de esos servicios. Son los empresarios y comerciantes quienes mejor pueden entender los problemas económicos que afectan a un país, porque ellos mismos, a la mínima escala de sus actividades personales, los han podido experimentar en carne propia. Y ellos mismos deben transmitir sus saberes para elevar la calidad del proceso democrático.

Pero, además, deben hacerlo para defender sus legítimos intereses, porque en nuestras tierras, lamentablemente, no es una creencia compartida el axioma de que lo bueno para una gran empresa es bueno para todo el país. En nuestras

tierras, tras siglos de ignorancia y demagogia. Más bien se piensa lo contrario. Más bien se cree que lo que es bueno para una empresa, es malo para el resto del país, incluidas las otras empresas. Y quizás en la raíz de ese estúpido razonamiento exista la antiquísima superstición -increíblemente reivindicada por los marxistas- de que la riqueza está formada por bienes inelásticos, por los que luchan sin piedad los más codiciosos. La simple observación de que las naciones más poderosas del mundo son aquellas en las que las grandes masas son cada vez más prósperas, no ha servido para probar la elasticidad de la riqueza, sino para sembrar otro disparate aún más perjudicial: la afirmación de que la prosperidad de esas naciones se asienta en la explotación de otros países más débiles.

Y no podemos engañarnos: esas y otras necedades parecidas son hoy artículo de fe entre las grandes masas. Entre nosotros los empresarios y comerciantes padecen de una pésima imagen, lo que no sólo contribuye a restarle eficacia a la labor que realizan, sino además incita a la fuga de capitales, inhibe las inversiones arriesgadas y daña severamente la capacidad potencial de desarrollo que el sistema posee.

Es triste, pero una gran parte de los empresarios y comerciantes de América Latina y España han asumido inconscientemente la culpa que le han endilgado los enemigos del capitalismo. ¿Cuántos capitanes de industria se

atreven en nuestra sociedad a proclamar paladinamente que las sociedades más prósperas, tolerantes y libres del planeta son aquellas en las que el capitalismo - ya sea a la derecha, en la modalidad suiza, o a la izquierda, en la sueca- han logrado implantarse? ¿Cuántos empresarios y comerciantes de nuestros países se atreven a opinar públicamente algo tan absolutamente obvio como que lo que necesitan urgentemente nuestros pueblos es más capitalismo, más empresas, más hombres dinámicos y creativos que, en su afán por destacarse y sobresalir, tiren hacia arriba de la economía del país y de los hombres y mujeres menos impetuosos?

Pero primero hay que establecer la confianza en el sistema, y restituirles a los hombres de empresa el aprecio a sí mismos y la admiración de los demás. Porque uno de los más groseros errores en que suelen incurrir los ideólogos de la izquierda, consiste en suponer que la acumulación de dinero es la principal fuerza que mueve la voluntad de los empresarios. y esto no es cierto. Es el éxito y el reconocimiento la que primordialmente buscan los empresarios, sólo que en el mundo económico ambas cosas, con mucha frecuencia, pero no siempre, pueden expresarse objetivamente por medio del dinero. Pero el dinero, sin éxito y sin admiración, no conduce a los empresarios -ni a nadie- a ese estado de autoestimación que todo el mundo necesita para gozar de una existencia síquicamente equilibrada. y ésa es otra razón, válida y egoísta, para luchar por el respeto al mundo empresarial. No es verdad que comerciantes y empresarios

sean un segmento negativo de la población. Por el contrario: constituyen el elemento más valioso para el desarrollo económico de la sociedad, y si se lo proponen, pueden ser un factor importante en el perfeccionamiento del sistema democrático.

### **Un plan concreto de acción**

¿Qué puede hacerse, entonces, para que estas reflexiones no sean poco más que un discurso halagüeño pronunciado al oído de empresarios y comerciantes? Algo bien sencillo: desarrollar un plan de acción que consista en una sólida campaña de información sobre temas sociales, políticos y económicos, con el objetivo de perfeccionar el método democrático de gobierno mediante un aumento de la capacidad crítica de los electores, y, simultáneamente, consolidar el sistema de economía de mercado. Una campaña de información cívica que ningún partido democrático debe ver con temor, sino con satisfacción, porque el objetivo es mejorar y despejar la atmósfera política. Una campaña de información en la que los estadistas inteligentes perciban una ayuda eficaz y no un elemento hostil, porque ha sido concebida para abrirles el camino del poder a los más aptos.

Hay que enseñar, a todos los niveles, los fundamentos de las estructuras políticas y económicas. Hay que educar a las masas incultas y a las élites, también incultas, en todo aquello que ignoran y tanto perjudica que ignoren.

Digámoslo con palabras del gremio. Hay que vender con todos los recursos del *marketing* y la publicidad dos productos insoslayablemente complementarios: un método democrático eficaz porque quienes lo administran son competentes y por ello han sido elegidos, y un sistema de producción que cuente con el entusiasmo y el respaldo de la mayor parte de la sociedad.

Esos dos productos necesitan, como todo lo que circula en el mercado y se ofrecen para consumo popular, una moderna campaña publicitaria que abarque prensa escrita, radio, televisión, vallas anunciadoras, libros, folletos, charlas, conferencias y cuanto medio de comunicación sea útil para asegurar los favores permanentes del consumidor. Hay que persuadir a las masas y las elites de las bondades de estos dos productos, así como de los inconvenientes de lo que se propone como alternativa -el marxismo o el fascismo-, porque de nada vale que, corazón adentro, estas verdades sólo las conozca un pequeño grupo de desconsolados testigos del desastre. No es verdad que el buen paño hasta en el arca se vende. El buen paño es irremisiblemente ignorado o despreciado si no se anuncia con la habilidad y la insistencia debidas.

¿Y por qué los empresarios deben afrontar los cuantiosos gastos y correr los riesgos políticos que indudablemente esto acarrea? En primer lugar, porque los empresarios, como ciudadanos, tienen unas responsabilidades éticas de las que no pueden evadirse. Hay unos deberes cívicos que cumplir y es

imperdonable no hacerlo. En segundo lugar, porque sus legítimos bienes e intereses peligran desde hace décadas por la ineficacia de la gestión gubernamental, por la mala información disponible, o por la desinformación propagada por los enemigos de la democracia y de la libre empresa. Es tan razonable invertir en una campaña de este tipo como en un seguro contra incendio. Inclusive, es más predecible la destrucción de bienes y riquezas por la acción de la ignorancia o el esfuerzo de los adversarios ideológicos que por la fortuita aparición del fuego. En tercer lugar, porque impunemente, durante décadas, se han vertido contra los empresarios y comerciantes las peores injurias, y es conveniente, útil y justo darle una merecida respuesta a tanta infamia.

Es el momento, en fin, de que los empresarios pasen a la ofensiva. No hacerlo, continuar lamentándose en corrillos, insistir en las críticas privadas a la gestión pública, es una actitud más suicida que indigna. No se trata de salir a defender partidos, sino de crear las condiciones para que los partidos sean mejores, el país pueda prosperar y todos seamos capaces de mirar al futuro con ilusión y esperanza.

## VIII

### EL CUARTO PAIS LATINOAMERICANO

### EL DRAMA DE LOS HISPANOS

### EN ESTADOS UNIDOS

Al general Vernon Walters le gusta decir que Estados Unidos es el cuarto país hispanoamericano. Sólo México, Argentina y Colombia tienen más habitantes de habla española que Estados Unidos. Y tampoco falta quien agregue que estos latinoamericanos son los más prósperos de cuantos existen. De ahí que no sea



posible reflexionar sobre América Latina e ignorar esos millones de personas empeñadas en cantar salsas y boleros al norte de Río Grande.

### Quiénes son los hispanos

Los norteamericanos han hecho dos aportes emocionantes al país de los sueños: uno a finales del XVIII, cuando proclamaron, en la Declaración de Independencia, que la finalidad del Estado era la búsqueda de la felicidad, y otro, en el XIX y primer tercio del XX, cuando suscribieron, de facto, el papel de patria de todos los pobres y perseguidos del planeta. Estados Unidos prometía ser la superación palpable de esas sanguinolentas entidades conocidas por «naciones» y la tumba de la horrible pesadilla llamada «nacionalismo» (el *jingoísmo* siempre ha sido un epíteto ofensivo en Estados Unidos). Estados Unidos era la patria delta-de-aluvi6n, la suma y concreci6n de todas las patrias. Buena cosa. No debe renunciarse a la utopía. Eso lo sabemos bien los escépticos. (El escéptico funciona como si el milagro fuera posible, porque sabe que la realidad no es habitable sin la esperanza del milagro.) Por esos Estados Unidos, voluntariosamente entregados a sumar pueblos, han pasado decenas y decenas de lo que allí, sin mucha precisi6n, llaman «grupos étnicos». Ahora, en ese candelero que es el *melting-pot*, est6n los hispanos. Pronto -finales del siglo- los hispanos ser6n la primera minoría de ese país y conviene examinar a fondo la cuesti6n.

En Estados Unidos, donde lo inventan todo, se han inventado una extraña criatura a la que llaman el hispano. El hispano es pequeño, suave, peludo, y tiene los ojos como dos escarabajos negros. Sin embargo, aparentemente, el concepto «hispano», que es una entelequia metafísica, un mal concepto -hay malos conceptos, como hay malas palabras-, no emana de un arquetipo racial, sino lingüístico. Un hispano es un bípedo que procede de los países latinoamericanos de habla española. Un jamaicano no es hispano. Los jamaicanos son «caribbean». Pero no todos los «caribbean» son «caribbean» porque los habitantes de las Islas Vírgenes estadounidenses son, sencillamente, «Americanos». Black, pero Americans.

Se supone -y se supone mal- que los hispanos son latinoamericanos que han emigrado a Estados Unidos, pero en el caso de las viejas familias hispanoamericanas de Texas, Nuevo México y California, ha sucedido exactamente lo contrario. Estados Unidos ha emigrado al territorio en el que esta población llevaba siglos de asentamiento. Los extranjeros son los norteamericanos, aunque éstos sean absolutamente incapaces de comprender la irónica realidad histórica que acongoja aun buen segmento de los chicanos. ¿ Se entiende, pues, el melancólico estupor de los «Méndez» o los «González» de Los Angeles, extranjeros en su propio, borroso y borrado país, extraño Brigadoon de la dolorida memoria?

El «hispano» es un invento a la medida del «anglo», destinado a categorizar viejos prejuicios antimeridionales, de la misma manera que el «anglo» es un invento a la medida norteeuropea concebido para consagrar su condición de casta dominante. No hay ninguna razón (antropológica) que explique por qué el hijo blanco y angloparlante de un inmigrante alemán apellidado Schmidt, sea un «anglo», un verdadero American, mientras el hijo blanco y angloparlante de un uruguayo de origen catalán sea un «hispano», es decir un americano venido a menos, computado como minority por la prejuiciada IBM del establishment. ¿Por que el señor Schmidt no forma parte de una *minority*? Suecos, daneses, alemanes, holandeses, noruegos y -claro- ingleses, son «anglos». Españoles, portugueses, griegos e italianos son menos «anglos». La milenaria zanja que separaba la Europa latina de la germánica continúa latiendo en la interplanetaria civilización de los yanquis. En esa zanja han sido enterrados los «hispanos», pero, sorprendentemente, con la complicidad de los propios perjudicados.

### Los inevitables prejuicios

A fines de siglo -si los megatones la dejan- la población hispánica de los Estados Unidos habrá sobrepasado a la negra. Será, entonces, la minoría mayor, lo que también quiere decir que será la más detestada. La virulencia del prejuicio crece en relación directa al número de sujetos que lo padecen o al poder que se les supone. Con descorazonadora frialdad -como se hacen estas cosas- los sociólogos

han medido el surgimiento del prejuicio en prácticamente todas las comunidades del planeta: cuando las minorías ocupan más allá del seis por ciento del censo, de cualquier censo, «la inmensa mayoría» deja de ser silenciosa y se convierte en estridente. Grita y se queja: ridiculiza, se burla, desprecia, ataca. Es así. Duele, pero es así. Ser parte de una minoría es ser diferente, y ante la gente diferente, todos -incluido usted, azorado lector, y yo-nos sentimos en peligro y reaccionamos con cierta cautela, o sea, con una educada forma de hospitalidad. Probablemente, el prejuicio es uno de los rasgos que comparten las mil ochocientas sociedades documentalmente estudiadas por los antropólogos. El diferente es siempre, en cierta forma, un enemigo. El igual es un cómplice. De ahí que prejuicio y nacionalismo no sean otra cosa que las dos puntas repugnantes del mismo lamentable fenómeno.

Bien. Queda apuntado el probable origen científico del prejuicio, pero «entenderlo» no significa mitigarlo. Saber que el «anglo» que desprecia tal vez actúa por designios de sus cromosomas no atenúa el malestar del hispano despreciado. No lo atenúa, es cierto, pero acaso lo enfrente crudamente con su problema: en la medida que sea diferente sufrirá la hostilidad del prejuicio. La idea platónica del hispano, el arquetipo metafísico que circula en la cultura anglo-yanqui, perfila aun sujeto torpe, grasiento, vago, alcohólico, gritón, agresivo, peligroso, rudo, lascivo, navajero, machista, y -para colmo- pequeño. No importa que Miguel González, de Miami, sea sutil, brillante y delicado; no

importa que el *newyoricán* -puertorriqueño de Nueva York- Villegas sea un artista estupendo, un ser humano tierno y generoso; no importa que el chicano Vargas sea un ciudadano virtuoso; el *spik* arquetípico no tiene nada que ver con la gente de carne y hueso. El «anglo» prejuiciado puede conocer a diez, a cien, a mil hispanos estupendos, pero cada uno de ellos, aunque sean todos los que conozca, serán excepciones a una regla malvada y acientífica que flota en el éter cultural y que no necesita ser comprobada por la evidencia.

¿Cómo solucionar, pues, este problema? Yo no tengo la menor idea de cómo puede solucionarse satisfactoriamente, pero sí creo que el camino emprendido -la consolidación de los guetos hispanos- es el peor de cuantos se hallan disponibles. Hay otras opciones al alcance de «hispanos» y «anglos», tal vez menos gratificantes en una primera instancia, pero probablemente más sanas a largo plazo.

#### Sumergirse en el «melting-pot»

No estoy completamente seguro de las intenciones de Emma Lazarus cuando escribió: «Dadme a los cansados, los pobres, a las masas angustiadas que desean respirar libres (...)/Mandadme aquéllos, los sin hogar, los arrojados a la tempestad/». Pero me parece razonable suponer que quienes inscribieron esos versos al pie de la Estatua de la Libertad no extendían la invitación para que los inmigrantes constituyeran guetos de americanos «diferentes», sino para engrosar el perfil de un nuevo tipo de ciudadano, síntesis y resumen de Europa, gestado

en la marea inmigratoria que cubrió a los Estados Unidos durante el siglo XIX y primer cuarto del XX.

En todo caso el «problema de los hispanos» puede plantearse casi como una secuencia de axiomas lógicos: los hispanos son despreciados por ser diferentes; ese desprecio no se dirige hacia los individuos conocidos, sino hacia el grupo, como una especie de invisible sambenito; probablemente, si desapareciera el grupo también desaparecería el prejuicio. Si este elemental razonamiento es cierto, lo prudente es intentar evadirse de los guetos hispanos y dispersarse silenciosamente en el mundo de los anglos, aunque sea extraño y gris. El señor González, que vive en Montana, donde apenas hay hispanos, es apreciado o despreciado de acuerdo con su comportamiento; pero el señor González, de Texas, asume *a priori* que será juzgado como un elemento deleznable. Ahí radica la desazón dolorosa de la víctima del prejuicio: en que vive en guardia, crispado, siempre a la espera de cualquier síntoma de rechazo. Se sabe despreciado y, en cierto modo, asume los valores del despreciador. Esto se hace patente ante la vergüenza ajena que siente el despreciado cuando alguien de su grupo, en presencia del despreciador, se comporta de manera poco convencional. O sea, que el hispano, por ser diferente, debe elegir entre dos dolorosas formas de vivir: la inmersión, como un extranjero más, en el mundo ajeno de los anglos, o el autoextrañamiento dentro de las invisibles murallas del gueto y la constitución de una especie subsidiaria de ciudadano. En el primer mundo, los adultos sufren

un largo ya veces no logrado período de adaptación al hábitat de los «anglos», pero la segunda generación logra despojarse, casi totalmente, de esas diferencias marginadoras. La segunda generación que habla inglés sin acento, que gesticula sin acento, que viste, ríe, ama y llora sin acento, se hace yanqui. Tal vez, por insegura, se hace más yanqui que ninguna otra generación. En cambio, en el otro universo, en el gueto, las diferencias consiguen perpetuarse, pero el adulto, envuelto en una atmósfera propia, no suele percatarse. El niño del gueto, no obstante, sufre con mayor rigor la incómoda marginalidad de su mundo «diferente». No domina el inglés exactamente como un anglo, no habla, no cree, no piensa como un anglo, pero tampoco es un mexicano, un puertorriqueño, un dominicano, o un cubano. Ya es un hispano, y ser un hispano es una forma de no pertenecer al origen de los padres, pero sin enrolarse en la corriente central del país que lo vio nacer. Ser un hispano es convertirse en un frágil blanco de todos los prejuicios.

Si lo que apunto es cierto, el peor camino para situar a los hispanos en el nivel económico y social de los anglos es el de fortalecer los guetos. Todo cuanto contribuye a reforzar las diferencias, contribuye, en la práctica, a prolongar las desdichas de los hispanos. Irónicamente, todo el caudal económico que el Gobierno norteamericano invierta en mejorar las condiciones de los hispanos *dentro de los guetos*, sólo servirá, a la postre, para prorrogar el íntimo y sustancial problema de los hispanos, que son percibidos por los anglos, por la corriente

central y mayoritaria de la cultura en que viven, como seres diferentes. Inferiores y diferentes. No se trata, solamente, de que los hispanos tengan menos educación que los anglos, o de que ganen menos, o de que vivan, mayoritariamente, en barrios pobres. Esos problemas también los tienen unos cuantos millones de norteamericanos anglos, pobres, y poco instruidos. El problema crucial de la minoría hispana es saberse (o creerse) parte de una comunidad detestada y actuar siempre desde ese doloroso presupuesto. Es un problema psicológico con consecuencias económicas y no al revés, como pretenden muchos de los líderes de la comunidad hispana. El problema no se acaba, como han podido comprobar los prósperos cubanos, cuando el gueto tiene aire acondicionado. El problema sólo se acaba cuando los diferentes dejan de serlo y esa adulterada hispanidad se disuelve en el viejo y desacreditado *melting-pot*.

No puedo evitar que estas reflexiones choquen contra la corriente romántica que pretende educar a los anglos en el grito heroico de *Hispanic is beautiful*. Sé que el problema es anglo. Es decir, de los prejuicios de esa mayoría, y sé que proponerle a la víctima la aceptación de los planteamientos de su victimario no es una grata recomendación, pero no me gusta darme cabezazos contra la pared. Cuando todos los hispanos del gueto -que nunca ocurrirá- sean profesionales, ricos, educados, altos y atléticos, los anglos seguirán pensando que son *spiks*, porque los seguirán percibiendo como diferentes. Los prejuicios no se



hacen de reflexiones lógicas, sino de oscuros impulsos difícilmente, muy difícilmente desterrables.

**La verdadera -solución final.**

Estos papeles bien pudieron llamarse «propuesta para acabar con el problema de los hispanos en los Estados Unidos» como homenaje a la deliciosa «propuesta para acabar con el hambre en Irlanda» de mi querido Swift, porque al fin y a la postre me parece que la menos mala de las soluciones es que los anglos, lentamente, se coman a los hispanos, pero no exactamente como Swift proponía a los ingleses con respecto a los irlandeses, con cuchillo y tenedor, sino que los devoren culturalmente. Que los integren dentro de la sociedad de los anglos. Lo menos malo, lo menos doloroso ante la absoluta imposibilidad de alterar la escala de valores de los anglos, y ante la absoluta imposibilidad de ignorarla, es fundir la parte débil y sufriente del problema, los hispanos, porque ese concepto sólo sirve para cobijar un monstruoso prejuicio.

El dinero “federal» que Washington otorga para el mejoramiento de las reservas» hispanas, debería emplearse en estimular la voluntaria relocalización de los hispanos en las áreas de anglos. En becar a los jóvenes, adiestrar a los mayores y dispersarlos en el mundo anglo. Lo inteligente no es ponerles tejas nuevas a los edificios de «El Barrio» puertorriqueño de Nueva York, sino regar voluntariamente a esos puertorriqueños en las zonas no hispanas. Lo inteligente

es crear un gigantesco *busing* cultural que rompa los guetos, mediante estímulos económicos, y provoque el éxodo hispano hacia territorio anglo.

Las diferencias sólo se acaban con el mestizaje y la hibridación. Se acaban propiciando que el señor Pérez y la señorita Smith, o viceversa, compartan la alcoba, el idioma y la planilla de impuestos. Puede ser muy tierno recordar los valores y las costumbres de los hispanos, pero puede ser suicida, emocionalmente suicida, tratar de reproducirlos en un rincón marginal del mundo anglo. La sociedad norteamericana está compuesta por una corriente central, la «anglo», y por decenas de afluentes subsidiarios. Lo hispano no es más que un afluente despreciado por la corriente central. Eso es así, aunque clame al cielo y aunque a todos nos duela en el alma.

Es esa corriente central la que dirige a la nación americana. Es ésa la que produce políticos, generales, científicos, artistas, creadores, empresarios, astronautas. Fuera de ella, y gracias a ella, sólo hay folklore, «color local» que dicen las agencias de turismo cuando venden, en el package deal turístico, dos noches en la wonderful Little Havana o en el Latin Quarter de Louisiana. Quedarse en el gueto es renunciar a participar en la dirección de la sociedad en que se vive. Si el puertorriqueño Horacio Rivera se queda en «El Barrio» jamás hubiera comandado la flota yanqui en el Mediterráneo. Si el cubano Roberto Goizueta hubiera permanecido aferrado a Miami, hoy no sería el presidente de la «Coca-Cola». Los sueños, las grandes oportunidades, lo que queda del American

dream, discurren por el ancho y caudaloso torrente «anglo». Sin duda, tomar este camino significa la liquidación de la entidad conocida (y repudiada) como «los hispanos», pero creo que salvaría individualmente al hispano Pedro o al hispano Juan, gente de adolorida carne y apaleado hueso. Personalmente, me importa mucho más el destino de un bípedo con nombre y apellido que el de una entelequia metafísica.

Sin embargo, humildemente reconozco que en los guetos hispanos estas reflexiones tendrán menos aliados que detractores. Es difícil que un «líder comunitario» convoque a la disolución de su comunidad, y eso es exactamente lo que me parece menos malo. Un líder comunitario que suscriba esta hipótesis pediría dinero a Washington para perfeccionar el inglés de los hispanos, y no para educarlos en español. Un líder comunitario de este credo, buscaría sembrar de empresas «anglo» el corazón del gueto, mientras alentaría el éxodo de sus electores hacia territorios adversarios. Un líder comunitario que así pensara, sencillamente, no tendría la menor posibilidad de hacer oír su voz y no sería un líder comunitario.

Es difícilísimo, pues, que las soluciones surjan de las instituciones del sistema. Me temo que el hispano que suscriba estos criterios tendrá que actuar solo, por su cuenta, como se hace cuando resuena el fatídico «sálvese quien pueda». Es cosa de liar el morral, congregar a la familia y marchar, con el corazón apretado, rumbo a los restos humeantes del *melting-pot*. Es cosa de

internarse, de una vez, en un mundo ajeno, pero ancho. Es cosa de elegir entre la soledad y la frustración.

## IX

### EL IMPACTO DE LA TÉCNICA EN LA GEOPOLÍTICA

#### Técnica y geopolítica

La condición dinámica del modo que tienen los hombres de asociarse -esto es, «la historia»- ha intrigado desde siempre a los que la consignan. Para Hornero, que fue un poeta de la historiografía, los dioses del Olimpo tejían el cañamazo del acontecer humano de acuerdo con sus filias y sus fobias. Había dioses biliosos capaces de las peores venganzas; otros, amorosos, se apasionaban con las vulnerables criaturas que gesticulaban aparatosamente desde su terrible pequeñez. De cualquier forma -Dios bilioso o Dios cordial- la historia se movía,

esto es, los hombres actuaban en las dimensiones de espacio y tiempo en virtud de los tirones que los dioses daban a los hilos invisibles que ataban a los mortales. No era determinismo histórico -en el sentido exacto- porque el destino del hombre no estaba prefijado; tampoco era libre albedrío, porque la historia no surgía de la voluntad de los dioses. A fin de cuentas, Homero tenía, desde su terror cósmico, desde su mundo poblado de dioses, una interpretación que se convertía en método, para explicarse él y para explicar a su viejo pueblo los hitos de la aventura humana. Los dioses «hacían» la historia como omnipotentes dramaturgos, los hombres la representaban como humildes actores.

El ejemplo del legendario ciego se hizo una constante en la narración de los hechos, es decir, desde las crónicas desordenadas de los escribas hebreos, hasta la moderna y exigente historiografía, el hecho histórico aparece consignado desde un método cualquiera. Para Plutarco o Suetonio la historia era la labor de hombres prominentes; para Hegel, el resultado inexorable de una mecánica de fuerzas opuestas que se resolvían en un compromiso híbrido; para Carlos Marx era lo que Hegel decía, sólo que las fuerzas antagónicas en presencia eran esencialmente de signo económico. Marx bautizó su dogma con el nombre inofensivo de «materialismo dialéctico».

Ortega, nuestro más ilustre pensador hispánico, apuntó una especie de interpretación bélica de la historia. Croce, Freud, Huizinga, Petersen, Fromm,

Spengler, Toynbee y todos los que de una forma u otra se han ocupado del asunto lo han hecho, repetimos, desde una formulación, desde un método cualquiera. Una vez aceptada la pluralidad de los métodos de análisis, se hace evidente la endeblez de casi todos: no es posible que los dioses de Homero, los héroes de Plutarco, los factores económicos de Marx o la industria guerrera de Ortega sean a la vez los catalizadores del proceso histórico. La lógica más rudimentaria niega que todos esos aspectos en que el hombre gravita, o que gravitan sobre el hombre, puedan ser, al mismo tiempo, «la causa» que conforma al mundo de una manera u otra. Pero hay razones válidas para concederles a todos un ápice de verdad. Hegel, Marx o Croce podrían sin dificultades convencer a la audiencia de la legitimidad de sus razonamientos. Por lo que, como hipótesis de trabajo, como herramienta de meditación, pudiera plantearse lo siguiente: siendo la historia una realidad mutable, dinámica, siempre distinta, cualquier método de investigación, cualquier causa que se dé como motor, como impulsora de modificaciones, como articuladora de procesos inmediatos, tendrá sólo validez parcial, es decir, momentánea. En otras palabras: la historia puede ser impulsada, primariamente, por una causa que acaso mañana pierda su valor. La causa, como combustible que es, a fin de cuentas se agota. Esto hace la labor del historiador mucho más difícil, pero mucho más congruente: a cada instante, cuando quiera asomarse a la vida para narrarla, habrá de atalayarse en una nueva torre.

## La técnica como partera de la historia

Hemos visto, un tanto gráficamente, el acontecer humano como la cápsula que viaja impulsada por un cohete ora divino, ora económico, ora guerrero. No sería, pues, descabellado proponer la siguiente hipótesis: la historia nuestra hoy, nuestros grandes hechos, nuestra geopolítica, especialmente nuestra geopolítica, estarán impulsados por el mito-fetiché de la técnica. Más adelante me referiré concretamente a este fenómeno y a los cambios que ocurrirán en las fronteras políticas del mundo. Ahora se impone, por devoción al orden, hacer un paréntesis para dejar en claro eso que se llama «técnica».

El hombre, como todo mamífero, es curioso: explorar lo desconocido es para él un imperativo. Al mismo tiempo -y esto es cosa muy vieja en antropología-, el hombre carece de adaptación natural al medio en que se mueve. Su adaptación -al frío, al calor, a la montaña, al desierto, al pantano, a la ciudad o a la Luna- es siempre artificial. No está dotado por la naturaleza para un medio específico. Somos, digámoslo con humildad, infinitamente más imperfectos que la mosca casera o que la sardina. Una criatura como nosotros, condenada al adiestramiento perenne para enfrentar con éxito la empresa de vivir, tiene, por fuerza, que estar inconforme con el medio en que vive y con los instrumentos que utiliza para garantizar su supervivencia. De ahí que a la curiosidad que le da

su condición de mamífero, haya que sumarle la inconformidad que brota de su congénita inadaptación, de su casi total carencia de instintos.

Pues bien, nos hallamos frente a un bípedo curioso e inconforme. La inconformidad le va a llevar a una incesante e infatigable modificación del medio que habita. Querrá cambiarlo porque no está satisfecho. Como hombre sólo se realiza en la cultura; pero como criatura la cultura siempre le resulta incómoda. Midas extraño, todo lo toca para convertirlo en otra cosa: hoy la columna es retorcida, mañana será recta. Hoy el arco se alarga aristocrático, mañana se achatará democrático. Quizá sea más obvio, más claro, si utilizo como ejemplo una manifestación modesta de la historia, una manifestación a la cual el historiador, injustamente, rechaza: me refiero a la moda. La falda era ayer corta y ya amenaza con volver a crecer. Nuestras corbatas, ayer desnutridas, pronto comenzarán a abrigarnos. La elasticidad de la falda y el robustecimiento de nuestras corbatas responden a nuestra inconformidad universal, genérica. La moda es una humildísima expresión de esa inconformidad. Si un día el hombre, por un castigo terrible, amaneciera conforme con su mundo, es fácil predecir lo que ocurriría: la falda se congelaría para siempre; la corbata sería la misma por los siglos de los siglos. Por eso hablaba de un castigo divino. Pero Dios no hará tal cosa. Entre sus atributos está el de la omnicuriosidad. Confiamos en que le será más interesante el hombre inconforme que cambia su hábitat a cada instante, que el hombre-abeja, monótono repetidor de conclusas formas de vida.



Curiosidad e inconformidad se mezclan para cambiar al mundo, pero para ello necesitan una herramienta. Esa herramienta es la técnica. La técnica es el modo de cambiar la realidad; la manera que tienen los hombres de modificar el contorno de las cosas. La técnica es al mundo como el cincel a la escultura. El escultor es un hombre inconforme, el cincel es la herramienta de su técnica, la piedra convertida en escultura, el resultado inmediato de esa técnica.

Recapitulemos. Primero: La historia, en cualquiera de sus hitos importantes, se precipita por distintas causas. No puede haber una causa perennemente válida. El historiador está condenado a buscar nuevos métodos de aproximación a las nuevas causas que vaya descubriendo. Segundo: El mito-fetichismo de la técnica es el primer motor de nuestro momento actual. Tercero: La radical inconformidad del hombre y su deseo de modificar al mundo encuentran su única vía de expresión a través del dominio de la técnica. Veamos el mágico mito-fetichismo de la técnica en nuestra historia y su poder catalizador. Es decir, su capacidad para desatar procesos, especialmente en la esfera geopolítica.

Los imperios, desde que se tiene noticias, se medían por la cantidad de terreno que controlaban, por el número de habitantes que lograban agrupar bajo sus fronteras y -claro- por las riquezas que esto significaba. Alejandro lanzó a sus tropas por medio mundo creyéndose él un elegido de los dioses y suponiendo que a Macedonia correspondería la gloria de su hazaña. Su prestigio y el de su

pueblo iban apostados en la aventura. Repitamos despacio la palabra mágica: *pres-ti-gio*. Detrás de cada imperio, esas tres sílabas se eternizan.

Los hombres con vocación de historia quieren obtener prestigio y la llave de ese prestigio era la creación de un imperio. Un imperio horizontal que sumara extensiones de tierra y cantidades de hombres. En el fondo se trata -como casi siempre ocurre- de un problema de valores, es decir, de un problema de relaciones jerárquicas entre las cosas, arbitrariamente decidido por los hombres. Los hombres, en algún momento, entendieron que había grupos con derechos sobre otros hombres, y que la demostración palpable de esa superioridad sólo era posible mediante la subyugación de esos hombres. El prestigio del ganador surgía con la propia victoria. Todas las sutilezas vertidas para justificar la erección de imperios sólo sirven para ocultar la naturaleza sencilla de la vocación imperial, de la búsqueda de prestigio mediante la conquista.

En rigor, casi nunca la remuneración económica justifica la empresa imperial. España más bien se agotó en la conquista y colonización de América. Canovas del Castillo, aquel político astuto que hizo posible la restauración borbónica en España, llegó a gritar, enronquecido, que España perdería en la defensa de Cuba hasta el último hombre y hasta la última peseta. El mito del prestigio dio a España un revés que le costó su sitio de potencia de primer orden. Un ejemplo más claro: ¿qué impulsa la voracidad imperial de la Unión

Soviética? ¿Acaso, como ellos proclaman, «la solidaridad proletaria internacional»? Sin duda que no: detrás de los camaradas hay una fuerza mucho más formidable: la Santa Madre Rusia. La vocación de imperio que alimentaron Pedro I y Catalina la Grande. Lo demás son vanos pretextos. Si esto no fuera cierto, el cisma chinosoviético no existiría.

Pero algo ha comenzado a cambiar. Acaso por vez primera en milenios, el hombre comienza a revisar el rasero con que se mide el prestigio de los imperios. Tal vez el hombre ha comenzado a medir su imperio verticalmente, hacia arriba, olvidando el territorio que tiene a sus plantas y los hombres que lo habitan. Acaso hoy el prestigio, la gloria -y éste es el núcleo central de estas reflexiones- se mida por el dominio de la técnica que posean las naciones. Asistimos al nacimiento de un portentoso fetiche.

Expliquémonos: en cuatro, cinco o seis mil años -ya no se sabe- el hombre fue dominando una cierta cantidad de técnica. Es decir, fue atesorando una cantidad de conocimientos que le permitían cambiar las condiciones de su mundo. Hasta hace muy poco la suma de estas técnicas eran abarcables en un par de generaciones por cualquier pueblo que se lo propusiera. Japón, en el curso de treinta años, saltó de la Edad Media al siglo XX. En 1867 Japón dormía su sueño feudal entre lotos y naranjos olorosos. En 1905 era una potencia de primer orden que le arrebató a los rusos y a los chinos porciones de sus territorios. Los

Estados Unidos echaron a andar más o menos a mediados del siglo XIX. Antes, como potencia, la nación era una broma. Kemal Ataturk, con el látigo en la mano, metió a Turquía en el siglo XX. La evidencia me parece irrefutable: la técnica, la capacidad de cambiar el mundo, era accesible a cualquier pueblo. Pero en este siglo nuestro, en este apasionante siglo nuestro donde cada día parece sacado de la más desquiciada fantasía, se desbocó la habilidad del hombre para modificar las cosas. El hombre se elevó a las alturas, descendió a los mares, lanzó su imagen a volar, y poco a poco se fue abriendo una brecha técnica entre las naciones. Un *technical gap* como diríamos en la jerga vigente. En 1945 un hongo atómico dividió la humanidad entre los que habían embridado el átomo y los que sólo sabían que hasta Hiroshima había sido una partícula indivisible. La Era Atómica surgía. Pero también surgían simultáneamente la Era Electrónica, la Era Espacial y la Era Genética. Esta última probablemente será la que ocupará la imaginación popular en los próximos años.

Ahora parece más clara la afirmación anterior. El caballo de la técnica se desbocó y sólo dos jinetes son capaces de montarlo: los Estados Unidos y Rusia, aunque seguidos de muy cerca por Japón y Europa Occidental. De manera que los dos colosos, solos en el terreno, luchan por conquistar la supremacía planetaria. Pugnan por ser, por otros medios, la Roma del mundo moderno. Pero lo que les hace parecidos, esto es, el dominio de la técnica, los lleva a competir en ese ámbito y altera las reglas de valoración. La primera batalla sin armas que

registra la historia fue la carrera a la Luna. En esta incruenta contienda se puso de manifiesto que el prestigio del imperio ya no se medía en pulgadas de tierra o en número de subordinados. La grandeza de las naciones comienza a medirse hacia arriba, verticalmente. Los generales heroicos son sustituidos por los científicos y por los investigadores. Es probable que el dominio de la técnica sea un fetiche impalpable, pero no menos que la noción de imperio horizontal. El hecho de que un ciudadano norteamericano se sienta satisfecho y complacido de los logros técnicos de su país, o que un portugués blasone de los restos del Imperio lusitano, no es otra cosa que un mero condicionamiento psicológico, total y absolutamente arbitrario. En puridad, un humilde súbdito de Ecuador, aun desde su país inédito para la cultura occidental, tiene intrínsecamente el mismo valor, aunque la magia de los mitos-fetiche a veces lo oculte. Imperio horizontal o imperio vertical, da lo mismo. Afortunadamente, el de hoy resulta infinitamente más beneficioso para el género humano. Estamos encadenados sin soslayo al poder de su taumaturgia.

Desde una valoración subjetiva del prestigio a otra nueva no se puede ir en un instante. Hay un período de transición, es decir, de confusión. En la década del 60 vimos al unísono dos manifestaciones distintas de la lucha por el «prestigio». Con el viejo estilo cesáreo, Rusia mandaba sus tanques a poner orden en el barracón checo; pero con el nuevo estilo, se embarcaba en la carrera a la Luna. Por supuesto que Rusia y Estados Unidos, es decir, sus gobernantes y sus

pueblos, no están conscientes del cambio que ocurre. Les falta perspectiva. Los políticos se están moviendo hacia posiciones cruciales, en ambos bandos, sin poder descifrar a ciencia cierta el signo del cambio.

En los Estados Unidos el desplazamiento se llama «neoaislacionismo». Es decir, la noción de que la capacidad técnica del pueblo americano lo hará una cosa distinta al resto del mundo, tiene su contrapartida en política. Se meterán en su carapacho a vivir en su mundo diferente a los otros mundos que le rodean. Eso y no otra cosa es el neoaislacionismo.

La consecuencia probable será la siguiente: los comunistas, si quieren, podrán tomar el «tercer mundo» completo. Todo el sudeste de Asia, que hoy cuesta tantas vidas, la India, el Medio Oriente menos Israel y acaso el Líbano, y América negra. En América los países que no se dispongan a resistir podrán ser pasto del comunismo. En realidad menos Europa Occidental, Japón, Australia y las naciones que tengan valor para resistir, el resto no les será disputado a los comunistas. La conclusión de los neoaislacionistas es la siguiente: *no vale la pena*.

Pero ahora viene la segunda parte: los rusos, si son sensatos, no se lanzarán sobre el Tercer Mundo. Si lo hacen cancelan toda esperanza de permanecer como contrincantes a la altura de los Estados Unidos. Si la aventura cubana les cuesta miles de millones de dólares, ¿qué les costaría la haitiana, la boliviana o la hindú? Rusia no tiene oxígeno para eso. Además, el factor subjetivo del prestigio

desaparecerá. El prestigio no será más una consecuencia de la conquista. La diferencia en el dominio de la técnica entre un nicaragüense y un norteamericano, entre Nicaragua y Estados Unidos, será mucho mayor que la que hoy existe entre un nicaragüense y un papúa de Nueva Guinea. ¿Significa algo para Rusia conquistar a los papúas? Esa misma pregunta se harán los rusos con respecto a los paraguayos o a los sirios. Sin duda significa algo: desangrarse sin objeto en la búsqueda de un objetivo que hoy se alcanza por otros medios.

Resumiendo: en nuestros días los imperios comienzan a medirse verticalmente, es decir, por la cantidad y calidad de la técnica que dominen, por su poder para transformar las cosas. Una prueba irrefutable fue la carrera espacial. Como consecuencia de esta nueva valoración surge en los Estados Unidos el «neoaislacionismo» y dará lugar a un abandono más o menos enmascarado de tradicionales zonas de influencia norteamericana. Los soviéticos tienen dos caminos: si se percatan de las reglas del nuevo juego no se lanzarán sobre los territorios abandonados y continuarán la construcción de ese primer mundo que anuncia el dominio de la técnica. Es en ese terreno donde hoy las naciones se cubren de gloria. Si su torpeza les oculta lo que les ocurriría, si el dogma marxista-leninista no les deja libertad de acción y se apoderan del Tercer Mundo, en la empresa fabulosa de imponer la estructura soviética perderán definitivamente la carrera, convirtiéndose en una potencia de inferior categoría.

## EPILOGO

### ¿TIENE ARREGLO AMÉRICA LATINA?

No es cierto que la democracia, como sistema, esté a punto de consolidarse en todo el continente, con la excepción de Cuba, Paraguay, Chile y Nicaragua. La democracia en América Latina no suele ser otra cosa que un azorado paréntesis, muy breve para dejar herencia y muy tenue para imprimir carácter. Sólo que ahora estamos en uno de esos períodos de espejismo y vanas esperanzas.

Y esa maldición, este autoritarismo que no cesa, no es el producto de las crisis ni del bajo per cápita (ya ninguna persona sensata se atreve a hablar del umbral-democrático-de-los-dos-mil-dólares) sino es la consecuencia directa de una peculiar mentalidad social que rechaza el diálogo, que no cree en las virtudes de la persuasión ni en los valores morales sobre los que se fundamentan



las sociedades democráticas. La democracia, claro, no deviene mágicamente de unas leyes benévolas, sino es el resultado de un cierto talante compartido por la mayoría de los miembros de una comunidad cualquiera.

Si la crisis trajera las dictaduras y la bonanza las alejara, hubiera ocurrido a la inversa: entre 1959 y 1979 la América Latina vivió el más largo e intenso período de prosperidad que recuerda su historia, lo que no impidió que las tres cuartas partes del continente estuvieran gobernadas a palo y tentetieso. Sin embargo, tan pronto comenzaron a declinar de forma alarmante los indicadores económicos, se abrieron las urnas y se convocó a los parlamentos.

No. No es eso. Como tampoco es culpable el manido imperialismo yanqui. En el XIX, cuando los gringos eran una sombra lejana, ya América Latina había conocido la bota de cien caudillos bárbaros. Es al revés: si los yanquis han podido inmiscuirse en los asuntos latinoamericanos, ha sido, precisamente, por la debilidad de las instituciones democráticas al sur de Río Grande. Más paradójico y doloroso aún: el único trozo latinoamericano directamente controlado por Washington -Puerto Rico- es el único territorio de habla hispana que no ha conocido dictadura a lo largo del siglo XX.

También es una curiosa superstición atribuirles a los conservadores republicanos la mala influencia antidemocrática. Fue en época del republicano Eisenhower cuando cayeron Pérez Jiménez, Batista y Rojas Pinilla. Y, por el

contrario, fue durante el mandato de Roosevelt cuando se consolidaron Trujillo, Batista y Somoza. Ha sido durante la presidencia de Reagan cuando las dictaduras latinoamericanas de esta etapa han comenzado a desplomarse, y en todos los casos la cancillería norteamericana ha apostado por la democracia y el antimilitarismo, incluido Chile, pese a las apariencias, donde el embajador norteamericano es la bestia negra de Pinochet, circunstancia que ha estado a punto de costarle el placet.

Ojalá todo fuera tan sencillo como suponen quienes explican la historia de América Latina con el espantajo norteamericano o con un manual de economía debajo del brazo, sin advertir que no hay dato estadístico que refleje la devoción popular por los hombres fuertes y la entrega apasionada a los caudillos. Todos, todos los tiranos latinoamericanos -por lo menos en sus comienzos- han tenido el aplauso de unos pueblos que confían más en la llegada del Mesías salvador que en las desprestigiadas instituciones democráticas. Desde Juan Vicente Gómez hasta Stroessner y Fidel Castro -decanos del autoritarismo en estos miserables tiempos que corren- no ha habido un dictador que no alcanzara el poder en olor de multitudes. Y esta triste verdad no excluye ni a Videla, ni a Pinochet, y ni siquiera a los hermanos Ortega, hombres absolutamente huérfanos de carisma.

¿Por qué esa actitud latinoamericana? ¿La herencia hispanoárabe? ¿La tradición indígena, rígida y teocrática? ¿La voz antigua de Africa? ¿Todo eso junto, mezclado en un modelo de conducta autoritaria que se transmite de

padres a hijos, como si fuera una maldita carga genética? Pero más importante que intentar averiguar el origen de esta actitud es preguntarse cómo erradicarla. ¿Cómo se puede romper esta nefasta urgencia de tiranos y ese secular desprecio por las soluciones tramitadas en las urnas, por el diálogo civilizado y por el arte de saber negociar posiciones sin romper la baraja? A principios de siglo el uruguayo Vaz Ferreira, en una prosa limpia y elegante, preconizaba la instrucción como antídoto contra las tentaciones totalitarias. Eso es más bien dudoso, Como se comprobó en la Alemania de Hitler, o como en su propia carne, hasta hace pocas fechas, padeció el culto Uruguay.

No se es más «demócrata» porque se tengan más conocimientos, a menos que el aprendizaje también incluya un repertorio de actitudes: si no se enseña responsabilidad, disciplina, tolerancia, respeto a la ley y reverencia a las instituciones y a la tradición, de poco valdrá conocer la lista de los reyes incas o poder descifrar la física avanzada. Pero, ¿quién puede enseñar estas actitudes, si los propios maestros no las poseen, si los padres, en un número grande, carecen de ellas, y si los partidos políticos y los grupos de acción social jamás se plantean que el mal, como las procesiones, va por dentro?

Ciento cincuenta años después de haber ensayado todas las modalidades revolucionarias, después de haber tomado todos los cuarteles de invierno, verano, otoño y primavera, después de medio centenar de reformas tan estériles

como populares, los latinoamericanos no acaban de percatarse de que la única revolución que puede llevar la paz a ese torturado continente es la que modifique las actitudes de su gente. Todo lo demás es inútil.

## II

Por supuesto, para que arraigue en la América Latina esta tan necesitada como ignorada revolución, se requeriría otra enérgica manipulación de la mentalidad social del hombre de aquellos países. Porque ni siquiera bastaría con un cambio de actitudes: es indispensable una reconciliación entre el latinoamericano y su modelo de sociedad. Hay que repensar el Estado y examinar a fondo los lazos que con él se mantienen. Ortega y Gasset se refería a España como país *invertido*. Los latinoamericanos, lamentablemente, pueden reclamar un grado mayor de atomización y la falta aún más severa de un proyecto nacional común.

Probablemente, la desmoralización y el desaliento comenzaron poco tiempo después de la ruptura con España, cuando las guerras civiles encharcaron en sangre a medio continente. O tal vez algunos síntomas de insolidaridad ya existían antes de la Independencia, pero, en todo caso, el más grave rasgo de América Latina es la fragmentación de sus sociedades en elementos hostiles que se enfrentan hasta la aniquilación o la parálisis. Esos estudiantes permanentemente insurgidos contra el sistema, esos obreros enemigos del capital, ese capital de espaldas a las necesidades de los obreros, esos ejércitos y

policías concebidos como tropas de ocupación contra sus propios pueblos, ese todos contra todos, no puede engendrar otra cosa que inestabilidad y falta de fe en el futuro colectivo. ¿Cómo extrañarse de que la deshonestidad, las «comisiones» y la mordida sean descaradamente visibles? Y no es que esas lacras no existan en todas las sociedades, sino que en América Latina se aceptan sin ninguna clase de sanción moral. Esos países están llenos de notorios ladrones a quienes nadie niega el saludo y ni siquiera la autoridad para continuar ejerciendo sus cargos públicos.

Y no es que la corrupción sea el peor de los males -la ineficacia, por ejemplo, es mucho más grave y costosa-, sino es que esa podredumbre moral y esa complaciente actitud de los robados ante los que roban, pone de manifiesto que a la mayor parte de la sociedad le tiene sin cuidado el bien común. Más grave aún: no hay noción del bien común. Por eso no existe capacidad de indignación ante las fechorías de los hombres públicos. Robar al Estado no es robar a cada uno de los ciudadanos, porque no hay realmente noción de Estado cuando el ciudadano es incapaz de reconocerse a sí mismo como parte de la colectividad nacional. Cuando esto ocurre, la ley no le concierne ni cuando él la viola ni cuando la violan los demás, porque la «nación» se reduce al perímetro de la familia ya unos cuantos amigos, cuyos destinos sí le son emocionalmente vinculantes. Esto quiere decir que el latinoamericano está mucho más cerca del clan que de la nación. Esto quiere decir que la patria es sólo una abstracción que

se conmemora el día del grito -la independencia latinoamericana fue convocada a gritos-, pero no es un delicado proyecto común que exige de todos un comportamiento mínimamente solidario.

¿Por qué sorprenderse, entonces, de que la ciudadanía vea con indiferencia y hasta con entusiasmo la sucesión de cuartelazos o de movimientos revolucionarios, si el Estado latinoamericano padece de la más lamentable percepción? ¿Por qué los pueblos de aquellas latitudes van a luchar por lo que no creen? Si no se cree en la honradez de los políticos, ni en la probidad de los jueces, ni en la sabiduría de los catedráticos, ni en la justa actuación de los cuerpos policíacos, ni en la buena fe de los acuerdos entre empresarios y asalariados, ¿qué importa que periódicamente un energúmeno o un iluminado se abra paso a tiros hasta el poder? ¿Qué importa, si todo va a seguir igual, si nada va a cambiar, porque intuitivamente se sabe que la súbita esperanza de hoy -la que da el último «golpe» o el último triunfo electoral- no será más que un chispazo en medio de una continuada y negra historia de violencia y deshonestidad?

¿Cómo acabar con esa actitud de sálvese el que pueda y ese olímpico desprecio por el otro desconocido? ¿Cómo restaurar la fe en el destino nacional? ¿Cómo preñar a los latinoamericanos de las mínimas virtudes que se requieren para construir sociedades razonablemente esperanzadas y orgullosas de su

modelo de Estado? Todo eso es muy difícil, porque América Latina se ha explicado siempre sus desgracias como el producto de factores externos, de conspiraciones siniestras o de tiranos surgidos de la nada. La pérfida España, la pérfida Inglaterra, los pérfidos Estados Unidos; nunca faltan pérfidos chivos expiatorios. Nadie se atreve a decir que Juan Vicente Gómez, Trujillo, Odría o el inacabable señor Stroessner, se parecen más a las sociedades de las que surgieron que los desventurados demócratas que de vez en cuando y sin mucho éxito fructifican en aquellos lares. Nadie admite que las sociedades monstruosas son las que paren monstruos.

Y es ésa la más urgente e inaplazable tarea latinoamericana: salir por los caminos a predicar un descarnado y doloroso examen de conciencia. No tiene sentido continuar halagando los oídos de los latinoamericanos mientras periódicamente sus sociedades se hunden en la violencia y en la ineficacia. La revolución que hay que proponerles a esos pueblos desdichados, es una ceremonia de exorcismo que les saque del cuerpo sus demonios. A lo mejor este camino no es glorioso, ni heroico; seguramente no inspirará a los poetas ni a los cantautores, y sin duda será muy difícil reclutar peregrinos para seguirlo, pero no hay otro. Esa es la desgraciada esencia del problema.